

MÉXICO 2010

Bicentenario Independencia
Centenario Revolución

GOBIERNO
FEDERAL

SEP



ADMINISTRACIÓN FEDERAL DE SERVICIOS EDUCATIVOS EN EL DISTRITO FEDERAL

DIRECCIÓN GENERAL DE OPERACIÓN DE SERVICIOS EDUCATIVOS

COORDINACIÓN SECTORIAL DE EDUCACIÓN PRIMARIA

3

Leemos mejor día a día

ANTOLOGÍA



Tercer grado



Vivir Mejor

La antología de lecturas *Leemos mejor día a día. Tercer grado*, fue elaborada en la Coordinación Sectorial de Educación Primaria.

Luis Ignacio Sánchez Gómez
Administrador Federal de Servicios Educativos en el DF

Antonio Ávila Díaz
Director General de Operación de Servicios Educativos

Germán Cervantes Ayala
Coordinación Sectorial de Educación Primaria

Coordinación del proyecto:

Felipe Garrido
Academia Mexicana de la Lengua
Laura Nakamura Aburto

Selección de textos:

Dulce María Heredia Moreno
Maritza Ching Mendoza

Colaboración:

María Basílidis Hernández Lugo

Portada:
Ricardo Muciño

La mayoría de los textos reunidos en esta antología proceden de los libros que se hallan en las bibliotecas escolares y de aula. La lectura que se hace al inicio de cada jornada escolar es una invitación para que los alumnos –y los maestros– busquen el libro y lo lean completo.



<http://ayudaparaelmaestro.blogspot.com/>

PRESENTACIÓN

“Leer de a de veras es una tarea que ocupa toda la vida; siempre es posible ser un **mejor lector.**”

Felipe Garrido

La lectura es el instrumento esencial para la mayor parte de los aprendizajes que ofrecen la escuela y la vida. La lectura es la entrada a la cultura escrita, y sobre la cultura escrita se ha levantado nuestro mundo. Leyendo podemos aprender cualquier disciplina y abrirnos múltiples oportunidades de desarrollo, lo mismo personal que comunitario. Una población lectora es una población con mayores recursos para organizarse y ser productiva.

La aspiración es que la escuela forme lectores que lean por voluntad propia; personas que descubran que la lectura es una parte importante de su vida y que, a través de la lectura, desarrollen el pensamiento abstracto, la actitud crítica y la capacidad de imaginar lo que no existe –tan útil en la política, el comercio y los negocios como en la medicina, las comunicaciones y la poesía. Personas capacitadas para ser mejores estudiantes, pues sabemos que, en general, el fracaso o el éxito escolares tienen una relación directa con las capacidades lectoras de cada alumno.

Por todo lo anterior, la Administración Federal de Servicios Educativos en el Distrito Federal ha puesto en marcha el programa “Leemos mejor día a día”. El propósito de este programa es impulsar el desarrollo de las competencias comunicativas de los alumnos, de manera enfática en la lectura y la escritura. Para ello se proponen seis acciones:

1. Lectura de los maestros ante el grupo como la primera actividad del día. En voz alta, que sirva de modelo, que muestre al grupo cómo se lee, cómo se da sentido y significado a un texto.
2. Veinte minutos de lectura individual o coral tres días a la semana.
3. Veinte minutos de escritura libre dos días a la semana.

4. Publicación en cada salón, escuela y zona escolar de los avances mensuales en velocidad de lectura. Comunicación bimestral a padres de familia en los días de firma de boleta.
5. Veinte minutos de lectura en voz alta en casa. Los padres de familia “certifican” con su firma que sus hijos leyeron día a día 20 minutos en casa.
6. Consejos técnicos centrados en la mejora de la competencia lectora.

La primera acción es la lectura de los maestros ante el grupo como actividad con la que se inicia el día. Se propone que el maestro inicie la jornada escolar con una breve lectura. Es sabido que una de las más eficaces y sencillas maneras de acercar a los niños – y a los adultos– a la lectura es leyéndoles en voz alta, compartiendo con ellos toda clase de textos, lo mismo literatura que divulgación científica, historia, tradición; la lectura en voz alta, además, es el mejor modelo para que el alumno vaya descubriendo cómo se lee, cómo se le da sentido y significado a un texto.

Para que esta lectura diaria cumpla con su propósito debe ser variada; de temas, tonos, atmósferas y climas diferentes; provocar risa un día, y al siguiente nostalgia, o curiosidad, o reflexión, o asombro, de manera que despierte en los niños el deseo de seguir leyendo y la convicción de que en los libros puede encontrarse la sorprendente variedad del universo y la vida.

Con la publicación de esta antología se pretende que el maestro cuente con un texto para leer a sus alumnos cada día del ciclo escolar. Los textos reunidos se caracterizan por su variedad de temas y géneros, así como por su atención a los valores – la educación no se constriñe a la información que reciban los alumnos; requiere trabajar en la formación de su carácter y sus actitudes.

La mayoría de los textos seleccionados proceden de los libros que se hallan en las bibliotecas escolares y de aula. La intención es que sea más fácil que los alumnos –y los maestros– respondan a la invitación a la lectura que es cada uno de los textos que día tras día lea el maestro. Los fragmentos que se leen al comenzar el día deben propiciar que los alumnos –y los maestros– busquen el libro, lo lean completo y luego... pasen a otro... o vuelvan a leer el primero.

La extensión de los textos está calculada para que su lectura, más los comentarios del maestro para iniciar y para concluir la actividad, no lleven más de tres o cuatro minutos, y que la lectura que se haga sea eso: una manera amable, interesante, intrigante, conmovedora de comenzar el día; una lectura en voz alta que abra la jornada escolar.

Algunos de los textos llevan, *en cursivas*, comentarios o informaciones para abrir y cerrar la lectura. La intención es que sirvan de modelo a los maestros, no que sean seguidos al pie de la letra. Lo importante es recordar que conviene decir unas cuantas palabras antes de comenzar a leer: para preparar el ambiente, decir lo que significa alguna palabra rara, informar dónde se encuentra una ciudad o quién es un personaje, o cualquier otra cosa que permita a los alumnos entender bien el texto –no entender lo que se lee es la razón más frecuente para aborrecerlo; la comprensión es la meta más importante de la lectura.

Igualmente, hace falta, al terminar la lectura, plantear alguna cuestión que guíe la curiosidad o la capacidad de reflexión de los alumnos, que les permita vincular lo que han escuchado con lo que viven dentro y fuera de la escuela.

La mayor parte de los textos han sido retocados: para aclimatar el léxico y la sintaxis a los usos del español de México y para ajustar su extensión al tiempo previsto para la actividad.

Algunas lecturas son breves, el propósito es que en ellas haya más tiempo para interactuar con los alumnos. Si se están leyendo adivinanzas o trabalenguas, hará falta que los alumnos intenten adivinar las respuestas o repetir los trabalenguas.

La aspiración es que todos los días, maestros y alumnos del Distrito Federal compartan y disfruten este momento de lectura, que favorezca la creación de un ambiente de lectura y de complicidad alrededor de los textos.

Un equipo de docentes de las diferentes direcciones operativas del Distrito Federal se formó para elegir los textos. Su experiencia como maestros, su conocimiento de los alumnos en las diversas etapas de su desarrollo, su sensibilidad como lectores se ha aprovechado para integrar las lecturas. La coordinación de este trabajo estuvo a cargo del maestro Felipe Garrido, quien con su larga trayectoria y experiencia como formador de

lectores ha brindado acompañamiento y asesoría a este equipo en la tarea de selección y en la preparación de los materiales.

Ahora que esta antología llega a manos de los maestros, tenemos la oportunidad de que todos los que quieran participen: pueden solicitar el cambio de una lectura por otra; pedir que alguna sea suprimida; resaltar las virtudes o las ventajas de algunas; solicitar la inclusión de ilustraciones y materiales que no están en el libro que se ha tomado, como mapas, cuadros, fotos... Entre todos, iremos haciendo de esta antología un acompañante irremplazable de cada uno de nuestros días de clases.

La intención de la antología es facilitar las lecturas. Pero los docentes pueden sustituir algunos de estos textos por otros que ellos prefieran.

Lo importante es entender y disfrutar cada lectura. Conviene leer, y hasta ensayar, cada día lo que se leerá al día siguiente. Conviene leer los libros de donde se han tomado los fragmentos. Conviene leer otros libros, por lo que aprendamos en ellos y por el interés, por el gusto de leerlos.

I. El caminante de los pies gigantes



Había una vez un señor muy alto, que tenía los pies tan grandes, que con un solo paso avanzaba como si hubiera dado tres.

El señor estaba orgulloso de sus pies, porque gracias a ellos podía hacer lo que más le gustaba: viajar.

Así, recorría con gusto los caminos. Su única propiedad era una bolsa donde guardaba un recuerdo de cada lugar que visitaba.

Un día se encontró a un pastor; luego de platicar un rato, éste le presumió:

–Fíjate que allá en mi tierra, viven unos peces que vuelan; y tú ¿de dónde eres?

El señor se quedó callado. No recordaba de dónde era, por eso respondió:

–No sé. Hace tanto tiempo que viajo, que ya lo olvidé.

–Si quieres te llevo con alguien que te puede ayudar –dijo el pastor.

Entonces fueron a ver a un gran sabio que vivía en una cueva.

Allí, el sabio dijo:

–Busca unas piedras que tienen huellas de pies como los tuyos; aunque escuches ruidos extraños, no temas, allá conocerás tu origen.

A partir de ese día, el señor caminó más rápido aún, pues deseaba encontrar las piedras. Fue al mar, a los cerros y al bosque, pero las piedras no aparecían.

Así lo hizo, pero su viaje era cada vez más largo. Ya le dolían los pies y miraba sin interés lo que había a su alrededor.

Una tarde oscureció temprano y el señor no pudo continuar su viaje. De pronto, oyó unas voces en el viento. Asustado, puso una mano sobre su oído y se durmió.

En su sueño, vio dos gigantes parecidos a él, aunque más altos y con pies enormes.

–Ha terminado tu búsqueda –le dijo uno de ellos.

El otro gigante continuó:

–Un día, a nuestro pueblo lo destruyó el egoísmo. Tú eres el último gigante, ahora que lo sabes, sigue tu viaje y haz el bien.

En eso, el señor despertó. Frente a él, estaban las piedras que tanto buscó. Eran muy grandes y tenían las huellas de sus antepasados.

Luego de un rato, recogió una piedrita y la guardó en la bolsa de su pantalón.

Era tiempo de seguir su camino, ya sabía dónde había nacido.

Gloria Morales Veyra, *El caminante de los pies gigantes*, Claudia de Teresa, ilus. México, SEP-CONAFE, 2001.

2. Los cuatro amigos

Tiempo atrás, en las selvas de la India los animales tenían la capacidad de razonar y hablar. Un día, un cuervo reposaba tranquilamente a la sombra de un árbol, cuando vio acercarse a un cazador con muy malas intenciones.

El ave se quedó muy quieta para no llamar la atención del hombre y vio cómo ponía una trampa para cazar, y colocaba trigo encima de ella. Al cabo de un rato, una bandada de palomas llegó para comerse el trigo. En cuanto pusieron sus patitas en la trampa, una red cayó sobre ellas y quedaron atrapadas. Pero haciendo uso de su inteligencia, las palomas aletearon y volando con la red sobre ellas, fueron con el amigo ratón y éste, sin pedir nada a cambio, mordió la red con sus dientecillos y logró liberar a las palomas.

El cuervo vio el acto de generosidad del ratón y deseó con todas sus fuerzas ser su amigo. Después insistir y de que el ratón perdió el miedo al cuervo, ambos se hicieron amigos y se fueron a vivir a un lugar donde había agua y pastos, donde nadie pudiera matar al ratón.

En su nuevo hogar, el ratón y el cuervo se encontraron con la tortuga, quien no los reconoció y, muerta de miedo, se lanzó al agua. Sin embargo, cuando reconoció la voz del cuervo, quien era su amigo, la tortuga salió tranquila.

El ratón comenzó a contarles sus hazañas y cómo había aprendido a valorar la amistad sincera por encima de todas las cosas. Así los tres se fueron haciendo inseparables.

Un día, llegó un venado asustado porque lo perseguían unos cazadores y tanto el ratón, como el cuervo y la tortuga lo aceptaron y protegieron. El venado permaneció algún tiempo con ellos, pero un día no volvió. El cuervo voló para buscarlo y lo encontró atrapado en una red. Regresó a contarles a los otros dos, y juntos fueron a rescatarlo. El

ratón cortó con sus dientes la red, pero venado sintió mucha tristeza, porque cuando regresara el cazador la única que no podría escapar sería tortuga. Y así fue.

Al volver el cazador, el cuervo voló, el ciervo corrió y el ratón se escondió, y la pobre tortuga fue puesta en una red. Al ver a su amiga atrapada, los otros tres amigos idearon el plan perfecto para rescatarla,

¿Quieren saber cuál fue ese plan? Ok, pero esa será otra historia.

Sara Nava Sanmillán, *Los cuatro amigos*. México, SEP-Nuevo México, 2004.

3. El Manchas

Javi es un niño que tiene un perro que se llama El Manchas. En la parte de la historia que vamos a leer hoy, el niño y el perro están separados.

Javi se siente como si se hubiera quedado manco, cojo, sin su sombra. Así era como se sentía sin su perro El Manchas. Era cierto que el nuevo país era bueno y más saber dos idiomas, pero estar sin El Manchas, era como estar sin su alma.

Por su parte, El Manchas tenía como dueño a alguien que pretendía ser su amigo y quien se veía buena persona; aún así, El Manchas, que estaba en un buen lugar, al menos con un espacio más grande que el que tenía con Javi, extrañaba de la misma forma a su antiguo dueño.

Y como Javi no resistió más tiempo la ausencia de su amigo El Manchas, decidió romper el cochino [su alcancía] para poder ir en busca de él. Sabía que su madre se preocuparía al no encontrarlo en casa, pero el regaño valía la pena.

Javi sacó las monedas y venciendo sus miedos de salir solo, tomó el autobús y después de tanto buscar y sudar por los nervios de andar solo en la ciudad, encontró la dirección. Al tocar la puerta le abrió una señora que al verle el aspecto tan cansado, le invitó una limonada, pero del perro no decía nada. Después de una gran insistencia por parte de Javi, la señora le dijo que, en efecto, su hijo había tenido al perro, pero que lo había vendido.

Mientras tanto El Manchas, después de haber bebido un poco de agua para aguantar el viaje, decidió escapar de su actual dueño, por bueno que fuera. El Manchas no hallaba una

salida; no, al menos, la que lo obligaba a pasar por unos perros igual o más furiosos que él. Corrió y corrió y saltó la cerca, pero al hacerlo, su pata se lastimó. La ciudad parecía muy grande.

Javi fue a buscar al nuevo dueño. El señor lo vio y reconoció por quién venía pero, desgraciadamente, El Manchas, ya no estaba. Tanto viaje para nada.

El teléfono sonó. Al principio la tristeza no permitió a Javi poner atención a la llamada, pero pronto entendió que quien llamaba era su mamá. Muerto de miedo y tristeza comenzó a llorar y escuchó lo que su madre le dijo:

—¡Hijo! El susto que me has dado. No debiste marcharte así, sin avisarme. Pero mira, te voy a poner a alguien en el teléfono, alguien que ha hecho un largo viaje y que está loco por verte.

A través del teléfono, Javi oye un raro jadeo y después un ladrido, un ladrido largo, impaciente, conocido.

¿De quién era ese ladrido?

Marinés Medero, *El Manchas*. México, SEP-Sámara, 1986.



4. La niña que yo más quiero

¿Cómo decir cómo es la gente que queremos más? El mejor camino es la poesía. Vamos a leer un breve poema. Lo vamos a leer dos veces, y a ver si alguien se lo aprende de memoria.

La niña que yo más quiero
 tiene la vida en los ojos,
 lágrimas en el pañuelo
 –y sabe hablar con las manos
 la niña que yo más quiero–.
 Tiene los pies en el suelo
 y música en los oídos
 y en el corazón un vuelco,
 –y canta con todo el cuerpo
 La niña que yo más quiero.



David Chericán, “La niña que yo más quiero” en *El amor es un niño travieso*. México, SEP-Panamericana, 2005.

5. Urbano. A la maestra le duele la cabeza

Un día, cuando Urbano festejaba su cumpleaños número diez, sus orejas comenzaron a hacerle pequeñas travesuras: la oreja chica empezó a escuchar cosas que la oreja grande no captaba. Y por su parte, la oreja grande continuó oyendo las cosas que a la pequeña ya no le interesaban.

Por la oreja grande, Urbano pudo escuchar “Las mañanitas” que le cantaron por su cumpleaños, las palabras de su papá cuando le entregó su regalo, las risas de sus amigos, las canciones que surgían



del aparato de música, los estornudos de su abuela y el regaño que le puso su maestra el lunes siguiente por no llevar la mochila. O sea: la oreja grande de Urbano funcionaba exactamente igual que cualquier oreja del mundo.

En cambio, la oreja chica empezó desde ese día a escuchar cosas que otras orejas no oían.

Al día siguiente de su fiesta de diez años, mientras desayunaba en compañía de sus papás y de su hermano mayor, Urbano escuchó muy claramente, a través de su oreja más pequeña, lo que estaba pensando su papá: “Dentro de quince días empiezan las vacaciones y a mí todavía no se me ha ocurrido qué hacer. A lo mejor no es mala idea ir otra vez a la playa...”

–Sí papá, –se apresuró a comentar Urbano con entusiasmo–, me encantaría que fuéramos otra vez a la playa.

Estuvo de lujo el año pasado, ¿verdad?

–Yo no dije nada –aseguró el papá sorprendido.

–¿Por qué dijiste eso de ir a la playa? –preguntó la mamá, también extrañada.

–Lo oí clarito...

–¡Yo no dije nada! Solo estaba pensando...

–Yo tampoco oí nada –se metió el hermano en la conversación–, aunque la verdad no estaría nada mal. A mí también me gustaría ir otra vez a la playa.

El lunes en la escuela volvió a sucederle lo mismo: escuchó los pensamientos de su maestra: “Con este dolor de cabeza, no sé por qué vine a dar clase...”

–Si le duele la cabeza, maestra –dijo Urbano en cuanto ella le permitió hablar–, podemos salir al patio...

–¿Y por qué crees que me duele la cabeza? –le preguntó.

–Es que usted lo dijo...

–¡Yo no dije nada! –gritó, verdaderamente molesta de que uno de sus alumnos se hubiera dado cuenta de su malestar–. De cualquier manera es una buena idea: salgan al patio, anden, salgan todos al patio y déjenme en paz...

Durante los siguientes días el oído chico de Urbano continuó escuchando lo que pensaban sus papás, hermano, su abuela, su tía Ernestina, sus vecinos, sus compañeros de escuela y el dueño de la tienda de helados.

Para él mismo, los extraordinarios poderes que tenía eran del todo inexplicables. De cualquier manera, la vida seguía su curso y nadie se tomaba en serio las locuras de un niño que aseguraba oír lo que pensaban los demás.

6. Urbano ¿Ladrón de palomitas?

Pero sucedió que una vez, una tarde soleada en la que su mamá decidió premiar sus buenas calificaciones con una visita a la feria, Urbano escuchó los pensamientos de un hombre que estaba formado detrás de él en la fila para comprar las palomitas de maíz: “Si el policía intenta hacerse el valiente tendré que matarlo...”

Al principio, Urbano se asustó porque imaginó que ese hombre iba a llevarse las palomitas sin pagar y que iba a matar a alguno de los policías que vigilaban el lugar si intentaban detenerlo. Pero no sucedió nada de eso: el hombre entregó su moneda y se perdió entre la gente que hacía cola para subirse al inmenso carrusel.

Por voluntad propia decidió no decirle nada a nadie de lo que había registrado de su oreja más pequeña.

Sin embargo, dos días después, cuando su mamá lo llevó a una tienda del Centro para comprarle calcetines y calzones, Urbano volvió a toparse con el tipo en las escaleras eléctricas y escuchó de nuevo sus pensamientos: “Ha llegado la hora. Debo estar tranquilo ante la gente del banco para que sepan que si no me entregan el dinero tendré que matar a quien se oponga”.

A Urbano ya no le quedaba ninguna duda: ese hombre planeaba asaltar un banco, y sólo él lo sabía.

Se lo confió primero a su mamá: Pero ella sólo le dijo, a su oreja grande, que ya dejara de imaginar tantas cosas y se inventara otro juego, y a su oreja chica: “Este niño tiene una imaginación muy rara, no es como la de todos los demás: Yo creo que lo voy a tener que llevar con el doctor”.

Urbano, por supuesto, no se atrevió a responderle que él por ningún motivo iría a ver al doctor, que sólo sabía poner inyecciones y recetar jarabes que saben a medicina revuelta con cerezas.



Francisco Hinojosa, “¿Ladrón de palomitas?” en *Las orejas de Urbano*, “El Fisgón”, ilus. México, SEP-Santillana, 2007.

7. La tortuga pocaprisa

La tortuga Pocaprisa
tiene su modo de andar:
camina un poco y se para
a ver el viento pasar.

La tortuga Pocaprisa
tiene su modo de andar:
si descansa, no camina,
y el viento la deja atrás.



La tortuga Pocaprisa
tiene su modo de andar:
pasan las nubes corriendo,
y el tiempo las deja atrás.
Tiene el niño su sonrisa
tiene sus olas el mar:
la tortuga Pocaprisa
tiene su modo de andar.

Cada uno de nosotros tiene su modo de andar, ¿se han fijado? Cada quien trate de describir cuál es su modo de andar.

Floria Jiménez, "La tortuga pocaprisa" en Ana Garralón (antologadora), *Si ves un monte de espumas y otros poemas. Antología de poesía infantil hispanoamericana*, México, SEP-Anaya, 2002.

8. Aníbal y Melquíades

Melquíades era el niño más fuerte y más temido de la escuela. Podía cargar el escritorio de la maestra con todo y maestra arriba; era capaz de pelear solo contra dos de tercero, mataba los alacranes con la mano y podía comerse una lata completa de chile. Una vez dejó la marca de su poderoso puño en una puerta y un día rompió con la frente el pizarrón. Hasta el maestro de deportes le tenía miedo, pues de vez en cuando Melquíades le ponía un azotador en la bolsa de su saco.

En cambio Aníbal era el niño más débil y flacucho de la escuela. Chupaba los dulces porque no tenía fuerza para morderlos, le costaba trabajo partir un cartoncillo en dos, daba las gracias cuando alguien le robaba su comida en el recreo y lloraba cuando sus compañeros le decían de broma "Aníbal caníbal". Muchas veces, su mamá tenía que cargarle la mochila porque él se cansaba antes de llegar a la escuela. Una noche se cayó de la cama y, como ya no tuvo fuerzas para levantarse, prefirió dormir en el suelo...

El último viernes de cada mes, el director de “Dos más dos menos dos igual a dos” organizó un torneo en el que tenían que concursar todos los alumnos de la escuela. Cuando el director anunció el concurso de mayo fue para Aníbal un día feliz: habría un torneo de circo. Al llegar a su casa tomó el teléfono y marcó el número de Merlín-lín. Estaba seguro de que él lo ayudaría.

—Voy a enseñarte el mayor de mis secretos —le dijo el mago cuando Aníbal terminó de platicarle sobre el concurso—. Nadie habrá en el mundo que pueda ganarte.

—¿Cuándo? —preguntó Aníbal ansioso.

—El sábado en la noche.

¿No se mueren de ganas de saber qué pasará? Ojalá, en las lecturas de los días que vienen, encontremos qué sucedió. Los impacientes vamos a buscar el libro para enterarnos.

Francisco Hinojosa, *Aníbal y Melquiades*. México, SEP-FCE, 1996.

9. El aire y las nubes

La Tierra está rodeada de aire. Allí están las nubes que el aire arrastra. Seguramente has visto cómo se mueven.

El aire también transporta polvo, por eso a veces el cielo se ve gris y no azul.

El aire es por donde vuelan las mariposas y los pájaros.

Las nubes suelen ser blancas. Puedes jugar a mirarlas e imaginar que tienen formas de objetos, plantas, animales y hasta de personas que conoces.

Aunque parecen bolas de algodón, son de vapor de agua. Cuando se ponen grises es que va a llover.

El arcoíris

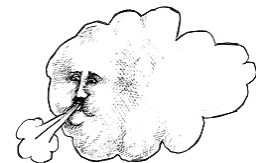
Las nubes son pequeñas gotas de agua.

Cuando las gotas crecen, caen en forma de lluvia.

Cuando los rayos del Sol iluminan las gotas de lluvia, se forma el arcoíris.

También puedes ver el arcoíris en algunas fuentes y cascadas.

Julieta Fierro, “El aire y las nubes” en *El día y la noche*. México, SEP-Santillana, 2003.



10. ¿Cómo se mide el tiempo?



El tiempo es algo misterioso. No puedes verlo. No puedes oírlo. No puedes atraparlo con una red y ponerlo en un frasco. Pero sabes que el tiempo existe, porque puedes sentir cómo pasa.

En cierto modo, el tiempo es como el viento. No puedes ver el viento, pero puedes ver qué pasa cuando sopla. Los papalotes vuelan en el aire, las nubes se mueven en el cielo, y los barcos navegan en el mar.

Y puedes ver qué ocurre cuando pasa el tiempo. Las flores se transforman en manzanas, los cachorritos se convierten en perros, y las orugas en mariposas.

Pero el tiempo es más misterioso que el viento. Es tan misterioso que ni los más grandes pensadores y científicos pueden explicar qué es.

Pero aun así, es un misterio que podemos medir. No lo podemos medir con una cinta métrica, claro. Esto es lo que utilizarías para medir un caimán.

Un reloj puede medir el tiempo ¡Pero antes no había relojes!

¿Cómo se mide el tiempo, pues? A ver quiénes lo averiguan y lo escriben en una hojita. Pregunten en casa, plátiquenlo entre ustedes y con otros amigos.

Robert E. Wells, *¿Cómo se mide el tiempo?* México, SEP-Juventud, 2004.

11. El instrumento que todos llevamos puesto

Seguramente pensarás que los chisposos ya no sabemos cantar, pero no es así. Lo que sucede es que, cuando cantamos, nuestro cuerpo funciona como un instrumento musical. ¿Listos para comprobarlo? Coloquen las yemas de los dedos sobre su garganta y después digan con fuerza AAAAA [Conviene hacerlo con el grupo].

¿Notan cómo vibran las cuerdas de su instrumento? Claro, las cuerdas vocales que tenemos en la laringe. Ellas se estiran o se contraen para dar tono particular a la voz. Pero

también se abren o se cierran con mayor o menor amplitud, lo que determina la potencia del sonido. Para comprobarlo, hagan el siguiente experimento.

Emitan un sonido cualquiera con voz muy baja y cuenten el tiempo que resisten. Ahora hagan lo mismo, pero gritando. La segunda vez aguantarán menos, se los aseguro. Eso se debe a que sus cuerdas se separaron tanto al vibrar que dejaron pasar más rápidamente el aire de los pulmones.

Revista *Chispa*, núm. 30, mayo de 1983.

12. Tigres de la otra noche

Hay un tigre bajo mi almohada. Todas las noches estrena rayas.

Tigre, dame una manita de gato.

Quiero salir a la carrera, a probar este mundo. No podría hacerlo sin ti.

Afuera están los muchachos mayores, las materias desconocidas, la maestra y los policías.

No es que tenga miedo: sólo un poco de precaución, que no es del todo mala.

Pero si me das algo tuyo... algo simbólico... No te asustes. No quiero tu piel, ni tus colmillos, ni siquiera tu rugido metido en un pañuelo.

Si acaso, tigre mío, quiero una mano, una manita de gato, una ayudadita.

¿Quieres venir conmigo?

¡Anda! Te llevaré a la escuela. Te sentaré en el sitio de mi mejor amigo.

¡Cuidado con tu cola! Trata de enroscarla debajo del pupitre. Así está bien.

¡Tus bigotes! ¿No puedes guardarlos? Distraen a la maestra.

Trae acá esa pata. Aquí, sobre mis hombros, para que en el recreo todos sepan que yo tengo un amigo verdadero.



¿A quién no le gustaría que un hermoso animal lo acompañara a la escuela y fuera su amigo? ¿Qué animal escogerían ustedes, y por qué? Es un tema para pensarlo.

María García Esperón, *Tigres de la otra noche*, Alejandro Magallanes, ilus. México, SEP-FCE, 2007.

13. ¡Cuélguenme!

Vamos a leer una página de un diario que lleva un gato: un cuaderno o una libreta donde este animalito acostumbra, todos o casi todos los días, escribir lo que le sucede, lo que se le ocurre, lo que ve. Es una costumbre muy conveniente. Parece difícil, pero si alguno comienza, aunque sea con frases muy cortitas, ya verá lo útil, lo interesante que es.

Un lunes

Está bien, está bien. Cuélguenme. Maté a un pájaro. Por todos los cielos, soy un gato. Mi



trabajo, prácticamente, es andar sigiloso [sin hacer ruido] por el jardín tras los dulces pajaritos que apenas pueden volar de un seto a otro. Entonces, ¿qué se supone que debo hacer cuando una de esas pelotitas emplumadas revoloteantes casi se arroja en mi boca? Me pudo haber golpeado.

Está bien, está bien. Le di un zarpazo. ¿Es esa una razón para que Eli llorara tan copiosamente sobre mi pelambre que casi me ahoga, y me apretara tan fuerte que casi me asfixia?

—¡Ay, Tufy! —dijo ella, toda llorosa, ojos enrojecidos y motones de pañuelos mojados—. ¡Ay, Tufy!, ¿cómo pudiste hacer eso?

¿Cómo pude hacer eso? Soy un gato. Cómo iba a saber que se haría tanto lío: la madre de Eli corriendo apurada por periódicos viejos, y el padre de Eli llenando una cubeta con agua jabonosa.

Bueno, bueno, tal vez no debí llevarlo adentro y dejarlo en la alfombra. Y es probable que las manchas no se quiten nunca.

Así que: cuélguenme, soy un gato.

Así son los gatos, ¿verdad? Si cazan un ratón, una lagartija, un pájaro, se lo llevan a sus amos, muy orgullosos de lo que hicieron.

14. ¿De qué colores somos?

El año pasado fui de excursión con muchos niños. Mi primo Raúl era uno de los instructores.

En el autobús conocí a Kaelo. Nos sentamos juntas y enseguida nos hicimos amigas. Kaelo tiene diez años, el pelo negro y la piel color chocolate. Es española.

Los niños del asiento de atrás dijeron que parecíamos café con leche. Y tenían razón, porque Kaelo es oscura como el café y yo, blanca como la leche.

Me quedé un momento pensando y entonces le pregunté a mi primo Raúl:

–¿Por qué somos de diferentes colores?

–¿Sabes, Marta? Esta pregunta vamos a contestarla entre todos –me explicó.

–¡Celebremos nuestra llegada con un juego! –dijo Raúl–
Voy a hacer una pregunta, y la contestamos a la noche junto a la fogata. La mejor respuesta tendrá un premio. La pregunta es: ¿por qué somos de diferentes colores?



Después de la cena, nos sentamos alrededor del fuego y Raúl comenzó a hablar:

–En la mañana hice una pregunta –dijo–. ¿Quién quiere contestarla?

Se levantaron un montón de manos. Hubo muchas respuestas, divertidas, ingeniosas, sorprendentes, pero ninguna nos dejó satisfechos. Entonces Raúl tomó la palabra:

–No creo que mi respuesta sea más hermosa –dijo–, ni más interesante, ni más divertida que las demás. Pero es la más real. El color de la piel depende de la melanina. Cuanta más melanina tenga una persona, más oscura será. La melanina es una sustancia química que protege la piel de las radiaciones ultravioletas, que están en los rayos del sol. Es como la sombrilla de nuestro cuerpo.

Todos estábamos atentos, y Raúl siguió explicando:

–Cuando tomamos el sol, nuestro cuerpo produce más melanina, porque necesita más protección. Cuando los seres humanos se repartieron por la Tierra, el color de su piel se fue adaptando al clima del lugar donde vivían.

La explicación de Raúl nos dejó boquiabiertos, pero no nos olvidamos del premio.

–Oye, Raúl, ¿y el premio? –preguntamos.

–El premio será –dijo Raúl– ¡un libro! En él pondremos todas las respuestas que se han dado aquí esta noche. Después lo ilustraremos y lo llevaremos a la imprenta para que hagan tres ejemplares para cada uno.

Aquella excursión fue genial. Lo mejor fue que conocí a Kaelo, que desde entonces es mi amiga del alma.

Ahora sabemos que la única diferencia entre las dos es un puñado de rayos de sol. Y estamos seguras de que el mundo es más interesante con tanta gente diferente.

Carmen Gil (adaptación), *¿De qué colores somos?*, México, SEP-Parramón, 2006.

15. Los viajeros y el oso

Dos jóvenes amigos cruzaban el bosque por una senda solitaria cuando de pronto oyeron el ruido de pasos entre la maleza. Comprendieron que una bestia se acercaba, y uno de ellos se apresuró a trepar a un árbol mientras susurraba alarmado:

–¡Ay, Dios mío, qué tal que es un oso!

Apenas había alcanzado la primera rama cuando un enorme oso café salió de entre los arbustos. El muchacho que se había subido al árbol se agarraba al tronco con brazos y piernas, y ni siquiera le tendió la mano a su compañero para ayudarlo a subir. El joven se quedó abajo decidido a tirarse al suelo y fingir que estaba muerto, pues había oído decir que los osos nunca se alimentaban de cadáveres.

El engaño dio resultado, pues el oso se agachó junto al muchacho que se hacía el muerto, le olisqueó la cara y le revolvió con el hocico; y, sin hacerle ningún daño, se marchó por donde había venido, para sorpresa de los dos amigos.

Entonces el joven que había trepado al árbol corrió a abrazar a su compañero y le dijo maravillado:



–¡Qué suerte tuviste: el oso no te hizo nada! Pero me pareció que te decía algo al oído...

–Así es –respondió el otro–: me aconsejó que la próxima vez que salga de viaje elija mejor a mi compañero.

Y tus amigos, ¿qué tal son? Si estuvieras en peligro, ¿tratarían de ayudarte o te abandonarían a tu suerte?

Esopo, “Los viajeros y el oso” en Jerry Pinkney (adaptación), *Fábulas de Esopo*. México, SEP-Vicens Vives-Limusa, 2006.

16. La biblioteca imaginaria

Hay un libro que habla solo,
 un libro que nadie ha escrito,
 un libro con un espejo
 y, dentro, un libro distinto.
 Hay un libro de aventuras
 donde nunca pasa nada,
 un libro que inventa cuentos
 con una sola palabra.
 Hay un libro que se abre
 con la llave de un castillo,

un libro para perderse
 en medio de un laberinto.
 Hay un libro donde el viento
 arrastra todas las letras,
 un libro con un camino
 por donde nadie regresa.
 Libros que lo dicen todo
 y libros que se lo callan,
 libros donde el mar va y viene
 sin salirse de la página.

Juan C. Martín, “La biblioteca imaginaria” en *Las palabras que se lleva el viento*. México, SEP-Everest, 2004.



17. Leyenda del sol y la luna

¿Cómo nacieron el sol y la Luna?

Esta es, indudablemente, una de las primeras preguntas que se hicieron nuestros antepasados. ¿Cómo contestarla?

Los hombres de la antigüedad se respondieron: “Al sol y a la Luna los hicieron los dioses”. Y así, del sentimiento e imaginación humanas nacieron los mitos y leyendas. Te presentamos una leyenda muy antigua sobre el origen del sol y la Luna. Es la leyenda azteca del Quinto Sol.

Cuentan los nahuas que los dioses Tezcatlipoca, Quetzalcóatl y Citlalicue, ordenaron que se hiciera el Sol. Para ello se reunieron en Teotihuacan alrededor de una hoguera sagrada en la cual debía de sacrificarse el que quisiera convertirse en el Sol. Para el sacrificio se ofrecieron Tecciztécatl, hermoso y rico; y Nanahuatzin, enfermo y pobre. En el momento en que debían decidirse, Tecciztécatl tuvo miedo y fue Nanahuatzin quien, lleno de valor, se arrojó a la hoguera, de donde salió convertido en el Sol.

Entonces Tecciztécatl, avergonzado de su cobardía, se arrojó también a la hoguera, saliendo convertido en la Luna. Al principio los dos brillaban igual, pero los dioses, como recuerdo de su cobardía, le arrojaron un conejo a la Luna, con lo cual disminuyó su brillo. Este conejo puede verse aún hoy en la Luna, y sirve para recordarnos que el valor es una virtud mayor que la belleza o la riqueza.

Déborah Dultzin et al., “La leyenda del sol y la luna” en *De la Tierra al Cosmos, Astronomía para niños*. México, SEP-CIDCLI, 1992.



18. Los viajes del abuelo

Todas las noches antes de acostarse, el abuelo se sienta sobre la cama, abre su cofre de madera y mira las cosas que hay dentro.

Luego, lo cierra y vuelve a ponerlo en su sitio.

Me gusta observarlo, en silencio, desde la puerta.

Nunca lo he interrumpido. Pero me intriga mucho lo que el abuelo guarda con tanto interés.

Por eso, y porque creía que el abuelo no estaba, he cogido el cofre para tocarlo y ver si podía adivinar lo que contenía.

¿Qué guardará aquí dentro?

En ese momento apareció el abuelo.

—¿Qué buscas debajo de mi cama?



¿Qué tal, eh? ¿Cómo le habrá ido al pobre nieto? A ver quién lee el libro y luego nos lo cuenta a los demás.

Agustín Comotto, *Los viajes del abuelo*. México, SEP-Edelvives-Limusa, 2007.

19. La tortuga que sueña

¿Quieren escuchar el cuento de la tortuga que sueña?

Entonces, ¡leamos! Dejemos de gritar, no estornudemos, respiremos lentamente, no hagamos ruido al comer, no pisemos nada que truene: ni la hoja del cuaderno, ni un papel, ¡mucho menos los lentes de la abuela!

No movamos las piernas, no nos volvamos a acomodar en la silla. Apaguemos la tele, apaguemos la computadora, apaguemos la radio.

La tortuga que sueña deja escapar un ruidoso sonido de sus labios, un sonido quedito y suave, con un poco de aliento y restos de lo que comió.

Son todos los secretos del mundo, todas las verdades del mundo, todas las respuestas del mundo.

Pero hagamos silencio –¡Shhhh!, silencio, que nadie hable–. No la miremos con las orejas.

Quitemos de en medio todo lo que pueda romperse.

Alejemos el mosquito que hace ruido, no hagamos preguntas tontas, no vayamos de aquí para allá... y hagan callar a ese perro que ladra por horas, que la tortuga ahora está por despertar.

Oche Califa, "La tortuga que sueña" en *Para escuchar a la tortuga que sueña*. México, SEP-Colihue, 2006.

20. Niñito, ven...

Niñito, ven; puras y bellas
van las estrellas a salir.
¡Y cuando salen las estrellas,
los niños buenos, a dormir!
Niñito, ven; tras de la loma
la Luna blanca va a asomar.
¡Cuando la Luna blanca asoma,
los niños buenos, a soñar!

Niñito, ven; ya los ganados
están mugiendo en el corral.
Cierra tus ojos fatigados
en el regazo maternal.
Niñito, ven; sueña en las rosas
que el viento agita en su vaivén.
Sueña en las blancas mariposas...
¡Niñito, ven! ¡Niñito, ven!



Amado Nervo, "Niñito ven" en Ana Garralón (antologadora), *Si ves un monte de espumas y otros poemas. Antología de poesía infantil hispanoamericana*, México, SEP-Anaya, 2002.

21. Trabalengüero I



¿Andamos hoy medio adormilados? A ver si nos despiertan estos trabalenguas. Los vamos leyendo, y a ver si podemos repetirlos.

Compré pocas copas, pocas copas compré;
y como compré pocas copas, pocas copas compré.

La pícara pájara pica la típica jícara;
la típica jícara pica la pícara pájara.

Chango chino chiflador
que chiflas a tu china changa:
ya no chifles a tu china changa,
chango chino chiflador.

Rosa Rosales
cortó una rosa.
Que roja la rosa
de Rosa Rosales.



Rosa Rizo reza en ruso,
en ruso reza Rosa Rizo.

Entro contigo a un tren con trigo,
a un tren con trigo entro contigo.

El amor es una locura
que ni el cura la cura
y si el cura la cura
es una locura de cura.

Valentín Rincón, *Trabalengüero*. México, SEP-Nostra, 2005.

22. Caperucita Roja y el lobo

Todos conocemos el cuento de Caperucita Roja, pero nunca nos lo han contado así como lo van a oír hoy.

Estando una mañana haciéndose el bobo le entró un hambre espantosa al Señor Lobo.

Así que, para echarse algo a la muela, se fue corriendo a la casa de la Abuela.

“¿Puedo pasar, Señora?”, preguntó.

La pobre anciana, al verlo, se asustó pensando “¡Éste me come de un bocado!”

Y, claro, no se había equivocado:

se convirtió la abuela en su alimento

en menos tiempo del que aquí te cuento.

Lo malo es que era flaca y tan huesuda que al lobo no le fue de gran ayuda:

“Sigo teniendo un hambre aterrador...”

¡¡Tendré que merendarme otra señora!!”

Y, al no encontrar ninguna en la nevera, gruñó con impaciencia aquella fiera:

“¡Esperaré sentado hasta que vuelva

Caperucita Roja de la Selva!”

—que así llamaba al bosque aquella fiera, aunque en la sierra estuviera—

Y para que no se viere su fiereza, se disfrazó de abuela con presteza, se dio laca en las uñas y en el pelo, se puso la gran falda gris de vuelo, zapatos, sombrerito, una chaqueta y se sentó en espera de la nieta.

Llegó por fin Caperu a medio día y dijo:

“¿Cómo estás, abuela mía?

Por cierto, ¡me impresionan tus orejas!”

“Para mejor oírte, que las viejas somos un poco sordas.” “¡Abuelita, que ojos tan grandes tienes!”

“Claro, hijita,

son los nuevos lentes que me he puesto

para que pueda verte, con Ernesto

el oculista”, dijo el animal

mirándola con gesto angelical

mientras que se le ocurría que la chica

iba a saberle mil veces más rica

que el rancho precedente. De repente

Caperucita dijo:”¡ Qué imponente

abrigo de piel llevas este invierno!”

El lobo, estupefacto, dijo: “¡Un cuerno!”

O no sabes el cuento o tú mientes:

¡Ahora te toca hablarme de *mis dientes!*

¿Me estás tomando el pelo...?

Oye mocosa,

te comeré ahora mismo y a otra cosa.

Pero ella se sentó en una silla,

sacó una pistola de la capa,

con calma apuntó bien a la cabeza

¡pam!— allí cayó la buena pieza.

Al poco tiempo vi a Caperucita
cruzando por el Bosque... ¡Pobrecita!
¿Saben lo que llevaba la infeliz?
Pues nada menos que un traje

que a mí me pareció de piel de un lobo
que estuvo una mañana haciéndose el
bobo.

Roald Dahl, "Caperucita roja y el lobo" en *Cuentos en verso para niños perversos*. México, SEP-Altea, 2002.

23. El delfín



¡Bienvenido!

La cría del delfín nace dentro del agua. Lo primero que sale del vientre de su madre es la cola. En cuanto nace, inmediatamente, otro delfín hembra lo lleva hasta la superficie para que respire.

Dentro de poco, la cría ya es muy grande, pero no tardará mucho en ser del tamaño de su madre. La cría delfín no se separa de su madre hasta los cuatro o seis años.

La cría mama la leche de su madre sin perder una sola gota. En muy poco tiempo y con la ayuda de su madre, aprende a nadar.

Quince años después

Un día, cuando el delfín ya es casi adulto, tiene que separarse de su madre. Ya está preparado para vivir solo. Al principio se queda con otros delfines jóvenes.

La vida del delfín, ¿a la de quiénes se le parece?

Renée Le Bloas, *El delfín*. México, SEP-SM, 2001.



24. Adivinanzas para jóvenes detectives

Los reto a que sean unos auténticos detectives y logren resolver las siguientes adivinanzas.
¡Suerte!

Tiene tronco, alguna rama,
es un personaje mudo,
a los pájaros los ama,
en diciembre está desnudo.

El árbol

Son los ojos de las casas
en pueblos y en capitales,
te miran cuando tú pasas
a través de sus cristales.

Las ventanas

Si no sabes qué es un sema,
ni tampoco qué es un foro,
súmalos, pues no te quema
su luz roja, verde y oro.

El semáforo

Primo hermano del ratón
pero capaz de volar,
como está mal de visión
se guía por su radar.

Murciélago

Al lápiz siempre lo ayuda
para hacer rayas derechas.
Luego las mide y no hay duda de que
quedan muy bien hechas.

La regla



25. La peor señora del mundo

En el norte de Turambul, había una vez una señora que era la peor señora del mundo. Era gorda como un hipopótamo, fumaba puro y tenía dos colmillos puntiagudos y brillantes.

Además, usaba botas de pico y tenía uñas grandes y filosas con las que le gustaba rasguñar a la gente.

A sus cinco hijos les pegaba cuando sacaban malas calificaciones en la escuela, y también cuando sacaban dieces. Los castigaba cuando se portaban bien y cuando se portaban mal. Les echaba jugo de limón en los ojos lo mismo si hacían travesuras que si le ayudaban a barrer la casa o a lavar los platos de la comida.

Además de todo, en el desayuno les servía comida para perros.

El que no se la comiera debía saltar la cuerda ciento veinte veces, hacer cincuenta sentadillas y dormir en el gallinero.

Los niños del vecindario se echaban a correr en cuanto veían que ella se acercaba. Lo



mismo sucedía con los señores y las señoras y los viejitos y las viejitas y los policías y los dueños de las tiendas.

Hasta los gatos y las gaviotas y las cucarachas sabían que su vida peligraba cerca de la malvada mujer. A las hormigas ni les pasaba por la cabeza hacer su hormiguero cerca de su casa porque sabían que si lo hacían la señora les echaría encima agua caliente.

Era una señora mala, terrible, espantosa, malvadísima. La peor de las peores señoras del mundo. La más malvada de las malvadas. ¿Oh no?

Pero cierto día...

¿Qué pasaría cierto día? Alguno de ustedes ¿ya leyó este libro?, para que nos cuente la historia. ¿Cómo le harían ustedes para librarse de esta amenaza?

Francisco Hinojosa, *La peor señora del mundo*, "El Fisgón", ilus. México, SEP-FCE, 2001.

26. Dos poetas

Muchos poetas muy importantes han escrito para que los lean las niñas y los niños. Dos de ellos son Amado Nervo, mexicano, de quien ya hemos leído algunos versos, y Germán Berdiales, argentino, a quien vamos a conocer en esta lectura. Para ser justos y equitativos, un poema por cabeza. Pongan atención.

Buen viaje

Con la mitad de un periódico
va y en la fuente de mi casa
va navegando muy bien.
Mi hermana con su abanico
Sopla que sopla sobre él.
¡Muy buen viaje, muy buen viaje
buquecito de papel!

Amado Nervo



Un barquito de papel y unas tijeras que nos cortan el pelo. A muchos no se los corta su mamá, sino el peluquero, pero las tijeras platican igual. ¿Se han fijado? La próxima vez que les corten el pelo, pongan el oído atento, a ver si entienden qué les cuentan.

La tijera de mamá

Cuando me recorta el pelo
la tijera de mamá,
va diciendo en su revuelo:
chiqui–chiqui–chiqui–cha...,
aletea,
viene y va,
y a mi oído cuchichea,
chiqui–chiqui–chiqui, cha.
Cuando el pelo me recorta
la tijera de mamá,
charla más de lo que corta:
chiqui–chiqui–chiqui, cha.

Germán Berdiales

27. El peinado de la tía Chofi

Una historia ¡de pelos! Fijense. Seguro que conocen a alguien que se parezca a la señora de esta lectura.

A mí no me gustan las bodas. Pero a mi tía Chofi le encantan. Se viste con plumas, pieles, piedras y guantes. Y hay algo que siempre me quita la respiración: su peinado. Y es que cuando hay una boda, primera comunión, quince años o funeral, mi tía Chofi hace una cita en el Salón de Belleza Elodia.

En ese lugar, la señora Elodia realiza el milagro: agarra los pocos pelos rojos de mi tía. Después los lava, los seca, los estira, les hace crepé, los extiende y los soba hasta transformar la escasa cabellera de mi tía en un edificio de fantasía. Lo hornea durante varias horas en el secador y después lo rocía con siete litros de laca para darle firmeza.

El día de la boda, mi tía llegó a nuestra casa con un peinado que medía dos metros de altura.

Cuando abrimos la puerta para salir, se escuchó un zumbido. Al levantar la vista descubrimos un bicho que se acercaba volando a toda velocidad.

–¿Qué es eso? –preguntó mamá.

– ¡Yo sé lo que es! Es un mayate.

–¿Y eso qué es? –interrogó mi hermana.

–Un mayate –les informé– es una especie de escarabajo, pero más rechoncho y escandaloso.

El insecto voló en picada y ¡zaaaas!, se zambulló en el peinado.

–Quítenmelo, pero sin descomponer el peinado –advirtió la tía.

Nos asomamos temerosos a las profundidades de esa selva roja.

El peinado seguía intacto y el insecto seguía adentro. De nada valieron súplicas, amenazas ni los más rudos procedimientos.

–Ni modo –se impacientó papá–. Se nos hace tarde. Tendrás que ir con... con... eso.

Mi tía, aunque nerviosa, sabía que no tenía alternativa.



La fiesta transcurría normalmente, pero a cada rato mi tía se sobresaltaba. Cuando terminamos de cenar y empezó la música, mi tía ahogó un grito.

–¿Qué te pasa? –le pregunté.

–Creo que el escarabajo está bailando –susurró.

Me asomé y, efectivamente, el escarabajo estaba bailando.

Observé fascinado que el merengue del pastel tenía grandes semejanzas con el peinado de mi tía.

Llegó el momento de felicitar a los novios. Mi tía se levantó y, al abrazar a la novia...

¡ZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZ! El escarabajo decidió volar dentro del peinado.

–¿Qué ruido es ése? –preguntó la novia, asustada–. Parece que viene de tu cabeza, tía.

–Es mi aparato para la sordera –respondió ella con una sonrisa de pánico.

Entonces sucedió lo peor: el escarabajo salió del peinado, caminó por su superficie y zumbó malévolamente.

–¡En el peinado de la tía Chofi hay un animal! –gritó la novia.

A mi tía, de horror, se le erizaron los pelos, ¡y el peinado se desbarató!

Fue la mejor boda que he asistido. En la siguiente invitación, la tía Chofi se compró un sombrero.

Vivian Mansour Manzur, *El peinado de la tía Chofi*, Martha Avilés, ilus. México, SEP-FCE, 2004.

28. La bruja mala

Hace mucho tiempo que se contaba que en un pantano se había muerto una bruja que le hacía maldades a la gente, hasta que llegó una muchacha valiente que vio a esa señora haciendo brujería, y le gritó:

–¡No, señora, ya no vas a hacer maldades!

–¡Y tú quien eres para decirme que no haga maldades!

–Es que no está bien que la gente sufra. Yo tengo una hermana llamada María y ella me contó esta historia, pero yo no pensaba que fuera realidad.

Y la bruja dijo:

–¡Tu no vas a decir nada!

–¿Cómo que no voy a decir nada? –dijo la muchacha.
 –Te voy a convertir en bruja –la amenazó la bruja.
 –¡No, por favor, no me conviertas en bruja! Haré lo que me pidas
 –le suplicó la muchacha.



Y la bruja le dijo que se metiera al pantano donde ella había muerto.

–Bueno, me voy a meter –dijo la muchacha–. Pero si me meto me dejas en paz.

Y, ¿qué creen? Salió viva, y desde ese día nadie se acerca al pantano donde murió la bruja.

Emily Janeth Ríos, “La bruja mala” en *Escribimos para ti todo un valle de palabras*. México, SEP-Secretaría de Educación y Cultura de Zacatecas, 2007.

29. El gallo

El gallo, el ganso, la gallina y el papagayo se burlaron del pollito cuando dijo que viajaría alrededor del Sol.

El gallo, el ganso, la gallina y el papagayo no salían de su asombro cuando vieron que el pollito emprendió el viaje alrededor del Sol montado en el centro de un girasol.

Y el Sol giraba con un emplumado corazón, y el corazón era el pollito que con el girasol giraba alrededor del Sol.



¿Se imaginan al pollito, montado en su girasol, dando vueltas como un astronauta alrededor del Sol? ¿Se habrá entrenado el pollito en la máquina centrífuga que vimos el otro día? ¿Habría bajado al fondo de una alberca para prepararse y hacer frente a la falta de gravedad? Bueno, tal vez por hacer su viaje en un texto tan poético el pollito pudo pasar por alto esos preparativos. ¿Qué piensan ustedes?

Jairo Aníbal Niño, “El gallo” en *El equipaje de la mariposa*. México, SEP-Panamericana, 2003.

30. La rana

Cuando la rana quiere gozar,
viene la mosca y la hace gritar.
La mosca a la rana.

La rana en el agua se echa a nadar.
Cuando la mosca quiere gozar,
viene la araña y la hace gritar.
La araña a la mosca,
la mosca a la rana.

La rana en el agua se echa a nadar.
Cuando la araña quiere gozar,
viene la escoba y la hace gritar.
La escoba a la araña,
la araña a la mosca,
la mosca a la rana.

La rana en el agua se echa a nadar.
Cuando la escoba quiere gozar,
viene la lumbre y la hace gritar.
La lumbre a la escoba,
la escoba a la araña,
la araña a la mosca,
la mosca a la rana.

La rana en el agua se echa a nadar.
Cuando la lumbre quiere gozar,
viene el agua y la hace gritar.

El agua a la
lumbre,



la lumbre a la escoba,
la escoba a la araña,
la araña a la mosca,
la mosca a la rana.

La rana en el agua se echa a nadar.
Cuando el agua quiere gozar,
viene la llave y la hace callar.
La llave al agua,
el agua a la lumbre,
la lumbre a la escoba,
la escoba a la araña,
la araña a la mosca,
la mosca a la rana.

La rana en el agua se echa a nadar.
Cuando la llave quiere gozar,
viene el plomero y la hace gritar.
El plomero a la llave,
el agua a la lumbre,
la lumbre a la escoba,
la escoba a la araña,
la araña a la mosca,
la mosca a la rana.

La rana en el agua se echa a nadar.

31. Lo que mi tío piensa de Cristóbal Colón

Tengo un tío marinerero. Es capitán de un buque y conoce todos los mares. Se llama José Miguel Arrizabalaga. Se los juro que así se llama. Un día le pregunté si conocía la historia de Cristóbal Colón, el almirante que dicen que descubrió América en el año 1492. Y vaya si me contestó...

–Ese viejo lobo de mar era muy cabezón, pero yo creo que no fue él quien descubrió América.

–¡Órale, tío! Entonces, ¿quién descubrió América? –le pregunté.

Mi tío se quedó pensativo un momento y me contó lo siguiente:

–Mucho antes de que Colón naciera, valientes marineros exploraron los mares y conocieron regiones alejadas de sus propios pueblos.

Hubo un noruego, Erik el Rojo, que por asesinar a un hombre en Islandia, fue expulsado de su pueblo y se fue a Groenlandia, que él no conocía. Tiempo después, fue en busca de su familia y amigos y fundó un pueblo en Groenlandia.

Un tal Bjarne Herfulson, fue en busca de su padre, quien se había ido con Erik el Rojo. Bjarne se perdió y encontró otro lugar que no era Groenlandia. Él junto con sus marineros, fueron tal vez los primeros europeos en tocar el continente americano.

–Entonces –le pregunté– ¿ellos descubrieron América?

–Bueno –me dijo–, tal vez fueron los chinos, porque en México se han encontrado barcos chinos y en las tumbas de algunos norteamericanos se han hallado antiguas monedas chinas.

–¿y hubo alguien más que llegó a América antes que Colón?

–Sí, los vascos. Por casualidad. Ellos buscaban las ballenas y el bacalao y sin quererlo llegaron a Canadá.

–Pero, entonces, ¿por qué en la escuela nos enseñan que Colón descubrió América?

–Pues... porque los chinos nunca tuvieron mucho interés en explorar estas tierras. Los vascos no querían revelar sus rutas y no informaron sobre lo que habían descubierto. Y cuando los vikingos llegaron a América, los corrieron los

nativos a flechazos. Y ninguno de ellos se imaginó que esas tierras eran un inmenso continente donde florecían grandes ciudades.

La hazaña de Colón consiste en que él seguía un sueño y regresó. Y a él lo siguieron otros. Su viaje cambió el mundo.

Y a mí eso me cae bien de él. ¿Y a ti?

Annuska Angulo Rivero, *Lo que mi tío piensa de Cristóbal Colón*. México, SEP-R. Mireles Gavito, 2006.

32. El canto de las ballenas



La abuela de Lilly le contó una historia.

–Alguna vez –dijo–, el océano estuvo lleno de ballenas. Eran tan grandes como las colinas y tan apacibles como la luna. Eran las criaturas más maravillosas que puedes imaginar.

Lilly se acomodó en las piernas de su abuela y ella siguió contando:

–Yo acostumbraba sentarme al final del muelle a esperar a las ballenas. Algunas veces, pasaba ahí todo el día y toda la noche. Súbitamente las veía venir desde muy lejos nadando hacia el muelle. Se deslizaban por el agua como si estuvieran bailando.

–¿Pero cómo sabían las ballenas que tú estabas allí, Abuela? –preguntó Lilly–.¿Cómo podían encontrarte?

La abuela sonrió.

–Bueno, tenías que ofrecerles algo muy especial. Un caracol perfecto. O una hermosa piedra. Y si tú les agradabas, las ballenas se llevaban tu regalo y te daban algo a cambio.

–¿Qué te regalaban, Abuela? –preguntó Lilly– ¿Qué te ofrecían las ballenas a ti?

La abuela suspiró. –Una o dos veces –dijo en voz baja–, una o dos veces, las oí cantar.

De pronto, el tío Federico entró al salón.

–¿Qué tonterías andas diciendo? ¡Chocheras de vieja! –exclamó–. Las ballenas eran importantes por su carne, por sus huesos y por su grasa. Si vas a contarle algo a Lilly, cuéntale algo útil. Deja de llenarle la cabeza de necedades. Ballenas cantando, ¡verdaderamente!

La abuela continuó: –Las ballenas vivían aquí millones de años antes de que existieran barcos y ciudades. La gente solía decir que las ballenas eran mágicas.

–Lo que la gente hacía era comérselas y cocinarlas para obtener su grasa –gruñó el tío Federico y dando la vuelta, salió al jardín.

Esa noche, Lilly soñó con las ballenas. En sus sueños las vio tan grandes como las colinas y más azules que el cielo. En sus sueños, las oyó cantar y sus voces eran como el viento. En sus sueños, las ballenas saltaron del agua y la llamaron por su nombre.

A la mañana siguiente, Lilly bajó sola al mar. Caminó hasta el final del viejo muelle donde las aguas estaban quietas. Tomó de su bolsillo una flor amarilla y la dejó caer.–Esto es para ustedes –gritó al aire.

Dyan Sheldon, *El canto de las ballenas*. México, SEP-Ekaré, 2003.

33. Así es la vida

Cierto granjero, que era medio filósofo y vivía nada más en compañía de su hijo, vio un día, al levantarse temprano, que el único caballo que tenía se les había escapado del establo.

Los vecinos llegaron a su casa a compadecerse por su mala suerte: “Pobre amigo, qué mala pata, has perdido al animal que te ayudaba en el trabajo. Tú dependías de él. ¿Qué vas a hacer ahora? Te irás a la ruina.”

El granjero contestó tranquilo: “Así es la vida.”

Pero dos días después su alazán regresó acompañado de otro corcel. Los vecinos fueron a felicitarlo, diciéndole: “¡Qué afortunado!, por tener dos monturas. ¡Pronto serás rico!”

El hombre sólo expresó: “Así es la vida.”

A los pocos días salieron juntos padre e hijo a cabalgar y en el camino el rocín del muchacho se asustó y lo tiró y se rompió una pierna.

De nuevo los vecinos fueron a su casa, diciéndole: “Sí que tienes mala suerte, si no hubiese venido ese penco, a tu hijo no le habría pasado nada.”

Él solamente recitó: “Así es la vida.”

Sin embargo, ocurrió que en esos días se declaró la guerra y los militares llegaron a aquel pueblo a reclutar a todos los jóvenes en edad de prestar servicio militar.

Todos marcharon al frente menos el hijo del granjero, pues tenía la pierna rota, por lo que los vecinos fueron otra vez a su casa, diciendo: “Qué desgracia la nuestra, no sabemos si volveremos a ver a nuestros hijos; en cambio el tuyo está en tu casa.”

El hombre sólo dijo: “Así es la vida.”

Alfonso Madrigal, “Así es la vida” en *Cuentos fantásticos de la India*. México, Selector, 2002.

34. Rayos y truenos

Cuando el aire mueve las nubes con fuerza éstas se frotan unas contra otras y se producen unas chispas que se llaman rayos. A veces son tan grandes que se ven desde las ventanas de nuestras casas.

Los rayos empujan violentamente el aire de las nubes y las hacen tronar.

Las nubes producen los rayos y los truenos.

La Luna

La Luna es redonda, como la Tierra, y da vueltas alrededor de nuestro planeta. En cada vuelta se tarda un mes.

A veces vemos la Luna muy redonda y otras parece una sonrisa.

Lo que sucede es que en la Luna también hay días y noches.

La parte brillante de la Luna está iluminada por el Sol y allí es de día. En cambio en la parte oscura es de noche.

Si viajas en automóvil o caminas y vas viendo la Luna, parece que te sigue. Lo que pasa es que está tan lejos que parece que no se mueve.

La Luna es mucho más pequeña que nuestro planeta. Es casi del tamaño de nuestro país. México quiere decir ombligo de la Luna, en náhuatl.

Julieta Fierro, “Rayos y truenos” en *El día y la noche*. México, SEP-Santillana, 2003.

35. El pozo de los deseos

Una vez una ratita encontró un pozo de los deseos.

“Ahora podré conseguir todo lo que quiera” –exclamó.

Tiró una moneda al pozo y formuló un deseo.

“¡Ay!” –dijo el pozo.

Al día siguiente la ratita volvió al pozo.

Tiró una moneda al pozo y formuló un deseo.

“¡Ay!” –dijo el pozo.

Al día siguiente la ratita volvió otra vez.

Tiró una moneda al pozo.

“Me gustaría que este pozo no dijese ¡ay!” –dijo.

“¡Ay! –dijo el pozo– ¡Me lastima!”

“¿Qué haré?” –dijo la ratita llorando.

“¡Así, mis deseos nunca se harán realidad!”

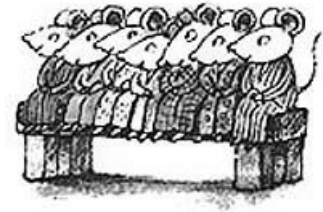
La ratita corrió a casa. Cogió la almohada de su cama.

“Quizá esto sirva” –dijo la ratita, y volvió corriendo al pozo. La ratita tiró la almohada al pozo. Luego tiró una moneda al pozo y formuló un deseo.

“¡Ah!, ¡qué diferencia!” –dijo al pozo.

“¡Bien! –dijo la ratita– Ahora puedo empezar a pedir.”

Después de este día la ratita formuló muchos deseos junto al pozo. Y todos se le cumplieron.



Arnold Lobel, “El pozo de los deseos” en *Historias de ratones*. México, SEP-Alfaguara Infantil, 1992.

36. Dos poemas para pensar

Como otros días, hoy vamos a leer dos poemitas. Pero estos versos de hoy son muy especiales. Son versos para pensar. Pongan mucha atención y vamos a ver si pueden imaginarse lo que dicen estas dos lecturas.

Verso y reverso

Verso y reverso,
haz y envés,
la otra cara de la Luna
no la ves.
Hay palabras que se dicen
al derecho y revés,
cuando pases esta página
puede ser que ya no estén.



El cuento de nunca empezar

Érase una vez un cuento
que nadie puede contar,
que acaba por el principio
y empieza por el final.
Érase una vez un cuento
que se cuenta sin contar,
cuando empieza ha terminado,
cuando acaba va a empezar.



Juan Carlos Martín Ramos, "Dos poemas para pensar" en *Las palabras que se lleva el viento*. México, SEP-Everest, 2004.

37. Sapo y Sepo quieren un helado

Un caluroso día de verano, Sapo y Sepo estaban sentados junto a la charca.

–¡Sería estupendo tener ahora unos helados bien fríos y dulces! –dijo Sapo.

–Qué buena idea –dijo Sepo–. Espérame aquí, Sapo. Volveré enseguida.

Sepo fue a la tienda. Compró dos grandes conos de helado de chocolate. Sepo lamió uno de los conos.



–A Sapo le gusta el de chocolate –dijo Sepo–. Igual que a mí.
Sepo volvió por el camino.

Una gran gota blanda de helado se escurrió por su brazo.

–Este helado se está derritiendo con el sol –dijo Sepo.

Sepo caminó más aprisa.

Muchas gotas de helado derretido volaron por el aire. Caían en la cabeza de Sepo.

–¡Tengo que volver corriendo hasta donde está Sapo! –exclamó.

El helado se derretía más y más.

Chorreaba por el saco de Sepo. Salpicaba sus pantalones y sus pies.

–¿Dónde está el sendero? –gritó Sepo– ¡No veo nada!

Sapo seguía sentado junto a la charca esperando a Sepo.

Un ratón pasó corriendo.

–¡Acabo de ver algo terrible! –gritó el ratón–. ¡Era grande y café!

–¡Algo cubierto de ramas y hojas avanza hacia aquí! –gritó una ardilla.

–¡Ahí viene una cosa con cuernos! –voceó un conejo–. ¡Sálvate! ¡Huye!

–¿Qué podrá ser? –preguntó Sapo.

Y aquella cosa con cuernos gritó su nombre:

–¡Sapo!

¿Qué podrá ser esa cosa tan extraña?

Arnold Lobel, "Sapo y Sepo quieren un helado" en *Sapo y Sepo, un año entero*. México, SEP-Alfaguara, 2001.

38. Cuando una gripa se establece

Ya sabes cómo se siente. La cabeza te pesa, te duele y te da vueltas.

La garganta te duele, especialmente cuando toses, que es la mayor parte del tiempo.

Cuando tu nariz no está ocupada estornudando, gotea. Y lo único que quieres es dormir. Bienvenido al mundo del catarro común. Lo raro es que ninguno de estos síntomas es causado por los virus que te están invadiendo. Lo que te hace sentir tan mal es tu cuerpo tratando de contraatacar.

Una vez que los virus entran por tus vías respiratorias, atrapan a unas células para hacer copias de ellos mismos. Tu cuerpo envía más sangre para reparar las células heridas y combatir el virus. Es esa sangre extra, no el virus ni el daño que causan, lo que hace que

tu garganta y la mucosa que recubre tu nariz y tus senos nasales -los huesos que están arriba de tu nariz- se inflamen y duelan.

Tu cuerpo también produce más mocos para atrapar los virus en tu nariz y tus senos nasales y sacarlos de tu cuerpo. Eso hace que tu nariz se escurra y sientas la cabeza pesada. Y, como tu cuerpo está trabajando tan duramente para hacer todo esto, necesita mucho sueño extra para aguantar, por eso cuando estás enfermo tienes tanta energía como un espagueti mojado.

Luchar contra una gripa puede ser molesto, pero si tu cuerpo no lo hiciera, con el paso del tiempo esos pequeñísimos virus te podrían matar.

La próxima vez que tengamos una gripe ya sabremos por qué nos sentimos tan mal.

Trudee Romanek, "Cuando una gripa se establece" en *¡Achuuuú!* México, SEP-Planeta Mexicana, 2007.

39. Confieso que he soñado

Soñé que un fantasma se echaba en el patio.

Soñé que un fantasma se echaba en el patio de un castillo para tomar sol, venían unos niños a preparar su desayuno y lo manchaban de mostaza.

Soñé que un bebé se tragaba un aro y le crecía una oreja en el estómago.

Soñé que tomaba leche de una vaca.

Soñé que había una explosión y se terminaba el mundo (No me acuerdo de lo que seguía).

Soñé que escribía poemas en hojas sueltas y volaban. Hacia una bola con una hoja porque el poema no me gustó y también voló.

Soñé que dos más dos eran tres.

Soñé que me espantaban, que me daba vuelta para ver quién era y me convertía en estatua.

Soñé que Caperucita Roja se comía al lobo.

Soñé que un camello pasaba por el ojo de una chapa.

Soñé que era millonaria y compraba muchísimos dulces, que me comía y después me inflé como un globo.

Soñé que no había escuela y no tenía tareas, tampoco maestros en casa.
Soñé que era una gigante y mis papás me obedecían, y todos me temían.

Y ustedes, ¿se acuerdan de lo que soñaron?

Oche Califa, "Confieso que he soñado" en *Para escuchar a la tortuga que sueña*. México, SEP-Colihue, 2006

40. Las palabras que se lleva el viento

Las palabras que se lleva el viento

Estas son las palabras
que me ha traído esta mañana
el viento.



Palabras para hablar por casa,
palabras que huelen a pan
recién hecho.

Palabras para hablar en paz,
palabras que si dicen "blanco"
dicen "negro".

Palabras que no son de nadie,
palabras que no tienen precio.

Palabras para hablar de cerca
o de lejos.

Palabras, palabras y más palabras.

Palabras que se lleva el viento.

Paisaje en el tintero

Miro por la ventana
y escribo en el cuaderno.

El paisaje está afuera
y a la vez aquí adentro.

La luz mancha la página debajo de
mis dedos.

Los pájaros son letras escritas en el
viento.

Las huellas del camino, palabras que
me dicen si estás cerca o vas lejos.

Un arroyo murmura
dentro de mi tintero.

De pronto, cae la lluvia.

Borrón y cuento nuevo.

Juan Carlos Martín Ramos, *Las palabras que se lleva el viento*. México, SEP-Everest, 2004

41. Nuestra vecina la Luna

Vamos a ver quién conoce la respuesta a las siguientes preguntas acerca de la amiga más cercana de nuestro planeta.

¿Existen el día y la noche en la Luna?

Sí, ya que, como la Tierra, la Luna gira sobre sí misma, y ofrece una cara distinta al Sol.

¿Un día en la Luna dura lo mismo que en la Tierra?

No. Un día en la Luna dura aproximadamente 28 veces más que en la Tierra, ya que la Luna tarda aproximadamente 28 días en dar una vuelta completa sobre sí misma.

¿Qué temperatura hace en la Luna?

Hace mucho calor durante el día, unos 100 grados centígrados. Imagínense eso, aquí en la Tierra cuando pasamos de unos treinta grados comenzamos a asarnos. Y mucho frío durante la noche, hasta menos 150 grados centígrados. Aquí en la Tierra cuando llegamos a menos de diez grados comenzamos a congelarnos.

Ahora ya lo sabemos. Cuando miremos la Luna en las noches pensemos que la parte iluminada está de día, y la que no vemos está de noche.

Ana Alter, "Nuestra vecina la Luna" en *El Universo*. México, SEP-VOX, 2002.



42. Cuando sea grande quiero ser...

Veterinario

Atiendo a los perros, a los gatos, a los pájaros. ¡Incluso a las serpientes! Tengo un consultorio en el que ausculto, vacuno y opero. Otros veterinarios atienden a los animales del campo o trabajan en las fábricas de alimentos o de medicamentos para animales.



Productor de giras

¡Soy la mano derecha de las bandas de música y de los cantantes! Me ocupo de organizar las giras, decidiendo cuándo y dónde se realizarán las presentaciones: tal día en tal sala, tal vez en otro o en aquel estadio. Me encargo de alquilar los micrófonos y los amplificadores, del alojamiento y transporte de los músicos.

Estilista

Cortar el cabello es divertido, ¡pero nada fácil! Hay que usar las tijeras sin que tiemble el pulso y tener claro dónde quieres llegar. Algo esencial en mi trabajo es escuchar y aconsejar a mis clientes.

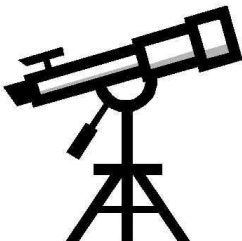
Astrónomo

Con sus millares de estrellas, sus planetas, sus cometas y sus galaxias, el Universo me fascina. ¡Necesitaría varias vidas para estudiar todo lo que ofrece! Por eso cada astrónomo debe definir muy bien su campo de investigación.

Foniatra

En el hospital o en el consultorio, atiendo a niños que tienen problemas de lenguaje: los que tartamudean, los que no pueden pronunciar ciertos sonidos, los que tienen problemas de lectura o de escritura.

Y a ustedes, ¿qué les gustaría ser, de qué les gustaría trabajar?



Nadine Mouchet, *Cuando sea grande quiero ser*. México, SEP-Lamiqué, 2008

43. La huesuda tabla del ocho

La lectura de hoy es matemática, ya lo verán. Y además es colectiva: ustedes van a decir el coro, y yo voy a ir leyendo las estrofas.

El Coro dice así, díganlo conmigo:

Aaah, aaah, ah...

Aaah, aaah, ah...

Aaah, aaah, ah...

Aaah, aaah, ah...

Estrofa

Ocho por uno ocho, las calaveras salen en vocho.

Ocho por dos dieciséis, las calaveras comen mamey.

Ocho por tres veinticuatro, las calaveras van al teatro.

Ocho por cuatro treinta y dos, las calaveras tocan bongós.

Ocho por cinco cuarenta, las calaveras están en venta.

Coro

Aaah, aaah, ah...

Aaah, aaah, ah...

Aaah, aaah, ah...

Aaah, aaah, ah...

Estrofa

Ocho por seis cuarenta y ocho, las calaveras comen bizcocho.

Ocho por siete cincuenta y seis, las calaveras no tienen rey.

Ocho por ocho sesenta y cuatro, las calaveras y su retrato.

Ocho por nueve setenta y dos, las calaveras tienen tos.

Ocho por diez ochenta, las calaveras ya tienen clientela.

Coro

Aaah, aaah, ah...

Aaah, aaah, ah...

Aaah, aaah, ah...

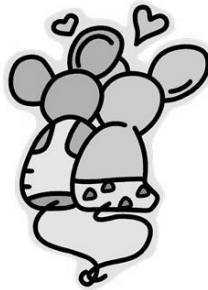
Aaah, aaah, ah...



44. Nuevos juegos de palabras

Aserrín, aserrán,
 los maderos
 de San Juan
 piden pan,
 no les dan;
 piden queso,
 les dan un hueso
 y se les atora
 en el merito pescuezo.

Los de Roque,
 alfondoque;
 los de Rique,
 alfeñique;
 los de Trique
 triquitrán.



Arriba y abajo
 por los callejones,
 pasa una ratita
 con veinte ratones.



Unos sin colita
 Y otros muy colones.
 Unos sin orejas
 y otros orejones.
 Unos sin patitas
 y otros muy patones.
 Unos sin ojitos
 y otros muy ojones.
 Unos sin narices
 y otros narigones.
 Unos sin hocico
 y otros hocicones.
 Pasó una ratita
 con veinte ratones.

Eufemia Hernández, "Nuevos juegos de palabras" en *Palabrerías: Retahílas, trabalenguas, colmos y otros juegos de palabras*. México, SEP-Alfaguara, 2005.

45. ¿Sabes contar hasta un googol?

Si estas buscando un número realmente grande, ciertamente no será el 1.

Uno es el número de plátanos que puedes mantener en equilibrio en tu nariz, si eres un buen equilibrista de plátanos.

Pon un cero a la derecha de un 1, y se convertirá en 10. Siempre que pongas un cero a la derecha de un número, hará el número *diez* veces más grande.

Diez plátanos serían muchos plátanos para que un mono los mantuviese en equilibrio. Pero, por supuesto, *diez* es todavía un número muy pequeño.

Diez por diez son cien (10×10 son 100).

¿Dirías que *cien* es grande? Bueno, da igual, ¡es un montón de plátanos en equilibrio!

Tal vez 100 águilas te podrían llevar de paseo panorámico por cielo, si quisieras hacerlo.

Pero, si estás buscando un número de verdad, *de verdad* grande, ¡todavía te queda un largo camino por recorrer!

Diez por cien son mil (10×100 son 1,000).

Si *cien* pingüinos tuvieran cada uno *diez* bolas de helado en un cucurucho (cono o barquillo), serían *mil* bolas de helado. *Mil*, empieza a ser grande.

¡Pero no te pares ahí!

¿Qué número es para ustedes realmente grande?

Robert Wells, *¿Sabes contar hasta un googol?* México, SEP-Juventud, 2004.



46. Otros dos poemas con sol y son

La lectura de hoy es de dos poetas argentinas.

De Silvia Schujer, “La palabrota”

Una palabra
palabritera
despalabrabase
por la escalera.
¡Pobre palabra!
se apalabró
palabrincando
cada escalón.

Cayó de cola
la palabrisa y
palabrochóse
flor de paliza.

Despalabra
pala que brota
de ser palabra
ya es palabrota

Y de Roberta Iannamico, “Confusión”

Era una oveja que fabricaba miel
y una abeja llena de lana.

No, al revés.

Era una oveja que untaba lana en un pan
y una abeja que tejía una manta de miel.

No, otra vez.

Era una abeja que antes de picar decía beeee.



Un poco disparatados. Pero divertidos, ¿no es cierto? Van de vuelta porque estuvieron muy cortitos

Silvia Schujer y Roberta Iannamico, “Otros dos poemas con sol y son” en *Poemas con sol y son*. México, SEP-CIDCLI, 2002.

47. Para masticar a gusto

Hoy en día no es aconsejable ni bien visto andar mascando chicle todo el tiempo. En primer lugar, porque es desagradable ver a alguien que está continuamente mascando y salivando. Pero, además, porque el azúcar que endulza los chicles comerciales produce caries.

Sin embargo, hasta principios del siglo XX podía hacerse a gusto, pues esto no era una preocupación. El verdadero chicle es un jugo lechoso que se extrae del tronco del chicozapote, un árbol oriundo de nuestro continente, y el chicle natural en general no se endulza. El líquido que se saca de los árboles se coagula y endurece fácilmente, y se vende en trozos.

Los pobladores de Mesoamérica acostumbraban masticarlo en su estado natural para blanquearse los dientes. Chicle proviene de la palabra náhuatl *tzictli*.

Cristina Carbo et al., "Para masticar a gusto" en *501 maravillas del viejo Nuevo Mundo*. México, SEP, 1994.

48. Érase una niña

A Juana Inés le gustaba mucho el estudio. A los tres años ya había aprendido a leer y a los siete, cuando supo que sólo los niños podían continuar educándose suplicó a su madre que la vistiera de varón para asistir a la escuela. Estudió por su cuenta con gran empeño y si no cumplía con todas las tareas que se había propuesto, se castigaba ¡cortándose el pelo! que, según la moda de esa época, las mujeres usaban muy largo. Defendió con ahínco el derecho de la mujer a recibir educación.



Sor Juana Inés de la Cruz, nombre que adoptó al tomar los hábitos como religiosa, fue una apasionada de las ciencias y las artes y llegó a ser una gran poetisa; por eso la llaman la Décima Musa. Ella escribió:

Érase una niña,
 como digo a usted,
 cuyos años eran
 ocho sobre diez.
 Esperen, aguarden,
 que yo lo diré.
 Ésta (qué sé yo
 cómo pudo ser)
 dizque supo mucho
 aunque era mujer.
 Esperen, aguarden,
 que yo lo diré.
 Porque como dizque
 dicen no sé quien,
 ellas sólo saben
 hilar y coser.

Esperen, aguarden,
 que yo lo diré.
 Pues ésta
 a hombres grandes
 pudo convencer;
 que a un chico
 cualquiera
 lo saben envolver.
 Esperen, aguarden,
 que yo lo diré.
 Y aun una santita
 dizque era también
 sin que le estorbase
 para ello el saber...

Sor Juana, como le decimos a esta gran mujer, gran escritora, gran sabia, es un ejemplo a la vista. Niñas y niños, y los maestros también, todos podemos tener por el estudio y por el lenguaje un gusto tan grande como el que ella tuvo.

Cristina Carbo et al., "Érase una niña" en *501 maravillas del viejo Nuevo Mundo*. México, SEP, 1994.

49. Hola bebé

Desde hace mucho tiempo mamá, papá, Bea, Isa y yo hemos esperado que llegue este día. Mamá tiene dolores y eso quiere decir que estás listo para nacer.

Isa y Bea hacen una cama gigante al lado de la chimenea para mamá y el bebé.

–Juan, esta noche vestiremos al bebé con su ropa nueva– me dice mamá.

Me pregunto si será niño o niña.

Me gustaría tener un hermano.

Le digo a papá que mamá debería sentarse a descansar, pero me dice que probablemente ella siga caminando. Y así lo hace. Da vueltas y vueltas alrededor de la sala. Cada tanto tiempo se detiene y se apoya en papá.

Mamá ha dejado de caminar y se apoya en papá. Se mece de un lado al otro. Y de vez en cuando grita. Grita tan fuerte que todo el pueblo se va a enterar de que hoy vamos a tener nuestro bebé.

Tía Mágara me llama:

–¡Corre! ¡Apúrate! ¡Ya se ve la cabeza!

Me arrodillo cerca de mamá y veo una forma redonda entre sus piernas.

Mamá puja y grita.

¡De pronto, aparece... algo arrugado y rojo! ¡Es...!

Es el hermanito que están esperando, por supuesto, pero ¿qué será? ¿Niño o niña?

Jenni Overend (adaptación), *Hola bebé*, Julie Vivas, ilus. México, SEP-Ékaré, 2002.



50. Ahí vienen los monos

Ahí vienen los monos
de Cualichandé
y el mono más grande
se parece a usted.



Baila la costilla
baila el costillar;
con cuidado chata,
no se vaya a caer.

Ya vienen los monos,
vienen de Tepic
y el mono más grande
se parece a ti.

Baila la costilla,
baila el costillar;
con cuidado chata,
no se vaya a caer.

Vicente T. Mendoza (recopilación) "Ahí vienen los monos" en *Lírica infantil de México*. México, FCE, 1984.

51. ¿Cómo inyecto las medicinas?

¿Les han puesto alguna inyección? ¿A quién le gusta? En general, a nadie le gustan mucho las inyecciones, pero a veces son necesarias. Y, por otra parte, créanme que las formas que antes se usaban para curar a la gente eran peores. Escuchen con atención.

Los primeros médicos administraban las medicinas por la boca, pero el cuerpo tardaba mucho en absorberlas. Este tiempo podría marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Si los medicamentos llegaran a la sangre con más rapidez, se podrían salvar más vidas.

Muchos médicos sabían que era vital administrar la medicina en la sangre lo más rápido posible. Una forma era extender la medicina sobre una herida.

Ingerir los medicamentos era más seguro pero, o se tardaba mucho tiempo en darlos, o la medicina no llegaba al sitio correcto.

Una forma mejor era usar una espina, agujerar la piel y luego introducir la medicina en esta diminuta herida.

Francis Rynd, un médico irlandés, pensó entonces en usar, en lugar de una espina, una jeringa y una aguja hueca, de metal, para hacer llegar el medicamento a las venas. De esa manera, en 1844, terminó por inventar las inyecciones.

Diez años más tarde, un médico también irlandés, Francis Wood, y uno francés, Charles Pravaz, trabajando cada quien por su lado, perfeccionaron una aguja hipodérmica que se podía lavar y usar en varios pacientes.

[Hipodérmica quiere decir que puede colocar el medicamento debajo, hipo, en griego, de la piel, dermos, también en griego.]

Hoy en día, muchas jeringas son de plástico, se utilizan una sola vez y después se tiran. Las agujas nunca deben usarse en más de una persona.

¿Cómo prefieren, entonces, que les den una medicina para curarse: por la boca, haciéndoles un hoyo con una espina, o con una jeringa? Lo mejor, desde luego, es no enfermarse, pero eso de la espina, lo siento muuyyy picudo, jajajaja.

Gerry Bailey "Cómo inyecto las medicinas" en *Avances Médicos*. México, SEP-SM, 2005.



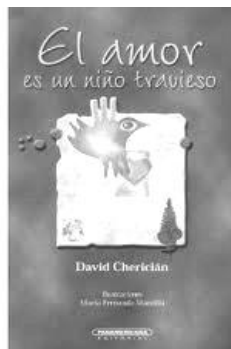
52. El amor es un niño travieso

El amor es un niño
travieso y mofletudo
que siempre anda desnudo
volando sin cesar:
mañana, tarde y noche,
sin importar edades,
en campos y ciudades
flechas lanza al azar.

Está en todas las cosas
porque en todas se esconde,
sólo hay que saber dónde
buscar para encontrar;
él nunca pide nada
y da la vida entera
y tú de igual manera
se la tienes que dar.

En realidad él quiere
una caricia, un beso:
es un niño travieso,
alegre y juguetón;
mimos, besos, caricias
él te da por montones
y de aladas canciones
te llena el corazón.

Es un niño travieso,
entrégale tu vida
y hallarás repartida
tu vida sin cesar;
como el vuelo del niño
que en todo te visita
y por amor te invita
a amar a todo amar.



David Chericán, *El amor es un niño travieso*. México, SEP-Panamericana Editorial, 2005.

53. El hipo de Inés

El otro día leímos sobre las inyecciones. Vamos ahora a leer sobre otro remedio que actualmente se usa muy poco, por ejemplo cuando hay hematomas, o sea moretones, muy grandes. Ese remedio son las sanguijuelas, unos animalitos parecidos a las babosas, que chupan la sangre. Antes se creía que algunas enfermedades las producía tener demasiada sangre en el cuerpo y se practicaban sangrías o se ponían sanguijuelas para quitarle sangre al enfermo.

–¡Otra vez a coser! –se quejó Inés–. Pero dice mi señora madre que como algún día me casaré, debo estar preparada para ser una buena esposa.

–Pero sólo tienes siete años –le contestó su hermana María.

“Se me tiene que ocurrir algo –pensó Inés–. Mañana, después de comer, fingiré que estoy enferma –se dijo–. Pero, ¿de qué? Puede venir el viejo don Gaspar, ese médico tan estricto.”

Todo transcurrió con normalidad la mañana siguiente... pero su madre fue la primera en notarle algo extraño.

–Pero, hija, ¿qué es lo que tienes?

–Pues... yo... ¡hip! Me ha dado hipo y no se me quita, madre –contestó Inés entrecortando cada frase.

Al poco rato de haber comenzado la labor de costura, su continuo ¡hip! le provocó que se picara los dedos con la aguja y manchó la tela con sangre.

Cada ¡hip! era motivo de nuevas discusiones y, aunque Inés trataba de disimular, a veces dejaba escapar una risita.

–Si mañana amaneces igual, Pedro irá a buscar al médico –concluyó doña Catarina–, y a ver quién se ríe.

–Más vale que me cuide de ese viejo matasanos –dijo Inés.

Antes del almuerzo, llegó el médico. Intrigado por el continuo ¡hip! ¡hip! y un poco nervioso por la mirada acechante de doña Catarina, recomendó que si el hipo persistía, debían de purgar.

Pero después de tanto y una vez descubierto el engaño de Inés, el médico dio el remedio para dar una buena lección...

¿Qué habrá sido de ti Inés? ¿Habrán sido las sanguijuelas una buena lección para no mentir?

54. De la A a la Z por un poeta



La almohada,
por arte de magia,
se vuelve hada

La a

La “A” sabe que es un reto
—no se le puede negar—
hallarse en primer lugar
de todito el alfabeto.

Al mismo tiempo, la “A”,
inveterada viajera [*que acostumbra viajar desde antiguo*],
se aparece donde quiera:
aquí, acá y acullá.

La red,
por más que bebe agua,
se muere de sed.



La r

Otra cosa nadie espere:
un cerro se vuelve “cerro”,
y un perro se vuelve “perro”
si la “erre” se hace “ere”.

Al revés, que nadie yerre [*se equivoque*],
y para que quede claro:
deja un carro de ser caro
si la “ere”, se hace “erre”.

El zapato,
con pico y plumas,
parece pato.

La z

Con la “Z” me despido
—y con todo mi respeto—
de este locuaz alfabeto,
y les quedo agradecido.

Me despido con la “Z”
y también se va conmigo
este servidor, amigo,
y afectísimo poeta.

Y si quieres saber de las demás letras, busca el libro en los acervos de la escuela.

Fernando del Paso, *De la A a la Z por un poeta*. México, SEP-CONACULTA, 2000.

55. Dinosaurios

Seguramente ustedes saben mucho de dinosaurios: cómo aparecieron, cuáles eran los más peligrosos, qué comían... pero, se han preguntado ¿cómo le hacían para elegir pareja y tener crías? De eso trata esta lectura.

Cortejo

En el mundo animal, el macho más fuerte o el que luzca mejor, tiene una mayor oportunidad de atraer a una hembra. Algunos dinosaurios pueden haberse enfrentado en combates de fuerza.

Los machos rivales se empujaban uno a otro para mostrar su fuerza.

Batalla de cascos

Dentro de las manadas, los dinosaurios machos se enfrentaban para ganarse a una hembra. Quizá los Pachycelosaurus machos lo decidían a cabezazos.

Al elegir a los machos campeones como pareja, las hembras escogían padres saludables para sus crías.

Cráneo con picos

La gran orla del cuello de la “lagartija con picos”, o Styracosaurus, estaba rodeada de seis picos. Los machos pueden haberlos usado para impresionar a las hembras.

56. Más adivinanzas para jóvenes detectives

Hace unos días leímos algunas adivinanzas para jóvenes detectives. Como ustedes se las saben de todas todas, aquí les va una nueva tanda.

Be... Be... Benita se llama,
es su bebé de algodón,
su lana tengo en la cama,
también en el almohadón.

La oveja



Bicho verde que no falta
en el agua que ha nacido,
y por algún cuento salta
en príncipe convertido.

La rana

Caca... caca... cacarea
antes de poner el huevo,
y aunque ninguno la vea
después lo hace de nuevo.

La gallina

Ella es el peine del suelo
aunque en él no haya ni un pelo:
lo mismo barre un pañuelo
que un papel de caramelo.

La escoba

El que sale en las historias
de dibujos animados
comiendo las zanahorias
con sus dientes alargados.

El conejo

Cae del cielo y nos moja,
friega con fuerza el tejado,
quita el polvo a cada hoja
y el campo deja empapado.

La lluvia

Aunque parece algodón
es agua que al cielo sube;
allí espera la ocasión
para mojarte, la...

La nube

Regalos de la gallina
al granjero y la granjera,
se los lleva tu vecina
y los guarda en la nevera.

Los huevos

57. Los tres deseos

Había una vez un leñador que fue al bosque a cortar un viejo árbol. En el viejo árbol vivía un duende, quien le pidió que no cortara el árbol.

El leñador decidió no cortar el árbol.

El duende agradecido, le dijo:

–Les cumpliré tres deseos a ti y a tu esposa.

El leñador fue corriendo a contarle a su esposa.

La mujer se puso tan contenta que olvidó preparar la comida.

Después el leñador dijo:

–Me gustaría comer una gran salchicha. Entonces una gran salchicha apareció sobre la mesa.

La mujer enojada le dijo:

–¡Ojalá que la salchicha se te pegara en la nariz!

Y la salchicha se le pegó a la nariz.

El leñador dijo:

–¡Que la salchicha se me despegue de la nariz!

Y la salchicha cayó.

Después, los dos se quedaron callados.

Por discutir, perdieron las tres oportunidades.

Entonces, se pusieron a comer la gran salchicha.

Fue lo único que obtuvieron!



58. El banquete

Vamos a leer una extraña conversación. Pongan atención. Vamos a ver si adivinamos quiénes están hablando.

–¿Y cuántos ojos tienen?

–Dos.

–¡Agh! ¿Los mueven con esas cosas que les cuelgan?

–No, los tienen arriba, en la parte de adelante.

–¡No sigas, mamá, que después tengo pesadillas! (se quejó la hermana).

El hermano, fascinado por el relato, prosiguió:

–Ándale, mami, ¿pueden moverlos por separado?

–No, sólo en la misma dirección y sirven para recibir la luz. Pero lo más feo, lo más feo... son esas cosas que les salen del cuerpo, sus extremidades.

–¿Por qué, mamá? ¿Tienen muchas?

–Cuatro.

–¿Y para qué?

–Dos son para pararse y las otras dos para agarrar objetos, y las mueven continuamente.

–¡¿Y no irradian?!

–Déjame terminar, las de agarrar son más pequeñas que las otras y terminan... y terminan en...

–¡Mamá, en serio, no hagas así! (se quejó nuevamente la pequeña).

–¡Terminan en “dedos”!

–Sí, y oigan esto... no tienen antenas

–¿Y cómo le hacen para no chocar?

–Tienen una cosa boluda, llamada “cabeza” ¡Qué onda!

–Y además oigan esto... la cabeza tiene más agujeros y les crece algo llamado “cabello”.

–¡Mamá, no inventes! ¡Después no voy a comer!

–¿Qué es? Pregunta el hermano.

–Les crece arriba de los ojos, cubre toda la cabeza. ¿Para qué es?... la verdad no lo sé, supongo que para esconderse y miren papá los consiguió a un precio carísimo.

–Mamá, yo no voy a comer eso.

–Son muy ricos, mi amor, y papá los consiguió muy caros en el mercado.

–Sí, pero no quiero.

–¡Yo sí!, gritó el hermano, aunque a él también le daba asco.



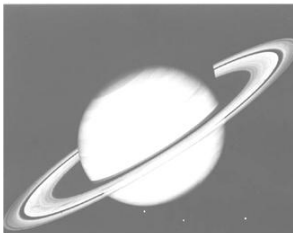
¿Quiénes están hablando? Y, ¿de qué están hablando? ¿Qué es lo que van a comer? ¿Quién lo sabe?

Luis María Pescetti, "El banquete" en *Nadie te creería*. México, SEP-Santillana, 2005.

59. ¿Existen planetas más allá del Sistema Solar?

Estamos seguros de que existen otros planetas más allá del Sistema Solar desde hace muy poco tiempo. De momento se han descubierto unos treinta, pero con toda seguridad existen muchos más que todavía se desconocen.

¿Se pueden ver estos planetas desde la Tierra?



No, no los podemos observar ni a simple vista ni con ayuda de instrumentos. Los científicos han descubierto estos planetas gracias a cálculos complicados.

Si un cohete fuera tan potente como para ir hasta el más próximo de estos planetas, tardaría miles de años en llegar.

¿Les gustaría vivir en otro planeta, que no fuera la Tierra? ¿Creen que algún día exista algún transporte que nos lleve a otros planetas? Sería interesante, muy interesante. Los que quieran, dibujen uno de esos otros planetas, o escriban cómo sería; o las dos cosas. Y traigan sus escritos y sus dibujos a la escuela.

Ana Alter, "¿Existen planetas más allá del Sistema Solar?" en *El Universo*. México, SEP-Larousse, 2002.

60. ¿Tú sabes por qué tenemos sed?

El agua es una de las sustancias más importante de nuestro cuerpo, por eso no podemos vivir sin ella. Prácticamente las dos terceras partes de nuestro cuerpo están compuestas de agua.

Cada vez que orinamos, respiramos, hablamos, sudamos o lloramos perdemos una pequeña cantidad de agua, que debe ser reemplazada para que la sangre siga corriendo. Cuando la sangre está espesa, porque está demasiado concentrada, tenemos sed.

Mantengan el equilibrio

Para reemplazar el agua que perdemos, bebemos y comemos. La fruta y la verdura, entre otros alimentos, contienen una cantidad de agua sorprendente.

Además, todas las personas deberían beber dos litros de agua al día.

Cuando no tenemos suficiente agua en la sangre, el detector de agua de nuestro cerebro hace que tengamos la boca seca y que nos den ganas de beber.

Y ustedes, ¿le hacen caso a su cuerpo cuando tienen sed? Si la respuesta es no, tal vez, éste sea un buen momento para empezar a hacerlo. Tomar agua purifica nuestros sistemas orgánicos y ayuda a que nos mantengamos más alertas, más despiertos.

Janice Lobb, "¿Tú sabes por qué tenemos sed?" en *Con las manos en la masa*. México, SEP-VOX, 2003.



61. El señor de los siete colores. Leyenda mazateca

Pues señor, cuentan los que lo vieron, que hace mucho tiempo el arco iris era un señor muy pobre. Tan pobre que no tenía ni ropa para ponerse.

Su desnudez le apenaba mucho y decidió un día buscar una solución.

Pero no se le ocurría nada y decía:

¿De dónde voy a sacar yo ropa?

Y se ponía aún más triste.

Un día brilló en el cielo un gran relámpago, y el señor decidió ir a visitarle.

–Tal vez él pueda ayudarme.

Así que se puso en camino y, después de varios días de viaje, llegó ante él.

Mientras le contaba sus penas, el relámpago le miraba con tristeza y parecía estar muy pensativo.

Hasta que habló:

–Grande es mi poder, pero no tanto como para darte ropa. Sin embargo, tu historia me ha conmovido y por eso te voy a hacer un regalo.

Y siguió hablando:

–Te voy a dar estos siete colores. Con ellos podrás pintarte el cuerpo y te vestirás para siempre.

El hombre pobre sonrió.

–Además –siguió el relámpago–, aparecerás ante la gente después de las tempestades y anunciarás la llegada del sol. La gente te querrá y te mirará con asombro.

Y así fue como, a partir de ese momento, el arco iris se le llamó el Señor de los Siete Colores.

Y, como me lo contaron, te lo cuento.



62. Canción del querer

Te quiere el viento del monte
y el bote del pescador
y el sinsonte con sus trinos
de inspirado trovador.
¡Quiérelos tú
como los quiero yo!
Te quiere el agua del río
y el sueño del soñador
y la doble mariposa
con su vuelo y con su color.



¡Quiérelos, quiérelos, quiérelos!
Te quiere el Sol cuando enciende
tu alegría y tu candor
y el mar con todos sus peces
y el volcán con su vapor;
y yo más que todos ellos,
sí señor y cómo no.
¡Quiéreme tú
como te quiero yo!

David Chericián, *El amor es un niño travieso*. México, SEP-Panamericana, 2005.

63. ¿Por qué dan comezón los piquetes de mosquito?

La respuesta loca del doctor Quenó

Justo debajo de la piel viven unos animalitos, los dermatícos. En general, están tranquilos y no los sentimos.

Cuando nos pica un mosquito, despierta a los dermatícos, que se agitan en todas direcciones. Su pánico dura mucho, y nos da comezón hasta que se calman.

–Je, je, voy a picarte (Mosquito).

–Pic (Mosquito)

–¡Despierten! ¡Arriba! ¡Es el malvado mosquito! ¡Rápido! (Dermatícos).

¡Vamos, Doctor Quenó! ¡Los dermatícos no existen!

La respuesta exacta del Doctor Quesí

–¡Delicioso! ¡Mmm! ¡Slurp! (mosquito)

Cuando te pica un mosquito, hunde su trompa en la piel y succiona un poco de tu sangre. Esta picadura es tan pequeña que ni la sientes.

Antes de succionar la sangre, el mosquito envía a tu piel un producto, llamado anticoagulante, que hace que la sangre esté más aguada: así le resulta más fácil extraerla.

–¡Ahí va un poco de producto! (mosquito)

Cuando el mosquito se va, el anticoagulante se queda bajo la piel. Se forma un bulto que te irrita. La piel dice: ¡Cuidado! ¡Hay un producto extraño! No hace mucho daño, sólo molesta. En unas cuantas horas, el cuerpo destruye el producto y desaparece la comezón.

–Bzzzz ¡Bebí demasiado! ¡Hip! (mosquito)

Gracias, doctor Quesí. Ahora entiendo.

Los aciertos del doctor Quesí (no hay quien lo pare)

Pica menos

Cuando nos pica, el cerebro recibe la información de que “da comezón”. Al rascarse, el cerebro recibe la información “me rasco” y olvida un poco la otra (“da comezón”). Por eso, al rascarse da menos comezón. Pero si dejamos de rascarnos, da más.

Da más comezón

Las picaduras producen comezón porque el cuerpo se defiende del producto que le ha inyectado el mosquito.

A gusto de los mosquitos

A algunos de nosotros, los mosquitos nos pican con más frecuencia. Otros tienen muchas menos picaduras. Se dice que hay pieles que atraen a los mosquitos. En realidad,



no se sabe a qué se debe. Algunos creen que es una cuestión de olor.

¡Basta, doctor Que sí! ¡Ya es suficiente!

64. Icnocuicatl

Hoy vamos a leer dos poemas. El primero es la traducción de una antigua poesía náhuatl. El segundo es de Amado Nervo. El primero es un “canto triste”, eso es lo que significa su nombre. El segundo es alegre y vivaracho.

¿Qué podrá hacer mi corazón?

En vano hemos llegado,
hemos brotado en la tierra.

¿Sólo, así he de irme,
como las flores perecieron?

¿Nada quedará de mi nombre?

¿Nada de mi fama aquí en la tierra?

¿Al menos flores, al menos cantos!

Lo dejó dicho Tochihuitzin,
lo dijo también Coyolchuihqui:

“Que no venimos a vivir,
solo venimos a soñar,
sólo venimos a pasar,
como la primavera”.

Nuestra vida brota,
florece, se marchita,
florece, se marchita.

Eso es todo.

Poema náhuatl

“La ardilla”

La ardilla corre,
la ardilla vuela,

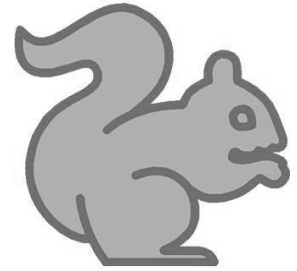
la ardilla salta
como locuela.

—Mamá, ¿la ardilla
no va a la escuela?

Ven ardillita:
tengo una jaula
que es muy bonita.

—No, yo prefiero
mi tronco de árbol
y mi agujero.

Amado Nervo



“Icnocuicatl” en *A la orilla del agua y otros poemas de América Latina*. México, SEP-Artes de México, 2002.

65. Los colibríes

Los colibríes zumban cuando vuelan porque agitan las alas al igual que lo hacen las abejas y las libélulas.

Vuelan como helicópteros multicolores: hacia adelante, hacia atrás o de lado, sin cambiar la posición de su cuerpo. En cámara lenta, pues ya se ha podido filmar su vuelo, se aprecia su vertiginoso movimiento de hasta 75 aletazos por segundo.

Se llama también chupamirto, chuparrosa o chupaflor porque con el pico cerrado, a manera de popote, liba el néctar de las flores, sin necesidad de posarse.

Con su lengua, larga y delgada, puede alcanzar a sus presas a una distancia hasta el doble de pico.

En la punta de la lengua tiene espinitas con las que ensarta a los insectos y arañitas que le sirven de alimento. El colibrí habita solamente en el continente americano. De las 500 especies que existen, en México viven más de 50.

Los machos tienen brillantes colores metálicos en la frente, la garganta y el pecho.

Las hembras construyen preciosos nidos en forma de copa con pelusa de algodón y telarañas. Depositán dos huevecitos, los incuban, y luego alimentan con insectos a sus polluelos.

Algunos colibríes son tan pequeños que pesan menos 2 gramos. 500 colibríes no llegan a pesar un kilo.

“Los colibríes” en *Animales mexicanos, aves y mariposas*. México, SEP, 1995.



66. De cómo Fabián acabó con la guerra

Había una guerra. Todos los días los hombres partían al campo de batalla. Los que volvían por la noche llevaban a los muertos y a los heridos. La guerra duraba desde hacía tanto tiempo que ya nadie recordaba por qué había empezado.

Víctor II, rey de los Rojos, contaba y recontaba sus soldados. “Diez más veinte son treinta; si sumo cincuenta más... ¡Ochenta hombres! Ochenta hombres no son suficientes para la guerra. Y rompía a llorar. Afortunadamente para él, tenía un hijo que se llamaba Julio. Julio entraba en la sala del trono y le decía “Ánimo papá” Y el rey se animaba.

Armando XII, rey de los Azules, también tenía ochenta soldados y un hijo. Pero cuando Armando XII se afligía, su hijo no sabía que decirle.

El hijo de Armando XII se llama Fabián y no le interesaba la guerra. Un día Fabián recibió una carta del príncipe Julio:

“Nuestros padres ya casi no tienen soldados, así que, si eres hombre, coge tu caballo y tu armadura. Te reto a un duelo y el que gane ganará la guerra. Firmado. Julio.”

Fabián suspiró. Al día siguiente acudió a la cita montado en una oveja.

–¡En guardia! –gritó Julio.

“¡Beee!”, baló la oveja. El caballo se asustó y se encabritó.

Julio cayó.

–¿Te lastimaste? –le preguntó Fabián a Julio. Pero Julio no sólo se había hecho daño: había muerto en el acto.

Los soldados Rojos se dirigieron a Fabián, él trató de explicarles, pero prefirió salir corriendo. Su padre, el rey Armando XII, rey de los Azules, lo esperaba:

–¡Debería darte vergüenza! –lo regañó.

–¡Pero si no hice nada! –dijo Fabián. Enfadado su padre, lo expulsó de su reino.

El príncipe Fabián se escondió en el parque y la guerra siguió. Así que decidió hacer algo: enviar una carta a los dos reyes y fingir tener un ejército poderoso, Amarillo.

Los dos ejércitos, Azul y Rojo, se reunieron y esperaron que el ejército Amarillo llegara. Como nunca llegó, las mujeres se acercaron a los soldados, sus hijos, los vencedores, y al poco tiempo eso parecía un verdadero pueblo.

Al ver esto, Fabián entendió que la guerra había terminado gracias a él. Decidió contárselo al rey Amarillo. Éste, contento de la intención de Fabián, lo adoptó como hijo, porque no los tenía, y tiempo después Fabián fue rey de un gran pueblo, donde por supuesto no hubo guerras.

Anais Vaugelade, *De cómo Fabián acabó con la guerra*. México, SEP-Corimbo, 2002.



67. La bicharacha tabla del nueve

Nueve, nueve, nueve, a bailar la tabla del nueve.

Nueve, nueve, nueve, a bailar la tabla...

Nueve, nueve, nueve, a bailar la tabla del nueve.

Nueve, nueve, nueve...

Nueve por uno nueve, hormigas viendo que llueve.

Nueve por dos dieciocho, pulgas manejando moto.

Nueve por tres veintisiete, ratones en un paquete.

Nueve por cuatro treinta y seis, gusanitos de maguey.

Nueve por cinco, cuarenta y cinco, chapulines dando brincos.

Nueve por seis cincuenta y cuatro, pulgas viajando en gato.

Nueve, nueve, nueve, a bailar la tabla del nueve.

Nueve, nueve, nueve, a bailar la tabla...

Nueve, nueve, nueve, a bailar la tabla del nueve.

Nueve, nueve, nueve...

Nueve por siete setenta y tres, calcetines de ciempiés.

Nueve por ocho setenta y dos, cucarachas que tienen tos.

Nueve por nueve ochenta y uno, catarinas en apuro.

Nueve por diez noventa, caracoles sin pagar renta.

Nueve, nueve, nueve, a bailar la tabla del nueve.

Nueve, nueve, nueve, a bailar la tabla...

Nueve, nueve, nueve, a bailar la tabla del nueve.

Nueve, nueve, nueve...



Paula Rodríguez, "La bicharacha tabla del nueve" en *Baila la tablita yo ya la canté. Tablas de multiplicar para jugar en clase*. México, SEP- Hecho con amor x Hecho a mano, 2003.

68. Corazones perdidos

¿Qué les parece que hoy leamos algo un poquito siniestro, misterioso, peligroso...? Que nos haga sentir amenazados. A ver qué les parece.

Stephen Elliott tenía once años recién cumplidos. A los seis meses de quedarse huérfano se había ido a vivir con su primo, el señor Abney.

El señor Abney era un tranquilo viejo de vida retirada. Era un gran erudito [*sabio*] en religiones antiguas, y había escrito muchos artículos sobre supersticiones y mitos del mundo entero. Vivía tan embebido [*concentrado*] en sus estudios que sus vecinos se sorprendieron de que se enterara siquiera de que su primo se había quedado huérfano. Y aún se sorprendieron más de que el señor Abney decidiera adoptarlo.

Stephen llegó a su nueva casa una fresca noche del mes de septiembre. El señor Abney recibió con alegría a su joven primo. Tras charlar un rato con él, ordenó a su ama de llaves, la señora Bunch, que le preparara la cena al niño.

La señora Bunch y el niño se hicieron muy amigos. El ama de llaves llevaba veinte años trabajando para el señor Abney y contestaba gustosamente a todas las preguntas que Stephen le hacía sobre la casa y su dueño. Procuraba que Stephen se sintiera lo más a gusto posible.

Una noche, Stephen se hallaba sentado junto al fuego con la señora Bunch.

—¿Es bueno el señor Abney y va a ir al cielo? —preguntó de repente.

—¿Qué si es bueno? —repitió el ama de llaves—. El señor es un santo como no hay otro. ¿No te he contado nunca cómo recogió en una ocasión a un niño de la calle? ¿Y a una niña también?

—No, cuéntamelo, señora Bunch —suplicó Stephen.

—Bueno, —dijo la señora Bunch—, de la niña no me acuerdo muy bien. El señor Abney la trajo a casa dos años después de que entré yo a trabajar. La pobre criatura era huérfana. Vivió aquí tres semanas. Luego, una madrugada, se marchó antes de que se levantase ninguno de nosotros. Nadie volvió a verla más.

—¿Y qué pasó con el chico? —preguntó Stephen.

–¡Ah! ¡Pobre muchacho! –suspiró la señora Bunch–. El señor lo encontró hará unos siete años. Era extranjero y no tenía a nadie en el mundo. Estuvo aquí un tiempo; luego se fue una mañana, igual que la niña. Y no volvimos a saber más de él.

Esa noche, Stephen tuvo un sueño extraño...

¿Qué sucedió con aquellos niños? ¿Amenaza algún peligro a Stephen? Si alguno de ustedes lo sabe, luego me lo cuenta.

Steven Sorn, "Corazones perdidos" en *Relatos de fantasmas*, John Bradley, ilus. México, SEP-Limusa, 2007.



69. Trabalengüero, II

Ni al agua le eche
leche ni le eche
agua a la leche.

Le falta a Mafalda su falda tableada.

Come el gusano sanas
gusanas, sanas
gusanas come el
gusano.

El perro brinca la tranca,
trepas la rampa y con la trompa,
rompe la trampa.

Al saltar la malla

la llama se talla
y al brincar

la tabla, la cabra
se traba.

Mugre de bruja,
bruja mugrosa.
¡Mugrebruja
brujimugrosa!

Pancha
apapacha
al pocho
en el chopo.

Valentín Rincón et al., *Trabalengüero*. México, SEP-Nostra, 2005.

70. El valor del agua

¿Dónde creen que hay más agua: en los océanos, los ríos, las nubes, los glaciares? Si su respuesta fue que en los océanos, en esta lectura descubrirán que no es así. Espero que, además, puedan entender lo importante que es cuidarla.

Hay más agua debajo de la superficie terrestre que la que hay en todos los lagos, ríos, riachuelos, charcas, glaciares y océanos en la superficie.

Generalmente, hasta en las zonas desérticas hay agua en las profundidades, debajo de la superficie.

El agua subterránea proviene de la lluvia que se absorbió en la tierra y quedó atrapada en capas, como una esponja gigantesca. La primera capa de arriba se llama nivel freático.

En el mundo, la gente que trabaja en la industria y la agricultura obtiene agua subterránea, haciendo pozos y bombeando el agua a la superficie. En algunos lugares, la gente ha sacado tanta agua subterránea que el nivel freático ha desaparecido.

Ahora sí sabemos que conservar el agua es indispensable para conservar la vida.

Avelyn Davidson, *El valor del agua*. México, SEP-McGraw-Hill, 2004.

71. La patita

La patita,
de canasta y con rebozo de bolita,
va al mercado
a comprar todas las cosas del mandado,
se va meneando al caminar
como los barcos en altamar.

La patita,
va corriendo y buscando en su bolsita
centavitos para darles de comer
a sus patitos,
porque ya sabe que al regresar
toditos ellos preguntarán:
¿Qué me trajiste, mamá cuacuá?
¿Qué me trajiste, cuaracucacué?

La patita,
de canasta y con rebozo de bolita,
se ha enojado
por lo caro que está todo en el mercado,
como no tiene para comprar
se pasa el día en regatear.

Sus patitos
van creciendo y no tienen zapatitos,
y su esposo
es un pato sinvergüenza y perezoso,
que no da nada para comer
y la patita, pues que va a hacer,
cuando le pidan, contestará:
—Coman mosquitos, cuaracucué.

Francisco Gabilondo Soler, “La patita” en Ma. Luisa Valdivia (selección). *Cancionero Mexicano*, México, SEP-Trillas, 1988.



72. Canción del estornudo

En la guerra le caía
mucho nieve en la nariz,
y Mambrú se entristecía,
Atchís.

Como estaba tan resfriado
disparaba su arcabuz
y salían estornudos.
Atchús.

En la mitad de la batalla
se sonaba la nariz
con un pañuelito blanco.
Atchís.

Con el frío y el resfrío
le dio un patatús,
que al ratito pidió gancho
Atchús.

Los soldados se sentaron
a la sombra de un fusil
a jugar a las barajas
Atchís.

Mientras hasta la farmacia
galopando iba Mambrú,
y el caballo estornudaba.
Atchús.

Le pusieron cataplasmas
de lechuga y aserrín,
y el termómetro en la oreja.
Atchís.

Se volcó en el uniforme
el jarabe de orozuz,
cuando el boticario dijo:
Atchús.

Le escribió muy afligido
una carta al rey Pepín,
con las últimas noticias.
Atchís.

Cuando el rey abrió la carta
la miró bien al trasluz,
y le contagió en seguida.
Atchús.

“¡Que suspendan esa guerra!”,
ordenaba el rey Pepín.

Y la reina interrumpía:
Atchís.

Se pusieron muy contentos
los soldados de Mambrú,
y también los enemigos.
Atchús.

A encontrarse con su esposa
don Mambrú volvió a París.

Le dio un beso y ella dijo:
Atchís.

Es mejor la paz resfriada
que la guerra con salud.

Los dos bailan la gavota.
Atchús.

73. ¿Te arriesgarías a una aventura en el espacio?

Antes de responder al título de esta lectura, escuchen lo que tendrían que hacer para lograrlo.

El entrenamiento de los astronautas

Antes de viajar al espacio, los astronautas se entrenan durante meses, a veces incluso durante varios años.

Para aprender a flotar en el espacio, donde no hay fuerza de gravedad y los cuerpos no tienen peso, los astronautas se entrenan en el fondo de una piscina, con un equipo que pesa 300 kilos.

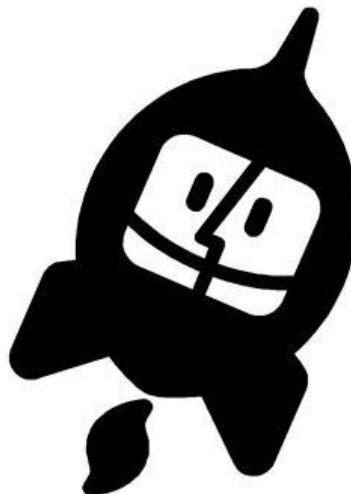
En otro ejercicio, los astronautas pasan algunos minutos en una centrifugadora, una máquina que da vueltas muy deprisa. De este modo se preparan para las grandes aceleraciones que sufrirán durante el lanzamiento del cohete.

Los astronautas deben tener una espléndida condición física, así que siguen un entrenamiento deportivo muy variado: tenis, carreras, gimnasia, esquí de fondo, natación.

Un astronauta tiene que ser un buen atleta.

¿Qué dicen? ¿Una aventura en el espacio? Cuando hagan deporte, piensen que están fortaleciendo su cuerpo y que eso es bueno, para ser astronautas, o para ser cualquier otra cosa.

Ana Alter, “¿Te arriesgarías a una aventura en el espacio?” en *El Universo*. México, SEP-VOX, 2002.



74. Versos para jugar

Pueden comernos fritas,
¡qué ricas!,
O en puré,
que también estamos bien.
En tortilla,
¡qué maravilla!,
cocidas o asadas,
solas o acompañadas
y hasta en ensaladas.
Las papas.

Cantando olvido mis penas
mientras voy hacia la mar;
las penas se van y vuelven
pero ya no vuelvo más.
El río

El fuego me tiene miedo,
las plantas me quieren bien,
limpio todo lo que toco,
me tomas al tener sed.

El agua

¿Qué es lo que ustedes
no han visto ni verán,
pero si lo oyen lo conocerán?
El viento

Vi sentada en un balcón
a una hermosísima dama
fíjate en el primer renglón
y verás cómo se llama.

Vicenta

Manuel Peña Muñoz, "Versos para jugar" en *Del pellejo de una pulga y otros versos para jugar*. México, SEP-Alfaguara, 2003.

75. ¡Me como esa coma!

¡Ups! Parece que la puntuación es importante...

Los signos de puntuación, aunque sean tan pequeños, son una parte importante de la escritura. Son como señales de tráfico que indican hasta dónde llega una frase, o dónde empieza otra idea.

Existen distintos signos, pero el más frecuente y el más importante es la coma.

Aquí verás ejemplos de cómo puede cambiar el significado según donde esté colocada.

Fíjate bien en cómo la usas, para que no tengas que decir: ¡Ups! ¡Me como esa coma!

Se cuenta que un rey tenía una sentencia de muerte. El condenado había pedido que lo perdonaran, pero la sentencia decía: “Perdón imposible, que cumpla su condena”. En el momento de la firma, el rey se sintió magnánimo y quiso salvar al condenado. Entonces cambió de lugar la coma: “Perdón, imposible que cumpla su condena.”

¿Cuál es la diferencia entre “Perdón imposible, que cumpla su condena” y “Perdón, imposible que cumpla su condena?”

Observas cómo cambia todo con una simple coma, escucha con atención los siguientes ejemplos:

Juan Pablo y Berta entraron en la cueva.

Juan, Pablo y Berta entraron en la cueva.

¡Sal gorda! ¡Llevo pimienta, canela y azúcar!

¡Sal, gorda! ¡Llevo pimienta, canela y azúcar!

Después de cazar ratones, gatos y leones descansaron.

Después de cazar, ratones, gatos y leones descansaron.

¡Mira qué bonito perro enano!

¡Mira qué bonito perro, enano!

La niña esta tarde no viene.

La niña esta, tarde no viene.

Rosa le pegó al niño con el brazo enyesado.

Rosa le pegó al niño, con el brazo enyesado.

“El alumno se equivoca”, el profesor:

El alumno, “se equivoca el profesor.”

Los lunes Lola se bañaba en la alberca y mientras comía, leía un libro y escuchaba música.

Los lunes Lola se bañaba en la alberca y mientras, comía, leía un libro y escuchaba música.

José Antonio Millán, *¡Me como esa coma!* México, SEP-Serres, 2007.

76. Cuando la Tierra iba a partirse

Hace muchos años, un conejo que estaba dormido debajo de una palmera, se despertó y pensó: “¿Qué pasaría si la Tierra se partiera? ¿Qué sería de mí?”

En ese momento unos monos tiraron un coco allí cerca. El conejo oyó el ruido y se dijo: “La Tierra se está partiendo.”

Salió corriendo, sin ver qué había causado el ruido. Otro conejo lo vio y le preguntó:

–¿Por qué corres tan de prisa?

Y el conejo le respondió:

–¡La Tierra se está partiendo! –y siguió corriendo mientras el otro lo seguía.

Un tercer conejo los vio y corrió tras ellos, y luego muchos otros hicieron lo mismo.

Y a todos les decía el primero:

–¡La Tierra se está partiendo!

Se lo dijeron a un venado, a una zorra, y a un elefante, y todos salieron corriendo sin mirar atrás, hasta que el león los vio.

El león se puso frente a ellos y los detuvo. Todos le tenían miedo, así que se detuvieron. El león les preguntó:

–¿Por qué corren?

–¡Oh, su majestad, es que la Tierra se está partiendo!

–¿Quién vio que se está partiendo? –preguntó el león.

–Yo no –dijo el elefante–. Me lo dijo la zorra.

–Yo no –dijo la zorra–. Pregúntale al venado.

–Yo no –dijo el venado–. Los conejos me lo dijeron.

Unos tras otros los conejos dijeron:

–Yo no lo vi; otro conejo me lo dijo.

Al fin el león llegó hasta el primer conejo y le preguntó:

–¿Es verdad que la Tierra se está partiendo?

–Sí, su majestad –dijo el conejo–. Yo dormía bajo una palmera, desperté y pensé: ¿qué pasaría si la tierra se partiera? En eso oí el sonido de la Tierra que se partía y salí corriendo.

Entonces dijo el león:

–Tú me vas a acompañar hasta el lugar donde la Tierra empezó a partirse y allí veremos qué pasa.

El león subió al conejo en su lomo y llegaron hasta la palmera. Allí vieron el coco tirado en el suelo y el león se dio cuenta de lo que había pasado.

–Éste es el ruido que oíste. Conejo tonto. Un coco que cayó de la palmera.

Juntos regresaron y el león les contó a los animales la verdad. Así, se dieron cuenta de que no hay que creer en los rumores.

Benjamín Preciado Solís, *Cuando Brahmadata era Rey de Benarés... Diez cuentos budistas de la India*. México, SEP-Alejandro Cabello Alcérreca, 2007.



77. Bestiario Nahurrarámuri

Bueno, este es un bestiario, una colección de bestias que no existen, son de *mentiritas*. Pero *deveritas* fueron hechas por varias niñas y niños de las comunidades nahua de Puebla y rarámuri de la Sierra Tarahumara. Los niños hicieron una mezcla de distintos animales, les pusieron nombre y además los dibujaron.

Gaviacuervo

El gaviacuervo come gallinas y pájaros.

En el día come gallinas y en la noche
come pájaros.

Toma agua del arroyo y anda en la sierra.

Como es gavián y cuervo es doblemente
peligroso

y todas las aves

le tienen miedo.

Paruga

La paruga tiene cabeza de

pájaro y patas de gallina

el resto del cuerpo es igual a una tortuga.

Vive en el monte,

cuando se acerca a las

escuelas los niños y

las niñas lo atrapan pues

no puede huir rápidamente.

Gatocienpiés

El Gatocienpiés anda de día y
noche

buscando comida para él y su
familia.

En la noche se arrastra y come
ratones

y pica a la gente que está
dormida.

No duerme, y aprovecha el día
y la noche para arrastrarse por
todas

partes y hacer amistad con otros
animales.

Ratacol

El Ratacol tiene cuerpo de caracol
y cabeza de ratón. Este animalito
se alimenta de maíz. Vive en los
huecos de los árboles y le gusta
mucho estar en el rayo del sol.

¿Te animas a inventar algunos?

78. Una mascota inesperada

Yo soy Tab. Me llamo Tab.

Este es mi cuarto. Estos son mis calcetines favoritos.

No entiendo a los adultos. Piensan que soy más inteligente porque uso lentes. Aunque los niños de mi clase piensan otra cosa.

Los adultos me regalan libros, mapas, rompecabezas, calcetines, aviones para armar y hasta cohetes espaciales.

Se supone que todos los niños inteligentes quieren ser astronautas. Yo no quiero.

¡Yo quiero una mascota!

Papá dice que en casa no hay suficiente lugar. Pero cada vez tenemos una tele más grande.

Mamá se queja de que tiene que limpiar todo el día. Dice que no quiere juguetes regados ni croquetas.

Pero ella deja migajas regadas por todos lados cada vez que habla por teléfono con la tía Runa.

A veces escondo los lentes en una maceta para no tener que hacer la tarea, pero mamá siempre tiene unos de repuesto escondidos en otra maceta.

Cuando me quito los lentes el mundo se ve muy diferente. Es como jugar a encontrarle formas a las nubes. Pero puedes hacerlo en cualquier parte.

También funciona si voy a comer a casa de la tía Runa, que cocina horrible. Si no lo ves, sabe menos feo.

Hoy es viernes y es mi cumpleaños. Para celebrarlo pedí que fuéramos a la tienda de mascotas, pero al coche no le dio la gana ir hasta allá. A los diez minutos se detuvo frente a la feria.

Me enojé. Dejé los lentes en el coche.

Yo no quiero ir a la feria, ni ser astronauta, ni tener más libros, mapas, rompecabezas, aviones, coches, ni calcetines de rayas.

¡Yo sólo quiero una mascota!

Una mancha que parecía un señor gordo me dijo:
–Tira una pelota y ganarás un premio.
No quería tirar una pelota.
Me lo repitió veinte veces y le lancé una pelota para que se callara.
La pelota pegó en otro lado, en una botella.
El señor gordo gritó:
–¡Bravo! ¡Te ganaste el premio!
Me entregó una bolsa repleta de agua.
Yo sólo veía una mancha amarilla... pero papá veía otra cosa:
–Mira, Tab, ni siquiera tuvimos que ir a la tienda. Ya tienes tu mascota.
–¡Eso no es una mascota!
–Sí es una mascota –dijo mamá–. Debes ponerle nombre y jugar con ella.
Me puse los lentes. Sólo era un pez amarillo. No era una mascota. A las mascotas las llevas al parque y a los juegos.
Por suerte, todavía me quedaba soplar la vela de mi pastel y pedir un deseo.
¿Quiénes tienen una mascota, qué es? ¿Creen que un pez pueda ser una mascota?

Antonio Moreno Paniagua, *Una mascota inesperada*. México-Castillo, 2007.



79. ¿Es posible operar sin que duela?

La guerra, las enfermedades y los accidentes siempre han causado dolor y sufrimiento. A veces, la herida es tan grave que hay que cortar una pierna o quitar o curar un órgano interno. En otros tiempos, en la antigüedad, operaciones como estas podían llegar a causar más dolor que la misma herida.

Los cirujanos de la antigüedad podían hacer muy poco para reducir el dolor antes, durante y después de la operación en sus pacientes.



Un método bastante salvaje era golpear al paciente en la cabeza con un palo. Pero eso no era una buena idea porque el golpe tenía sus propias consecuencias; incluso podía matar al pobre paciente.

Otro método era dar a los pacientes una enorme cantidad de alcohol. Tanta, que se desmayaban o estaban tan borrachos que no les importaba ver la sierra o el cuchillo ante ellos, ni sentirlos en sus carnes.

¿Qué puedo dar a mis pacientes para que su dolor no sea tan intenso? Se preguntaban los médicos.

Un buen día, un dentista decidió seguir el consejo de un químico llamado Charles Jackson: utilizó una sustancia llamada éter para dormir a los pacientes y evitar que éstos sintieran dolor al sacar un diente. Para la fortuna de su clientela, ¡descubrió que funcionó!

En la actualidad se utilizan muchas variedades de anestesia, que permite a los médicos hacer las cosas con más calma, y a la vez evitan que sus pacientes sientan dolor mientras se les realiza cualquier cirugía.

¿Alguno de ustedes ha sido operado? ¿Le han quitado las anginas, o el apéndice, o le han arreglado algún hueso roto? Otro día les cuento yo de cuando me operaron.

Gerry Bailey, “¿Es posible operar sin que duela?” en *Avances Médicos*. México, SEP-SM, 2005.

80. Mi problema con los relojes

Tengo un problema con los relojes
que aun no he podido solucionar.
Dice mi madre que el tiempo es oro
siempre se escapa, vuela y se va.
Si hoy yo no atrapo ese tesoro
ya no se puede recuperar.

Vuelan los meses

vuela la vida

y mi reloj

tic – tac

tictac

tic – tac

proclaman

serias agujas

el tiempo vuela

¡a trabajar! Pero sé yo

que otra voz habla en el reloj.

Me habla de un tiempo para soñar
que no se pierde pues siempre está
y aunque no lo use y vuelva a usar
siempre es posible recomenzar.



Mercedes Calvo, "Mi problema con los relojes" en *Los espejos de Anaclara*. México, FCE-f,m,l, 2009.

81. ¿Por qué al petróleo se le llama “oro negro”?

¡Porque si tienes un pozo de petróleo debajo de tu jardín, te podrías hacer muy rico!

El combustible crudo o petróleo, es espeso, pegajoso, de olor fuerte y de mucho valor.

De él se derivan una gran cantidad de sustancias importantes, como el gas, los plásticos, pinturas, fertilizantes, aceites, lubricantes, llantas... la lista sigue y sigue. La vida moderna se detendría sin ellos. Por eso encontrar un pozo de petróleo es como tener una mina de oro. No es extraño, entonces, que las compañías petroleras gasten millones de dólares al año en su búsqueda o exploración.

Los organismos marinos murieron y quedaron en el fondo del mar y fueron cubiertos por arena y rocas. Por encima de ellos ejercieron presión las rocas sedimentarias que los aplastaron y absorbieron.

Como verás, con el petróleo se fabrican muchas de las cosas que diariamente utilizamos. Pero el petróleo se renueva muy, muy lentamente, y puede acabarse. Por otra parte, los objetos que se fabrican con derivados del petróleo no son biodegradables, no se descomponen naturalmente en decenas o cientos de años. De ahí la importancia de reciclar y reutilizar muchas de las cosas que se fabrican a partir del petróleo.

Yvan Théry, “¿Por qué al petróleo se le llama oro negro?” en *Planeta Tierra*. México, SEP-Larousse, 2005.

82. El taxista (una leyenda)

La lectura que nos toca hoy fue escrita por una niña que vive en Zacatecas. Se llama Ana Lizeth Montoya y es de la edad de ustedes. Interesante, ¿no es cierto?

Había una vez un taxista que trabajaba hasta las doce de la noche. Un día que iba por la calle Nazas vio una niña que le hablaba. Él ya iba para su casa pero dijo:

–Nada más llevo a la niña y me voy a mi casa.

Cuando la niña se subió, el taxista sintió escalofrío y miedo, pero pensó: “sólo es una niña... pero... ¿por qué andará sola tan noche?” El señor taxista siguió. La niña le iba diciendo por dónde se fuera y llegaron a una casa sola y oscura; ella le dijo al señor taxista que no tenía dinero para pagarle y que si por favor podía ir al otro día por el dinero.

Al siguiente día el taxista fue, tocó la puerta y nadie le abría, hasta que una señora paso y dijo:

–Ahí no vive nadie.

–Pero una niña me quedó a deber dinero –dijo el señor.

–Pero si esa niña murió hace cinco años –le contestó la señora.

El señor taxista se asustó tanto que se murió de un infarto; la gente le creyó a la señora que ahí la niña se aparecía; entonces fue un padre, bendijo la casa y la niña jamás se volvió a parecer.

Al igual que Ana Lizeth, ustedes pueden escribir sobre lo que les ha pasado, lo que han oído, lo que puedan imaginar.



Ana Lizeth Montoya, "El taxista" en *Escribimos para ti todo un valle de palabras*. México, SEP-Secretaría de Educación y Cultura de Zacatecas, 2007.

83. Las hormigas. Trabajadoras incansables

Las hormigas, las abejas y las avispas son insectos sociales. Un hormiguero está formado por millones de hormigas que trabajan por el bien de la comunidad.



Hormiguero

Puede estar bajo tierra o en el interior de los árboles. En el hormiguero hay comida almacenada y existen larguísimos túneles que nunca se acaban. En ellos, la reina está aislada en su cámara real, en la que constantemente pone huevos. Por otra parte, la hormiga obrera se lleva los huevos a otras cámaras donde se alimentará.

Aparte de la reina y las hormigas obreras, la hormiga macho tiene alas y es un poco mayor que la obrera.

Algunas hormigas plantan, cuidan y recolectan hongos como si fueran los mejores agricultores del mundo; otras son capaces de domesticar pulgones y alimentarse de los jugos azucarados que los pulgones producen.

¡Viva la reina!

Los hormigueros están ordenados por castas o grupos sociales. La casta de las obreras se encarga del cuidado y la alimentación de toda la sociedad. Las obreras son hembras que no tienen alas y son estériles, es decir, no ponen huevos. En la casta superior hay una sola reina; este animal será el único que pondrá los huevos del hormiguero. La casta de los machos sólo está para fecundar a la reina. Una vez al año nacen machos alados y reinas aladas. Una vez apareada con el macho, la reina saldrá volando del hormiguero, perderá las alas y en un rincón apartado fundará un nuevo hormiguero.

Con la hoja a cuestas

Una hormiga nunca se cansará de llevar comida al hormiguero. Las hormigas pueden transportar una hoja que pesa varias veces lo que su propio cuerpo. Se ha calculado que un hombre con esta fuerza sería capaz de levantar más de mil kilos.

Xavier Marcet Soler, "Las hormigas trabajadoras incansables" en *Los animales invertebrados*. México, SEP-Parramón, 2007.

84. Uh, qué lino

Ustedes ya no hablan como los niñitos de esta lectura. Pero hace unos pocos años hablaban así. Fíjense bien, a ver si entienden lo que dicen.

–¿Tú me quieles?

–Chi.

–A mer... ¿cuánto?

–Muto.

–¿"Muto" o "muto muto"?

–Mutísimo... ¡Achí!

–Uh, qué lino.

–¿Y tú? ¿Me quieles?

–¡Uh! Ma quel chol.

–¿El chol nomá?

–El chol, la luna, lasteyas, la tiela... toro.

Toro, toro, toro. Achí, má que toro nel nivercho.

–Uh, qué lino... Amél, namun mechito.

–Toma... muá.

–Oto.

–Muuá.

Oto.

–¡Palaqué tepeinas?

–Palachel la pelchona malina nel muno. Pala...

–Túchaeres la pelsona má lina, ¿nontende?

Cho...cho... chote quello achí. Note vacha peina.

Mamo achí, con la cabecha alo pelo loco.

–Mamo, mamól.

–Mamo, cocha monita.



85. La madre tierra

La tierra es el primer elemento, y eso la hace muy importante. Los griegos y los romanos pusieron nombre a nuestro planeta en su honor, y en la Edad Media se la consideraba el elemento central de los cuatro –los otros tres son agua, aire y fuego–. No es extraño que muchas culturas la adoraran como madre primigenia y fuente de toda vida. Cada cultura le atribuyó un nombre propio: era Gaia para los griegos, Ishtar en Babilonia y Pithivi para los hindúes. Pueblos de todo el mundo, desde América hasta Japón, desde Escandinavia hasta Nueva Zelanda, creían que la tierra era nuestra madre, y el cielo nuestro padre. Sin embargo, los egipcios tenían un dios de la tierra, Geb, y una diosa del cielo, Nut.

Tanto las mujeres que iban a dar a luz como las que querían tener hijos se acercaban a la tierra para hermanarse con su fertilidad. Hasta hace poco, en una región italiana se acostaba a los recién nacidos sobre la tierra en cuanto habían sido bañados y vestidos. Era una forma de mostrar que todos los seres vivos provienen de la tierra.

Todo lo que comemos viene directamente de la tierra o de animales que se alimentan de sus frutos. Incluso las aves del cielo y los peces del mar necesitan alimentos provenientes de la tierra. Y, sin embargo, poco a poco nos hemos ido olvidando de que la tierra es la madre de todos nosotros.

Mary Hoffman, “La madre tierra” en *Canción de la Tierra*. México, SEP-Art Blume, 2003.

86. Más adivinanzas para jóvenes detectives

No es libro aunque tiene hojas,
lo usas para escribir,
a veces tú lo deshojas
y así no suele vivir.

El cuaderno

Una especie de balón
recubierto de cabello.
Al cuerpo quiere un montón
y lo tienes sobre el cuello.

La cabeza

Cua... cua... cua... cualquiera
lo encuentras nadando
o mientras espera,
sus plumas limpiando.

El pato



Las tienen para saltar
monos, monas, gatos, gatas;
las que yo uso para andar
no debe llamarse "patas".

Las piernas

Es un cabello sin dueño
que nada y nada,
ese caballo pequeño
vive en el agua salada.

El caballito de mar



Muuu... muchos cuernos no tiene,
muuuy largos tampoco son,
muuuge mucho y se entretiene
en dar leche de a montón.

La vaca

No estaba llena de peces
ni tampoco de saliva,
estaba llena, y a veces
lanzaba un chorro hacia arriba.

La ballena

Suele perseguirlo el gato
por este y aquél rincón;
le hace pasar muy mal rato
al pobrecito narigón.

El ratón

87. ¿Qué pasó con la gente del Nuevo Mundo cuando llegó Colón?

Cuando Colón llegó a las Antillas, que fue el primer lugar de América que tocó, esas islas estaban habitadas por dos pueblos: los taínos, quienes eran pacíficos, cultivaban maíz, vivían en cabañas limpias y cómodas y cuya única arma era una lanza, o más bien un arpón con el que cazaban peces.

El otro pueblo era el de los caribes, quienes tenían como arma principal las flechas envenenadas, y constantemente atacaban, robaban y esclavizaban a los taínos. A veces hasta se los comían, porque les daba por ser antropófagos.

Los taínos, gente noble y honesta, vivían en constante temor de los caribes, pero no sospechaban que estaba a punto de aparecer una amenaza mucho más terrible que los caribes: los españoles.

Durante su primer viaje a América, Colón trató a taínos y caribes amablemente, e hizo lo que pudo para que sus soldados y marineros no los atacaran, ni abusaran de ellos dándoles baratijas a cambio de oro y perlas.

Sin embargo, cuando los españoles ocuparon las islas del Mar Caribe acabaron tanto con los caribes como con los taínos, obligándolos a trabajar sin descanso en las plantaciones, la construcción de edificios, buscando minas... Muchas muertes provocó la llegada de los españoles... miles de hombres y mujeres que antes eran libres fueron hechos esclavos.

¿Saben cómo justificaron sus crímenes los españoles? Dijeron que todo eso lo hacían para salvar las almas de los naturales del Nuevo Mundo, a quienes trajeron la religión católica, que ellos practicaban.

Piero Ventura y Gian Paolo Ceserani, "¿Qué pasó con la gente del nuevo mundo que conoció Colón?" en *El viaje de Colón*. México, SEP, 1991.

88. La piel es nuestro escudo

¿Qué tanto cuidas tu piel? Ya que vives con ella, duermes con ella, sueñas con ella y a través de ella te comunicas, ¿sabías que tu piel es el órgano más extenso del cuerpo? Además de actuar como escudo protector contra el calor, la luz, lesiones e infecciones, tu piel también cumple con estas funciones:

- Regula la temperatura corporal.
- Almacena agua y grasa.
- Evita la pérdida de agua.
- Previene la entrada de bacterias.



La piel está compuesta por las siguientes capas, cada una de ellas desempeña distintas funciones:

- Epidermis, es la capa externa delgada de la piel, también contiene melanocitos que producen melanina (el pigmento de la piel).
- Dermis, es la capa media de la piel, en esta se encuentran los receptores del dolor y del tacto.
- Capa de grasa subcutánea, es la capa más profunda de la piel, está compuesta por una red de células de colágeno y grasa, que ayuda a conservar el calor corporal y protege el cuerpo contra lesiones, puesto que amortigua los golpes.

¿Sabías que las personas cuyos antepasados vivían en regiones soleadas tienen la piel más oscura que las personas cuyos antepasados vivían en regiones con menos luz solar?

89. Los primeros viajes espaciales

Durante mucho tiempo se estudiaron los planetas y las estrellas observándolos desde la Tierra. En 1957, unos científicos rusos pusieron a punto el primer vehículo capaz de viajar al espacio.

El primer cohete

Para viajar al espacio, era necesario fabricar un vehículo capaz de volar en la atmósfera exterior. Tal vehículo debía ser mucho más potente y rápido que un avión: debía ser un cohete. Los rusos fueron los primeros en lanzar un cohete al espacio. Llevó una gran bola metálica, el Sputnik 1, que dio vueltas alrededor de la Tierra durante 21 días. Fue el primer satélite artificial de nuestro planeta.

Una perra en el espacio

Como no se sabía si un ser vivo lograría sobrevivir en el espacio, los rusos decidieron enviar un animal.

Construyeron un segundo cohete que llevó al espacio una segunda cápsula, el Sputnik 2, en la cual iba la perra Laika. Al cabo de unos días, la perra murió porque no se había previsto ningún sistema para devolverla a la Tierra.

Un hombre en el espacio

Cuando el Sputnik 1 y el Sputnik 2 regresaron a la Tierra, se desintegraron como consecuencia del calor provocado por el roce con la atmósfera a su gran velocidad. Antes de enviar a un hombre al espacio, era necesario encontrar un medio para suavizar la caída de la nave espacial y permitirle así resistir el calor. Los rusos consiguieron resolver todos estos problemas, y en 1961 enviaron por primera vez un cosmonauta al espacio: Yuri Gagarin.

Ustedes ¿se arriesgarían a salir del planeta Tierra?

Anna Alter, "Los primeros viajes espaciales" en *El Universo*. México, SEP-VOX, 2002.

90. Trabalenguas

Estaba la trutruca
junto al trutruquero
tocando la trutruquería
para doña Trutruquera.
¡Qué col colosal
colocó aquel loco
en el local!
¿Compró cosas, compadre?
No, compadre, no compré cosas.
Como pocas cosas como
pocas cosas compro.

Compró Paco pocas cosas
cocos, papas, copas, capa parda
y como pocas cosas compró
pocas cosas pagó.

Los ojos tiene sus niñas
las niñas tienen sus ojos,
y los ojos de las niñas
son las niñas de mis ojos.

Este tintero tintinea
cuando no tiene tinta
si tuviera tinta
no tintineara este tintero.

¿Qué son las niñas de los ojos? ¿Alguien no lo sabe? Vamos a repetir ese trabalenguas para entenderlo mejor.

91. El día y la noche

Los días de la semana

Los nombres de los días de la semana se parecen a los de los planetas; Luna se parece a lunes, Marte a martes, Mercurio a miércoles, Júpiter a jueves, Venus a viernes y Saturno a sábado y en inglés domingo se llama Sunday, que significa día del Sol, y qué bueno que se llama así porque es para disfrutar la luz y tener tiempo para jugar.



Cometas y piedras que caen del cielo

¿Sabes que de repente caen piedras gigantes sobre la Tierra?

Se llaman meteoritos. Son piedras del tamaño de una montaña que están en el espacio y al chocar entre sí, se desvían y algunas veces pueden caer en la Tierra.

Por la noche, los meteoritos se ven como estrellas fugaces, como estrellas que atraviesan rápidamente por el cielo, porque al entrar en la atmósfera rozan a gran velocidad con el aire y se calientan, se funden y producen luz.

De vez en cuando aparece en el cielo una estrella con una cola muy larga: se llama cometa. La mayoría de los cometas son montañas de hielo que viajan por el espacio. Cuando se acercan al Sol se derriten y producen vapor y polvo que forman la cola.

Julieta Fierro, *El día y la noche*. México, SEP-Santillana, 2003

92. Versos para jugar

Ahora que vamos despacio
vamos a contar mentiras
por el mar corren las liebres;
por el monte, las sardinas.

¿Quién dirá
que ha visto
lo que he visto yo:
un ratón besando a un gato
a la sombra de un limón?

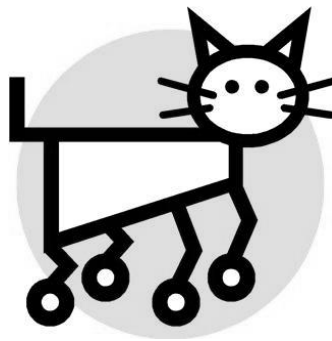
Cantan las ranas
bailan los sapos
tocan las castañuelas
los renacuajos.

La naranja se pasea
por la mesa del comedor
no me cortes con cuchillo
tírame tu corazón.

En la calle de no sé dónde
mataron a no sé quién
el vivo se cayó al suelo
y el muerto se echó a correr.

Del pellejo de una pulga
salió un caballo trotando
un coche con cuatro mulas
y un borrico rebuznando.

Manuel Peña Muñoz, "Versos para jugar" en *Del pellejo de una pulga y otros versos para jugar*. México, SEP-Alfaguara, 2003.



93. El reino del revés

Me dijeron que en el Reino del Revés
nada el pájaro y vuela el pez,
que los gatos no hacen miau y dicen yes,
porque estudian mucho inglés.

Vamos a ver cómo es
el reino del Revés.

Me dijeron que en el Reino del Revés
nadie baila con los pies,
que el ladrón es vigilante y otro es juez,
y que dos y dos son tres.

Vamos a ver cómo es
el Reino del Revés.

Me dijeron que en el Reino del Revés
cabe un oso en una nuez,
que usan barbas y bigotes los bebés,
y que un año dura un mes.

Vamos a ver cómo es
el reino del Revés.

Me dijeron que el Reino del Revés
hay un perro pekinés,
que se cae para arriba y una vez...
no pudo bajar después.

Vamos a ver cómo es
el Reino del Revés.

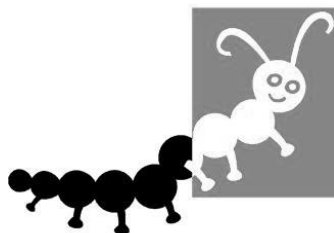
Me dijeron que en el Reino del Revés
un señor llamado Andrés
tiene 1530 chimpancés
que si miras no los ves.

Vamos a ver cómo es
el Reino del Revés.

Me dijeron que en el Reino del Revés
una araña y un ciempiés
van montados al palacio del Marqués
en caballos de ajedrez.

Vamos a ver cómo es
el Reino del Revés.

María Elena Walsh, *El reino del revés*. México, SEP-Santillana, 2005.



94. Jugando con fantasmas

En las islas británicas dicen que existen todavía casas antiguas, palacios y castillos llenos de espectros, donde los fantasmas vagan de noche por los pasillos lanzando tristes alaridos o arrastrando cadenas, mientras, espantadas, la gente pasa las noches en vela castañeteándole los dientes.

A nosotros los fantasmas nos tienen abandonados. Pero eso no significa que hayamos renunciado a las emociones fuertes que hielan la sangre en las venas.

Esta lectura está tomada de un libro que les proporcionará una serie de ideas terroríficas, para que sepan cómo convertir su cuarto en un castillo lleno de fantasmas. Y también sugerencias y propuestas con las que conseguirán poner la carne de gallina a sus amigos siempre que te lo propongas.

Las cosas terribles no suceden sólo en la fantasía o en las películas, porque también pasan en la realidad. Como leerán en las historias de miedo que contiene el libro que mencionamos, todas están basadas en hechos reales... si no mintieron los testigos, ni los periódicos. Léelas a solas o junto con los amigos... el escalofrío en la espalda está garantizado. ¡Luego no digas que no te habíamos puesto en guardia!

Nota importante: A muchos de nosotros nos distraen y nos divierten mucho los juegos y las historias de terror. Sin embargo, hay algunas personas a quienes, digamos, esas cosas no les hacen ninguna gracia. Dejemos que sean felices a su manera y, sobre todo, no intentes gastarles ninguna broma de las tuyas. No es cuestión de terminar peleados con nadie. Recuerden también que los niños pequeños se toman en serio todo lo que les cuentas y que les dan miedo muchas de las cosas que a ustedes y a sus amigos no les hacen ni cosquillas. No olviden que tú y tus amigos hace poco eran pequeños y todo los asustaba. O sea, que no se metan con los pequeños, que son tímidos como conejillos.

Les voy a decir cómo se llama este libro, para que puedan buscarlo aquí en el salón de clases o en la biblioteca escolar.



Günther Kienitz y Bettina Grabis, *Jugando con fantasmas*. México, SEP-Oniro, 2004.

95. Los bebés y el ombligo

La vida se inicia cuando una célula llamada óvulo, dentro de mamá, es fertilizada por una célula llamada espermatozoide, de papá. Después de eso, los bebés humanos crecen dentro del vientre de sus mamás durante 40 semanas. *Óvulo* quiere decir *huevo pequeño*.

Una gran carrera

Millones de espermatozoides nadan hacia el huevo pequeño para fertilizarlo, pero sólo unos cien llegan cerca de él, y solamente uno lo *fertiliza*, le da vida.

Las piernas aquí, los brazos allá

Cuando el huevo ha sido fertilizado, se va dividiendo y se convierte en una bola de células llena de instrucciones de cómo será y se verá el bebé.

Acerca de los bebés

Tan sólo a las siete semanas, el *feto*, como se llama el ser que se está formando, ya tiene forma humana aunque sea más pequeño que un dedo pulgar. Las uñas de los dedos se empiezan a formar cuando el feto tiene diez semanas. Al feto, a esa tiernísima edad, ya le puede dar hipo.



¡Los pueden oír!

El bebé puede oír los ruidos que se producen cerca del vientre de su mamá. Los pueden oír si hablan o se ríen, y pueden reconocer sus voces.

¿Cómo respiran?

El feto no puede comer ni respirar hasta que nace; recibe oxígeno y comida de su mamá por el cordón umbilical. Cuando el bebé nace, el médico o la comadrona cortan ese cordón y luego sólo nos queda la cicatriz, o sea el ombligo.

Caroline Bingham, "Los bebés y el ombligo" en *Maravillas a la vista: Cuerpo humano*. México, SEP-Somos Niños Ediciones, 2004.

96. Chistes para hacer reír

Vino un tiempo en que ya no llovía y empezó una gran sequía y no les alcanzaba el agua a los hombres ni a los animales. Empezaron a preocuparse porque no tenían agua para beber. Los hombres hicieron un pozo y lo cuidaban.

Los animales se reunieron para platicar sobre el problema Nadie quería ir por agua, todos le tenían miedo a los hombres.

El elefante dijo:

–Que vaya la jirafa por agua porque es muy grande.

Si la corretean nadie la alcanza.

Pero la jirafa le dio miedo y dijo:

–Yo no voy. Soy muy grande y desde lejos me distinguen y me pueden cazar. Mejor que vaya el tigre.

Pero también el tigre tenía miedo y se puso a pensar y dijo:

–Mis uñas resuenan mucho, me pueden oír. Mejor manden al conejo, sus pisadas no se oyen.

Y el conejo contestó:

–Yo no es que tenga miedo, pero si voy yo, no podré traer mucha agua, no alcanzaría para todos. Mejor que vaya la tortuga.

La tortuga rápido agarró su cántaro y se fue. Tardaba mucho y como no regresaba se empezaron a preocupar. Entre ellos decían:

–¿Por qué no llegará? A lo mejor la mataron o la agarraron. Tal vez le ocurrió algo.

Y el tlacuache dijo:

–¿Por qué mandaron a esa pobre? No puede correr, con trabajos puede caminar.

No se habían dado cuenta que la tortuga estaba detrás de ellos. Les dijo:

–Si siguen hablando mal de mí, no voy a ir por el agua.



97. El diario de Ana Frank

Un diario es un cuaderno, una libreta donde alguien va anotando todos, o casi todos los días, lo que le sucede, lo que piensa, lo que siente.

Espero confiártelo todo como hasta ahora no he podido hacerlo con nadie; confío, también, en que tú serás para mí un gran sostén.

Ana Frank 12 de junio de 1942.

El viernes 12 de junio me levanté antes de las seis, puesto que era el día de mi cumpleaños.

Ahora bien no me permiten ser tan madrugadora. Tuve, pues, que contener mi curiosidad durante una hora. Al cabo de tres cuartos, ya no podía más. Me trasladé al comedor donde Mauret, el gato, me recibió frotándose la cabeza contra mí y haciéndome mil gracias.

A las siete, fui a ver a papá y mamá, y pude por fin desempaquetar mis regalos en la sala. La primerísima sorpresa fuiste tú, probablemente uno de mis más hermosos regalos.

Papá y mamá me han obsequiado generosamente, sin hablar de nuestros numerosos amigos que también me han agasajado mucho. Recibí, entre otras cosas, un juego de mesa, muchos dulces y chocolates.

Sí, en efecto, el papel es paciente, y, como presumo que nadie se preocupará de este cuaderno encartonado, dignamente titulado *Diario*, no tengo ninguna intención de dejarlo leer, a menos que encuentre en mi vida el Amigo o la Amiga a quien enseñárselo. Heme aquí llegada al punto de partida, a la idea de comenzar un diario: yo no tengo amiga.

De ahí la razón de este diario. A fin de evocar mejor la Ilustración que me forjo de una amiga largamente esperada, no quiero limitarme a simples hechos, como tantos hacen, sino que deseo que este escrito personifique a la Amiga. Y ésta se llamará Kitty.

Ella ignora aún todo de mí. Necesito, pues, contar brevemente la historia de mi vida: así que...

El *Diario de Ana Frank* fue llevado por una niña judía, quien sufrió la persecución de los nazis alemanes. Ana y otras siete personas vivieron escondidas durante dos años en una buhardilla, temiendo siempre que la Gestapo (la policía nazi) los descubriera. Durante todo ese tiempo, la pequeña Ana llevó un diario, al que cariñosamente llamó Kitty. En sus

páginas plasmó todas sus vivencias y sus más íntimos sentimientos. En 1944 el lugar donde se escondían fue descubierto. Ana murió en un campo de concentración tras ocho meses de cautiverio.

Ana Frank, *El diario de Ana Frank*. México, SEP-Mondadori, 2003.

98. Tomás aprende a leer

Tomás sabía construir una casa de madera y hacer una tortilla de huevos, pero no sabía leer. Tomás sabía hacer una mesa de árbol, pero no sabía leer.

Tomás sabía cómo cuidar los tomates, los pepinos y el maíz para que crecieran hermosos, pero no sabía leer.

Conocía las huellas de los animales peligrosos pero no sabía leer.

–Quiero aprender a leer –le dijo a su hermano José.

–Eres un hombre mayor, Tomás –le respondió José–. Tienes hijos y nietos y sabes hacer casi todo.

–Pero no sé leer –insistió Tomás.

–Bueno –dijo José–. Pues aprende.

–Quiero aprender a leer –le dijo Tomás a Julia, su mujer, que tampoco sabía leer.

–Eres maravilloso tal como eres, pero si quieres aprende. Así podrás leerme a mí.

Tomás pensaba “¿Cómo puede aprender a leer?” Ni mi hermano, ni mi mujer, ni este hermoso perro pueden enseñarme a hacerlo.

Tomás estuvo pensándolo un buen rato y al final sonrió.

A la mañana siguiente, Tomás hizo sus labores y dándole un beso a Julia, salió de casa.

Encontró a un grupo de niños y niñas que también iban por el camino. Cuando los niños entraron, la señora García indicó que para ése día se tenía un nuevo alumno.

Tomás empezó por aprender las letras y sus sonidos. Al irlo haciendo, contaba historias divertidas e interesantes a los niños.



Tomás fue aprendiendo las palabras. Todos los días copiaba sus ejercicios. A él le gustaba mucho que la maestra o los niños leyeran en voz alta. A veces dibujaba mientras escuchaba.

Tomás estaba aprendiendo, pero también enseñando lo que él sabía hacer.

Al cabo de un tiempo, Tomás ya iba juntando las palabras y escribiendo sus propias historias. Escribió sobre su rodilla, su baño en el río y sobre cuando conoció a su mujer.

Un día, Tomás se llevó a casa un libro de poemas y lo escondió bajo la almohada. Aquella noche, cuando Julia y él se fueron a la cama, sacó el libro.

–Escucha –le dijo.

Leyó varios poemas. Julia miró a su marido a los ojos.

–¡Oh, Tomás! –dijo–. Quiero aprender a leer.

–Mañana, después del desayuno, cariño –le respondió sonriendo. Y apagó la luz.

Jo Ellen Bogart, *Tomás aprende a leer*, Laura Fernández y Rick Jacobson, ilus. México, SEP-Juventud, 2002.

99. Miles de millones de estrellas

Gran parte de los puntos luminosos que brillan en el cielo durante la noche son estrellas. A simple vista, todas las estrellas se parecen. Pero, si las miramos mejor, veremos que las hay de todos los colores y que unas brillan más que otras.

De todos los colores

El color de las estrellas depende de su temperatura: las estrellas más calientes son azules, y las que tienen menos calor son rojas. También las hay blancas y amarillas, como el Sol, y naranjas o verdes. En fin, parecen verdaderos fuegos artificiales...

Muy lejos de nosotros

Al igual que el Sol, las estrellas son grandes bolas de fuego que brillan. Existen miles de millones de estrellas. Si parecen mucho más pequeñas y mucho menos brillantes que el Sol es porque están muy lejos de la Tierra. La estrella más próxima está a aproximadamente ¡cien mil veces más lejos de la Tierra que el Sol!

Algunas estrellas son gigantescas

Pueden llegar a ser hasta dos mil veces mayores que el Sol. Sin embargo, están tan alejadas que, incluso mirándolas con un telescopio inmenso, no se ven más que pequeños puntos luminosos.

¿Cuántas estrellas se pueden ver?

Es posible ver cerca de seis mil estrellas a simple vista, aunque en el Universo existen millones.

¿Por qué no vemos las estrellas durante el día?

Porque durante el día, cuando el Sol nos ilumina, el cielo tiene mucha luz, mucha más que las estrellas.

Anna Alter, "Miles de millones de estrellas" en *El Universo*. México, SEP-VOX, 2002.

100. Duerme bien

Tu cuerpo necesita descansar de todas las actividades que realiza en el día. El sueño le da a tu cerebro la oportunidad de asimilar todo lo que ha hecho. Sin el sueño no podrías pensar bien y tu cuerpo bajaría su ritmo.

¿Por qué bostezo?

Cuando estás cansado y aburrido tu respiración se hace más lenta. El bostezo es para jalar más oxígeno, que ayudará a mantenerte despiertos.

Si no duermes una noche, al día siguiente te sentirás torpe y cansado.

Un niño de cinco años necesita dormir unas diez horas diarias.

Tú te mueves mucho cuando estás dormido, cambias de posición unas 45 veces durante la noche.

¿A dónde vas?

A las personas que caminan dormidas les llaman sonámbulos. Unos hasta se visten dormidos, otros buscan comida, pero cuando se despiertan por la mañana, no recuerdan nada. Los niños caminan dormidos más que los adultos y más los niños que las niñas. Realmente nadie sabe por qué, pero en general esto es inofensivo.

¿Por qué sueño?

Los sueños son imágenes de cosas que viste o hiciste durante el día, pero también hay imágenes que no tienen nada que ver con eso. Nadie sabe exactamente por qué soñamos.

Muchas veces los niños tienen sueños que los asustan, se llaman pesadillas. Recuerda que las pesadillas no son reales.

Dormimos casi una tercera parte de nuestra vida. La mayoría de las personas tienen de cinco a seis sueños cada noche. Un sueño dura entre cinco y treinta segundos.

Carolina Bingham, "Duerme bien" en *Maravillas a la vista: Cuerpo humano*. México, SEP-Somos Niños Ediciones, 2004.

101. Trabalengüero, III

A ver quién puede decir estos trabalenguas sin que la lengua se le haga nudos. [Queridos maestros, van a tener que ensayar esto para que la lectura sea más o menos decente.]

El rey de Castelgandolfo
está castelgandolfado.

El descastelgandolfador
que lo descastelgandolfe
buen descastelgandolfador será.

Este pocillo se me desnarizorejó.
Un patán patón pateó a un peatón
Mago, mi amiga gordita amigajonadita.
Me recetaron
Fenildimetilpirazonmetilaminometanfulfon
ato sódico.

No me mires,
que miran que nos miramos
y verán en tus ojos
que nos amamos.
No nos miremos,
que cuando no nos miren
nos miraremos.

Tengo una gallina pinta
piririnca piriranca,
con sus pollitos pintos,
piririncos, pirirancos.
Si ella no fuera pinta,
Piririnca, piriranca,
no criaría los pollitos pintos
piririncos, pirirancos.

Valentín Rincón et al., *Trabalengüero*. México, SEP-Nostra, 2006.

102. ¡Tiemblen, dragones!

Elizabeth era una hermosa princesa. Vivía en un castillo y tenía muchos vestidos elegantes. Pronto se casaría con su novio el príncipe Ronaldo. Por desgracia, un dragón destruyó su castillo, quemó todos sus vestidos y se llevó al príncipe Ronaldo.



Elizabeth fue tras el dragón para rescatar a Ronaldo, pero antes necesitaba encontrar qué ponerse. Lo único que encontró fue una bolsa de papel.

Fue muy fácil seguir al dragón; sólo tuvo que seguir su rastro por los bosques quemados.

Después de un rato Elizabeth llegó a una cueva con una gran puerta y un aldabón enorme. Tocó tres veces ¡bang, bang, bang! y el dragón asomó la nariz por la puerta y dijo:

–¡Vaya! ¡Una princesa! Me encanta comer princesas, pero hoy ya me comí un castillo entero. Soy un dragón muy ocupado, regresa mañana.

Azotó la puerta tan fuerte, que Elizabeth por poco se queda sin nariz... pero Elizabeth llamó de nuevo a la puerta ¡bang, bang, bang! El dragón se asomó y le dijo:

–Ya te dije que te fueras. Me encanta comer princesas pero hoy ya no.

–¡Espera! –exclamó Elizabeth– ¿Es cierto que eres el dragón más listo y más feroz del mundo entero?

–Sí –dijo el dragón.

–¿Es cierto que puedes quemar hasta diez bosques con tu aliento de fuego? –le preguntó Elizabeth y el dragón le contestó:

–Desde luego.

El dragón tomó una gran bocanada de aire y lanzó una llamarada que quemó no solo diez, sino cincuenta bosques.

–Fantástico –dijo Elizabeth–. ¿Oye, dragón, es cierto que puedes volar alrededor del mundo en tan sólo diez segundos?

–Por supuesto –le contestó el dragón. Y dio la vuelta en diez segundos. Elizabeth le pidió que lo hiciera de nuevo; cuando regresó estaba tan cansado que se tiró al piso.

Elizabeth pasó por encima del dragón y abrió la puerta de la cueva: ahí estaba el príncipe y éste le dijo:

–¡Elizabeth! ¡Estás hecha un desastre! Hueles a ceniza, tu pelo es un asco y vienes vestida sólo con una bolsa de papel. Ni pienses que te dejaré rescatarme en esas fachas.

Ante esto Elizabeth le dijo:

–Tu ropa es muy elegante y estás muy bien peinado, en verdad pareces un verdadero príncipe, pero en realidad eres...

¿Qué le diría la princesa al príncipe Ronaldo? ¿Cómo seguirá esta historia? Ustedes pueden buscar el libro, para saberlo. O pueden inventarle el final que quieran.

Robert Munsch, *¡Tiemblen, dragones!*, Juan Gedovius, ilus. México, SEP-Castillo, 2005.

103. El valor del agua

Sin agua, muchas industrias no podrían sobrevivir. Las fábricas la necesitan para convertir la materia prima en muchos de los productos que usamos, como ropa, papel, comida y bebidas. Algunos productos, como el plástico y el acero, son productos “sedientos”, pues se utiliza mucha agua para producirlos.

La industria puede producir contaminación de las zonas húmedas. El Parque de Doñana, en España, tiene una de las zonas húmedas más grandes de ese país a donde llegan millones de pájaros que emigran cada año.

En 1998, esta zona sufrió un desastre, cuando se rompió una presa de agua contaminada por una mina de zinc, e inundó Doñana. Muchos miles de peces y aves murieron... campos de arroz y de algodón se cubrieron de lodo negro tóxico. A pesar de que se realizó la limpieza del área, esta zona está aún en recuperación.

En abril de 2010 una plataforma petrolera en el Golfo de México se rompió y el accidente provocó que una enorme cantidad de petróleo contaminara las aguas del mar. Al momento de escribir esto el daño no ha sido reparado. ¿Han seguido la noticia en los periódicos y en la televisión?

Avelyn Davidson, *El valor del agua*. México, SEP-McGraw-Hill Interamericana, 2004.

I 04. Joaquín y Maclovia se quieren casar

Desde que eran chamacos, Maclovia y Joaquín soñaban con casarse y hacer una familia feliz. Ellos vivían en Guanajuato, por el tiempo en el que Francisco I. Madero quería ser presidente.



Conforme crecieron, Maclovia y Joaquín no veían la hora de casarse; sin embargo, aún tenían dos problemas para poder hacerlo: ni Joaquín tenía dinero ni Maclovia sabía cocinar.

Para remediar los problemas, Joaquín decidió comenzar a fotografiar a toda la gente que se casaba en Guanajuato y juntar lo que ganaba en una alcancía de cochinito, mientras que Maclovia solicitó la ayuda de la prima Felipa, quien de ser sinceros, era una muchacha fea: era de ojos muy saltones, flaca y con los dientes de fuera. Eso no obstante, sabía cocinar muy bien.



Joaquín trabajaba arduamente para ahorrar dinero en su cochinito y Maclovia se esforzaba por cocinar, quien a diferencia de Joaquín no lo lograba del todo bien. Para ello, Felipa, la fea prima, se esmeraba en compartir sus secretos de alta cocina, para que Maclovia fuera una buena esposa, aunque en secreto preparaba una terrible idea para separar a Maclovia de su amado Joaquín.

Felipa inventó que Joaquín había cancelado la boda para ir en busca de fama al Distrito Federal y que Maclovia se había dado cuenta de que no lo amaba en verdad. ¡Pobre Felipa, cuántos celos de que alguien la quisiera aún con sus dientes salidos!

Felizmente, la madre de Maclovia se dio cuenta del engaño y pudo hacer que los planes de boda continuaran entre Maclovia y Joaquín. La madre de Maclovia despachó sin más a la fea prima arrepentida y el amor volvió a continuar, pero tristemente, casi a punto de que Joaquín juntara hasta reventar su cochino, al tomarle una foto a dos viejos, escuchó una voz desgarradora que gritaba: “¡Se llevan tu cochino! ¡Agarren al ratero!”

¿Qué habrá sido del cochino de Joaquín? ¿Se habrán podido casar Maclo y Joaquín? Hay que buscar el libro para saber eso.

I 05. Dinosaurios, II

¿Conoces a los velociraptor? ¿Los has visto en alguna película, los has visto cazar? Créeme, aunque no tenía el tamaño del tiranosaurio rex, este animal, relativamente pequeño, era temible y causaba muchos problemas a los demás.

Cazadores

Algunos de los dinosaurios carnívoros más pequeños atrapaban lagartijas y pequeños mamíferos o huevos. Pero el tamaño de los velociraptor era mediano, y eso le permitía atacar presas mucho mayores. Y, todavía más importante que su tamaño era su estrategia para cazar.

¡Ataque en masa!

Cazadores tremendos, los velociraptor usaban tácticas de manada para elegir y atacar a sus víctimas. Estos dinosaurios estaban bien equipados para matar: garras afiladas, quijadas llenas de dientes, cuerpos ágiles, gran velocidad. Estos inteligentes dinosaurios rodeaban a su presa y luego caían sobre ella.

Como navaja

El velociraptor tenía una garra larga y afilada en el segundo dedo de la pata trasera. Al levantarla, la garra servía como una navaja para acuchillar a la presa. Igual que los espolones de los gallos, pero tamaño dinosaurio.

Predador disfrazado

El velociraptor puede haber tenido color y manchas parecidos a los del jaguar. Igual que los jaguares, se confundían con la vegetación de la selva.

David Lambert, *Dinosaurios*. México, SEP-CITEM, 2002.



106. Madrigal

Ana
tu fino aroma
perfuma la mañana;
tu mano vuela como la paloma,
toma la hoja femenina
tu vocación de porcelana
y toda gana la cadencia fina
del aroma
que mana
desde tus manos.
Ana.

Vio el violín a la violeta
y al verla voló al jardín
su melodía, y discreta
vio la violeta al violín.
Vibró el violín con voz suave:
–Vida leve del jardín,
vuela como vuela el ave
mi música para ti.
Y al unir su vivo aliento
a la armonía sin fin,
vibrar al vaivén del viento,
vio la violeta al violín.

David Chericlán Fernández, “Madrigal” en *El amor es un niño travieso*. México, SEP-Panamericana, 2005.

107. Las glotonas

Como los gérmenes, las bacterias son *muy* pequeñas. Un millón de ellas sólo tendría el tamaño de una cabeza de alfiler. Pero eso no significa que sean un enemigo fácil de combatir. Pueden ser realmente poderosas porque son unas grandes comelonas, a pesar de que no tienen ni boca ni estómago.

Para comer, cada bacteria nada en los líquidos de tu cuerpo y absorbe la comida y los nutrientes disueltos, mediante agujeros en su piel, de la misma manera en que una esponja absorbe algún líquido que se cae. Luego sigue nadando para buscar más comida.

Algunas bacterias incluso liberan venenos, o toxinas, que matan a una pequeña parte de tu cuerpo. Las toxinas descomponen esa parte en pedazos más pequeños que pueden absorber junto con otros nutrientes.

Las bacterias dentro de ti pueden causar toda clase de problemas. Las inflamaciones de la garganta, la infección de oídos y la tosferina son causadas por bacterias, al igual que el tétanos, la tuberculosis y la neumonía bacteriana.

Tu cuerpo podría lidiar con algunas bacterias. El problema es que estos gérmenes son fantásticos para multiplicarse. Cada bacteria se hace más grande y, aproximadamente cada 20 minutos, se divide en dos. Cada una de esas mitades crece y se divide. Luego las cuatro se convierten en ocho, las ocho en dieciséis, y así sucesivamente, hasta que tan sólo ocho horas más tarde, tu cuerpo tienen cerca de 17 millones de estas pequeñas enemigas contra las cuales luchar.

Todos alguna vez hemos sido atacados por microorganismos de esta clase. Y seguramente la hemos pasado bastante mal. Por eso es tan importante cuidar nuestro cuerpo y evitar que las bacterias nos agredan.

Trudee Romanek, “Las glotonas” en ¡Achuuuú! México, SEP-Planeta, 2007.

108. La camella bailarina

La camella no pensaba en otra cosa que en ser bailarina de ballet.

–Para que todos mis movimientos sean un ejemplo de gracia y belleza –decía la camella–. Ése es mi único deseo.

Practicaba una vez y otra sus piruetas, sus relevés y sus arabescos. Repetía las cinco posiciones básicas cien veces al día. Ensayó muchos meses bajo el sol abrasador del desierto. Tenía los pies destrozados y el cuerpo dolorido por la fatiga, pero ni una sola vez pensó en desistir.

Por fin, se dijo: «Ahora soy bailarina.» Anunció un recital y bailó ante un grupo de camellos amigos y de críticos. Cuando terminó su actuación, se deshizo en una reverencia. No hubo aplausos.

–Debo decirle con toda franqueza –dijo un miembro del público–, como crítico y como portavoz de este grupo, que es usted cachetuda y jorobada, grandota y desmañada. No es usted, como el resto de nosotros, otra cosa que un camello. Nunca ha sido ni será una bailarina de ballet.

Entre risitas y burlas, la concurrencia se disolvió por las arenas del desierto.
«¡Qué equivocados están! –se dijo la camella–. He trabajado duro. No cabe duda de que soy una magnífica bailarina. Bailaré y bailaré, sólo para mí.
Así lo hizo, y disfrutó muchos años.
Quien se quiere a sí mismo es feliz.

Arnold Lobel, “La camella bailarina” en *Fábulas*. México, SEP- Celistía, 2006.

109. Mis zapatillas

Tengo una zapatilla verde
y una zapatilla roja.
 La roja vino de la montaña,
la verde nació bajo la cama,
y cuando están en la ventana
parecen dos damiselas románticas
que oyeran el sonido del arpa.
–¡Contra! –dice la zapatilla verde–
me gustaría oír una rima de Bécquer
recitada con mucha emoción.
–Yo prefiero a Campoamor
que era un tío con toda la barba.
 Bécquer sólo tenía perilla,
para ser macho parece una zapatilla.
 Ya lanzan sus suspiros al viento
apartando de su frente las nubes

Ahuecan sus cabellos,
colocan una flor entre sus senos
y atisban de reajo
el caminar de los zapatos
presurosos:
chas, chas, chas, chas;
preocupados,
chis, chas, chis, chas, chis, chas;
agobiados,
plon, plon, plon, plon, plon, plon;
distráidos,
ras, ras, ras, ras, ras, ras, ras;
buscando el zapato enamorado
que les envíe una larga mirada
que estremezca su corazón infatuado
y llene de sueños su almohada.

Antonio Fernández Molina, “Mis zapatillas” en *Aroma de galletas, poemas y cuentos*. México, SEP-Exlibris, 2003.

110. ¿Cómo se forman las caries?

La respuesta loca del Doctor Quenó

Los dientes le tienen pánico a los dulces.

Cuando se pone un dulce demasiado cerca de un diente, éste se pone de color negro para darle miedo.

Así es como se forman las caries.

La respuesta exacta del doctor Quesí

En cada comida, los restos de alimentos se depositan en los dientes, estos restos se acumulan unos sobre otros.

En la boca hay microbios que se alimentan de estos restos. Transforman el azúcar que contienen los restos de alimentos en ácido, un producto químico que daña los dientes.

El ácido hace un agujero en el diente y los microbios se meten ahí: es la caries. Cuanto más profundo sea el agujero, más dañina será la caries. Por eso hay que eliminar los restos de comida lavándose los dientes.

Gracias doctor Quesí. Ahora entiendo.

Los aciertos del doctor Quesí (no hay quien lo pare)

Cuando se masca algo, los alimentos que se acumulen en los dientes se van más fácilmente. Por tanto, es cierto que los chicles limpian algo los dientes. Pero hay que tener cuidado, porque los chicles con azúcar no son buenos para luchar contra la caries.

Cuando se tiene una caries es necesario curar el diente. El dentista debe quitar primero todos los microbios. Para eso, raspa el diente en la zona donde está dañado, haciendo un agujero. Luego debe rellenar el agujero, porque si no podrían meterse en él nuevos microbios.

Paul Martin et al., "¿Cómo se forman las caries?" en *Los porqués de la salud*. México, SEP-SM, 2007.

III. El Sol es nuestra estrella

El Sol es una estrella como cualquier otra de los millones de estrellas que hay en el cielo. Pero es la estrella más próxima a la Tierra. Sin el calor y la luz del Sol no podríamos vivir en la Tierra.

Los caprichos del Sol

Cada once años, el Sol se cubre de manchas oscuras y sufre numerosas y violentas erupciones. A veces, la fuerza de esas erupciones interrumpe nuestras comunicaciones por satélite o por radio. Pero el sol siempre termina por calmarse de nuevo. Poco a poco, su cuerpo incandescente se va volviendo liso, sin marcas.

El Sol, ¿desaparecerá algún día?

Sí, pero no se preocupen; no será antes de cinco mil millones de años.

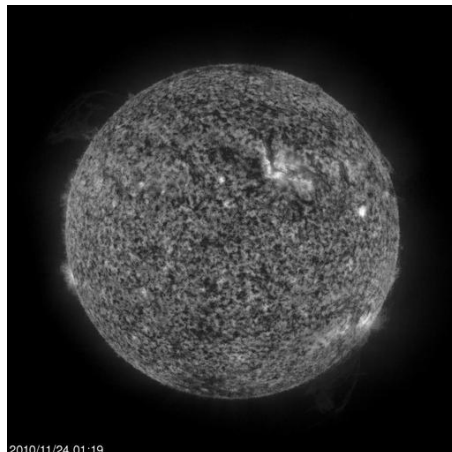
¿Qué ocurrirá?

Primero crecerá y se tragará a Mercurio, Venus e incluso la Tierra. Un buen rato antes, por supuesto, hará demasiado calor en este planeta como para que la vida pudiera seguir existiendo.

¿Y después?

El Sol se irá encogiendo hasta que llegue a ser tan pequeño como un planeta.

Ana Alter, "El Sol es una estrella" en *El Universo*. México, SEP-VOX, 2002.



I 12. Picasso para niños

Mi nombre es Pablo y nací en la ciudad española de Málaga en 1881. Desde pequeño me gustó la pintura y mi padre, pintor y profesor de arte, guió mis primeros pasos. Los toros y las palomas, que eran sus pasiones, poblaron los dibujos de mi infancia. Estudié arte en Barcelona y en Madrid, en España, pero la formación académica nunca me entusiasmó... Mi sueño era conocer París...

Llegué junto con un amigo al bullicioso París en 1900. ¡Había tanto que aprender! Por desgracia, su repentina muerte me llenó de tristeza y, buscando un color que expresara mi dolor, comencé a pintarlo todo de *azul*.

Al poco tiempo me enamoré, me quedé a vivir definitivamente en París y empecé a pintarlo todo color de *rosa*.

Hacia 1935, mi mundo estaba lleno de guerras y aislamiento... un nuevo cambio llegaría a mi vida.

Por entonces pintaba los rostros y las figuras humanas tan distorsionadas que parecían monstruos. Pero también descubrí un nuevo mundo de la mano de mis hijos y mientras inventaba juegos para ellos ¡empecé a dibujar como un niño! ¡Y las palomas y los toros, como en mi infancia volvieron a ser el centro de mis dibujos!



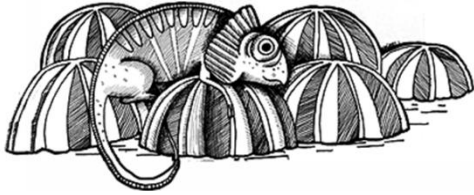
Ahora que ya conoces mis pinturas, ¿Qué dices, te gustan? Perdón, olvidé decirte mi nombre completo, yo soy Pablo Picasso, uno de los más importantes pintores del mundo.

¿Ustedes pítan? Todos podemos pintar, y debemos hacerlo, porque esa es una manera de expresar nuestras emociones.

Marina García, *Picasso para niños*. México, SEP-Libros del Zorro Rojo, 2004.

113. El rey del desierto

Cuentan por ahí que un grupo de animales se reunió en medio del desierto para organizar



un concurso. Allí estaban un águila, un juancito, una iguana, una tarántula, una culebra y un camaleón; todos tan ansiosos que nadie paraba de hablar, hasta que el águila se subió a un sahuaro y les dijo:

–¡Ey, animales! Vamos a iniciar el concurso. Veremos quién es el más listo, cuando yo dé la orden, todos corren a esconderse, luego los voy a buscar y al que encuentre al último será el ganador.

–¿Y cuál va a ser el premio? –preguntó la iguana.

–Una corona –contestó el juancito–. El ganador la llevará para siempre, así todos sabremos que por ser el más listo, es el rey del desierto.

Así, el águila les dijo:

–Voy a cerrar los ojos y a contar hasta diez. Luego empezaré a buscarlos.

¡Uno, dos, tres..!

Todos los animales corrieron a esconderse donde según ellos nadie los encontraría. Unos hacían hoyos en la arena, otros detrás de las biznagas y otros entre las piedras. Por fin el águila terminó de contar y comenzó a buscar; a la primera que encontró fue a la culebra.

–¡Ya te vi culebra, sal de ahí!

–¡Ay, no! Por favor, deja que me vuelva a esconder. ¡Todos van a decir que soy una mensa! –gritó la culebra.

–Ni modo, ya perdiste –le contestó el águila y siguió buscando a los demás.

Así encontró a la iguana trepada en una piedra, al juancito en un hoyo y a la tarántula entre las biznagas.

–Bueno –dijo el águila– como la tarántula fue la última en aparecer es la ganadora.

Todos aplaudieron y estuvieron de acuerdo, menos la culebra. Iban a ponerle la corona a la tarántula cuando de pronto se escuchó un silbido.

–A mi ni me vean! –dijo la culebra–. Seré envidiosa pero no sé chiflar...

–¡Oigan, aquí falta alguien! –interrumpió el juancito ¿Dónde está el camaleón?

–¡Sí, es cierto! ¿Dónde estará? –se preguntaron unos a otros.

–¡Fiiiiuu! –chifló el camaleón– Aquí estoy, en medio de ustedes.

–¿Pero, como le hiciste? –le dijo la tarántula.

–Lo único que hice fue quedarme parado y como vi que todos se escondieron muy rápido me dio tanta vergüenza que empecé a ponerme de varios colores, hasta que me quedé del color de la tierra.

–¡Ah no! –protestó la culebra– Él no puede ser el ganador, aunque haya aparecido al último, ni siquiera buscó dónde meterse.

–¡Sí, sí! No se vale! –gritaron los otros animales.

–¡A ver, silencio! –dijo el águila– Como nadie está conforme, que el camaleón nos demuestre cómo le hizo, así veremos si le corresponde el triunfo o no.

Entonces, todos los animales se pusieron muy contentos y en sus meras narices vieron cómo desapareció el camaleón.

–¡Ohhh! ¡Ahh! ¿Dónde está? –se decían.

–Estoy en medio de ustedes. No me he movido. Fíjense, voy a abrir un ojo para que me vean.

–¡Es cierto, allí está! –gritó la iguana muy sorprendida, mientras los demás animales aplaudían.

–¡Guácala! –protestó la culebra – ¡Tramposos! ¡Ya no juego! Y se fue del lugar haciendo gestos y muecas.

Desde entonces el camaleón cambia de color nada más oye o ve algo, pues teme que la culebra quiera robarle su corona. Por el contrario, la envidiosa culebra ve a alguien y saca la lengua, pues sigue resentida con todos los animales.

“El rey de los animales” en Jesús Paredes (Adaptador), *Así cuentan y juegan en la tierra del venado*, Ruth Araceli Rodríguez, ilus. México, CONAFE, 2000.

114. El tigre de Pablo

Pablo tenía un tigre. Era grande y rayado como el que había visto en una libreta. El tigre era experto cazador de ratones y arañas.



En realidad era un gatito atigrado, pero como Pablo tenía cuatro años de edad y nunca había visto un tigre, siempre creyó que el suyo lo era. Para él, además, su gato era enorme; una fiera temible que dormía en su cama y lanzaba atronadores rugidos nocturnos.

El tigre se llamaba Andrés.

Pablo lo quería mucho y lloraba cuando no había carne para él, lo que, por desgracia, era demasiado frecuente. En realidad el pobre gato sólo había comido carne tres veces en su vida; algunos días ni siquiera le daban unos trozos de pan o un poco de leche y, como a decir verdad, no era tan experto para sorprender ratones como creía Pablo, Andrés estaba hambriento y flaco. Las costillas del felino salían por su piel como navajas que amenazaban dividirlo en diferentes partes.

Pablo también comía poco. Su padre le dijo una vez que su familia era pobre y él no entendió bien aquello, pero supo que, por alguna razón desconocida, los pobres eran los que no comían mucho y tenían tigres hambrientos en sus camas.

Ese día era un día feliz. Sobre la mesa brillaba, como una gran lámpara encendida en el atardecer, la botella de leche. Era día de tomar leche. Pero Pablo, a pesar de todo, miró a Andrés e hizo un gesto de tristeza: sabía que su madre pensaba obligarlo a beber buena parte de esa leche sin darle a Andrés siquiera unas gotas, Se imaginó lo que sucedería con la botella: su padre y su madre tomarían una parte después de darle a él la suya y esconderían el resto. Durante el desayuno, Andrés rondaría la mesa no con terribles rugidos de la noche, sino con unos pequeños gemidos suplicantes, como si fuera un animalito inofensivo y no un tigre. Pero no le darían nada.

Pablo tuvo una idea. Trepó a la silla y agarró con las dos manos la botella de leche. Acercó el plato de Andrés y le empezó a dar la leche, hasta que el gato, que era bastante

pequeño, quedó inflado como un globo y se alejó caminando con dificultad para dormir la siesta.

Cuando llegó la madre de Pablo...

¿Qué crees que sucedió en ese momento?

Eduardo Lizalde, "El tigre de Pablo" en *Celebración de la palabra Eduardo Lizalde y José Emilio Pacheco para niños*. México, SEP-CNCA, 2009.

115. El murciélago



Cuando era el tiempo muy niño todavía, no había en el mundo bicho más feo que el murciélago.

El murciélago subió al cielo en busca de Dios. Y le dijo:

–Estoy harto de ser horroroso. Dame plumas de colores.

–¡No! le contestó.

–Dame plumas, por favor, que me muero de frío.

A Dios no le había sobrado ninguna pluma y decidió quitarle una a cada ave.

Así obtuvo el murciélago la pluma blanca de la paloma y la verde del papagayo, la tornasolada pluma del colibrí y la rosada del flamenco, la roja del penacho del cardenal y la pluma azul de la espalda del martín pescador, la pluma de arcilla del ala del águila y la pluma del sol que arde en el pecho del tucán.

El murciélago, frondoso de colores y suavidades, paseaba por la tierra y las nubes. Por donde iba, quedaba alegre el aire y las aves mudas de admiración. Dicen los pueblos zapotecas que el arcoíris nació del eco de su vuelo.

La vanidad le hinchó el pecho, Miraba con desdén y comentaba ofendiendo.

Se reunieron las aves. Juntas volaron hacia Dios.

–El murciélago se burla de nosotras –se quejaron–. Y además, sentimos frío por las plumas que nos faltan.

Al día siguiente, cuando el murciélago agitó las alas en pleno vuelo, quedó súbitamente desnudo. Una lluvia de plumas cayó sobre la tierra.

Él anda buscándolas todavía. Ciego y feo, enemigo de la luz, vive escondido en las cuevas. Sale a perseguir las plumas perdidas cuando ha caído la noche; y vuela veloz, sin detenerse nunca, porque le da vergüenza que lo vean.

Eduardo Galeano, "El murciélago" en *Mitos de Memoria del fuego*. México, SEP-Anaya, 2003.

116. ¡Es contagioso!

Los virus de la gripa y el catarro se esparcen fácilmente. Digamos que tu hermana tiene catarro. Si ella estornuda, posiblemente tú respires los gérmenes que ella acaba de arrojar al aire. O ella puede dejar sus gérmenes en su mano al toser, y pasarlo a todo lo que toque: llaves del lavamanos, teléfono, el ratón de la computadora, las toallas, etcétera. Y esos gérmenes pueden sobrevivir tres horas.

Entonces, llegas tú y pones tu mano en el mismo teléfono.

Ahora, tu mano está cubierta de gérmenes de la gripa. Antes de que te des cuenta, te has tocado los ojos y la nariz y todos esos gérmenes han entrado en ti.

La siguiente vez que sientas que vas a estornudar, usa un pañuelo desechable y lávate las manos. O, si no tienes tiempo, tápate con la manga de tu camisa. Los gérmenes que arrojes, morirán allí, en vez de viajar de tu mano a un teléfono y de allí a la mano de alguien más.

¿A qué distancia puede un estornudo esparcir un germen?

Haz este experimento con diamantina para descubrirlo.

Coloca un montoncito de diamantina en la palma de tu mano y sal afuera.

Ahora, toma una fuerte inhalación y apunta tu mejor estornudo falso hacia la diamantina. Observa hasta dónde llega.

Cuando un verdadero estornudo lanza mucosidades con toda tu fuerza, puede enviar los gérmenes hasta una distancia de nueve metros. ¿Cómo ves?

Trudee Romanek, "Es contagioso", en *¡Achuuuú!* México, SEP-Planeta, 2007.

117. Versos que taché en mi cuaderno

En la palma de la mano,
un libro abierto.
En la suela del zapato,
un agujero.

En una gota de tinta,
un barquito de papel.
La Luna llena me mira
dibujada en la pared.

Entre las ramas del árbol,
el hacha del leñador.
En los versos que taché,
canta en mayo un ruiseñor.



En México no hay ruiseñores, pero en esta poesía sí. Es muy linda. Vamos a repetirla.

Juan Carlos Martín Ramos, "Versos que he tachado en mi cuaderno" en *Las palabras que se lleva el viento*. México, SEP-Everest, 2004.

118. Mal aliento

En 1999, antes de que tú nacieras, una compañía japonesa de aparatos electrónicos empezó a vender un pequeño aparato que puede detectar el mal aliento. Soplas en él y mide los gases que están en tu boca y que pueden causar el mal aliento. Tan sólo en el primer año, la compañía vendió 800,000 aparatos. ¿Qué es lo que causa este apestoso problema del que todo mundo se quiere deshacer? Las bacterias.

Millones de bacterias en tu boca, cerca de 80 clases diferentes, se alimentan con la comida que sobra y producen un ácido que causa agujeros, o caries, en tus dientes. Estas bacterias también producen gases que huelen terrible. Lavarte los dientes y usar hilo dental termina con la mayoría y de deja muy poca comida para que se alimenten las pocas que hubieran quedado.

Así que cada vez que te dé flojera lavarte los dientes, piensa en que puedes enfermarte y en que si tienes mal aliento nadie va a querer tenerte por allí cerca.

Trudde Romanek, "Mal aliento" en ¡Achuuuú! México, SEP -Planeta, 2007.

119. Las risas del monte

Antes de llegar al pueblo de Santiago Tuxtla, hay un montecito de donde brota un ojo de agua fresca.

Cuando yo tenía como diez años iba con mi primo Tomás a jugar en ese lugar, el agua era tan limpia y transparente que nos gustaba estar por mucho rato. Un día vimos a unos jóvenes bañándose, pero con el sombrero puesto y sobre éste su ropa.

—¿Oye, por qué traes la ropa en la cabeza? —le pregunté a uno.

—Si no, se la llevan los chaneques. ¡Te dejan en cueros! —nos dijo. Ni caso le hicimos, nos quitamos la ropa y nos metimos a jugar.

Brincamos y nos revolcamos en la orilla del agua hasta que quedamos arrugados como gusanos; al rato, decidimos irnos a la casa, pues ya teníamos hambre. Nos salimos.

–¿Dónde dejaste la ropa, Tomás? –me preguntó mi primo.

–Pues allí, en esas piedras.

–No, no está, –le dije.

–¡Cómo no! –me contestó. Y ahí andamos busque y busque, pero nada, ni los zapatos.

–Pues vámonos así... –me dijo mi primo. Íbamos cuidando que nadie nos viera, en cueros como andábamos lo que iban a pensar...

A medio monte escuchamos risas entre las plantas.

–¡Los chaneques! –gritó Tomás. Y nos echamos a correr, pero entre más aprisa íbamos, más risas oíamos. Ya llevábamos la carne chinita del miedo, pero ni modo, así llegamos a la casa y mi mamá nos regañó, porque según ella, nos habían robado



Jesús Pérez Ruiz, “Las risas del monte” en Jesús Paredes (adaptación), *La tierra de los susurros*. México, SEP-CONAFE, 2000.

120. Cinco patas en lugar de cuatro

Hace un rato que no leemos nada de animales. Ya es hora de ocuparnos de esos otros seres con los que compartimos el planeta. Hoy vamos a conocer algo sobre las estrellas de mar.

Vean esto, vivir al revés

1. Descansan sobre las rocas. Necesitan un lugar donde adherirse a las rocas.
2. Las estrellas son depredadoras. Esto quiere decir que se comen a otros animales.
3. Cinco brazos, colocados de forma radial; es decir, los cinco salen de un centro hacia fuera.
4. Tiene el ano en la parte superior, por arriba.
5. Tiene la boca en la parte inferior, por debajo.

¡A comer almejas!

Cuando una estrella de mar encuentra una almeja, se acerca a ella y se coloca encima de su concha. Después, con sus potentes brazos, abre la concha de su presa, saca el estómago, la digiere y luego se la come.

Somos acuáticos

Las estrellas y los erizos de mar poseen un cuerpo protegido por unas placas muy resistentes y por eso se llaman *equinodermos*. Tienen el cuerpo radiado, pues está repartido en cinco brazos que salen de un centro. Andan de una manera muy curiosa, con unas patitas muy pequeñas por donde expulsan agua constantemente y que se llaman *pies ambulacrales*.

Estos animales son acuáticos y tienen una gran capacidad de regeneración; si pierden una parte de su tubo digestivo, lo vuelven a producir de nuevo.

Xavier Marcet Soler, "Cinco patas en lugar de cuatro" en *Los animales invertebrados*. México, SEP-Parramón, 2007.

121. La conquista del cielo

Los griegos debieron pasar mucho tiempo contemplando el cielo, pues nos han llegado multitud de historias de héroes que intentaron conquistarlo. Uno de ellos fue un muchacho llamado Belerofonte, quien, con la ayuda de la diosa Atenea, capturó un fantástico caballo volador llamado Pegaso. Con su corcel alado realizó grandes hazañas, e incluso se propuso volar hasta el Monte Olimpo, donde vivían los dioses.

Zeus decidió darle una buena lección: envió a un moscardón para que picara a Pegaso. El caballo se espantó y Belerofonte se precipitó al vacío. Sin embargo, Pegaso sí alcanzó el Olimpo, donde se quedó a vivir para siempre.

Otro joven que intentó volar fue Ícaro. Su padre, Dédalo, con el que estaba preso en la isla de Creta, construyó dos pares de alas para que tanto él como su hijo pudieran escapar. Dédalo aconsejó a su hijo que no se acercara demasiado al Sol, pero una vez sintió el aire bajo sus alas, Ícaro olvidó la advertencia. El sol derritió la cera que sujetaba las plumas de las alas, e Ícaro cayó al mar y murió.

Iris era la mensajera de los dioses, y atravesaba el cielo bajando por el arco iris para llevar mensajes del Olimpo a la tierra.

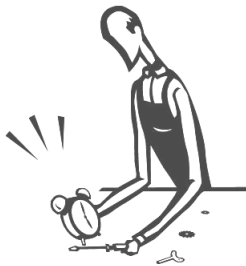
Mary Hoffman, "La conquista del cielo" en *Canción de la Tierra*. México, SEP-Art Blume, 2001.

122. Dos poemitas

El viejo relojero

Ajusta cada día
la máquina del tiempo,
ordena los segundos,
engrasa el universo.
(Sobre su cabeza,
el péndulo viene,
el péndulo va,
y el silencio,
mientras tanto,
hace tic,
hace tac.)

Anclado en su taller,
sin prisa se ha hecho viejo,
sabiendo la hora exacta
de todos sus recuerdos.



Hay gente a la que le gusta tatuarse. Y a este pirata le encanta. Voy a repetir esa poesía, para que vean todo lo que trae encima.

El pirata titulado

En el brazo del pirata
nada el tatuaje de un pez.
En la palma de la mano,
navega el barco
que nunca pudo tener.

Todo su cuerpo es un cromo,
lleva a cuestas mil historias
dibujadas en la piel.

Su bandera desgarrada
sobre el pecho,
el retrato de su loro
junto a un pie.

Pero, ¡ay, pobre pirata!,
el mapa de su tesoro
se lo han tatuado en la espalda,
y no lo ve.

Juan Carlos Martín Ramos, "El viejo relojero" y "El pirata titulado" en *Las palabras que se lleva el viento*. México, SEP-Everest, 2004.

I 23. Los secretos del agua

–¿Sí, dígame?

–¿Sabes cómo se comunican dos ballenas que están a varios kilómetros de distancia?

Vamos a verlo con un sencillo experimento.

1. *¿Qué necesitas?*

- 2 globos
- 1 mesa
- agua

2. *Cómo hacerlo*

– Infla un globo y átalos para que no se desinflen.

– Llena el otro globo con agua de la llave. Intenta que te quede del mismo tamaño que el primero. Átalo también. Pon los dos globos en la mesa.

– Golpea la mesa con el dedo. Acerca el oído al globo lleno de aire y escucha atentamente. Haz lo mismo con el globo que está lleno de agua.

¿Cómo oyes mejor el golpeteo de tu dedo?

3. *Explicación*

El golpeteo se oye mejor a través del globo lleno de agua.

Los sonidos llegan a nuestros oídos porque hacen vibrar el aire que nos rodea. El aire está formado por partículas minúsculas que están muy lejos unas de otras.

Por el contrario, las moléculas de agua están muy cerca unas de otras. Por eso, en el agua las vibraciones del sonido se transmiten mejor.

4. *Aplicación*

Gracias a que el agua conduce mejor los sonidos que el aire, los delfines y las ballenas pueden comunicarse a muchísimos kilómetros de distancia. (En el aire esto sería imposible.)

124. Frida

Frida Kahlo nació el 6 de julio de 1907, en Coyoacán, un pueblito que ahora forma parte de México, la capital del país. Sus padres eran Guillermo Kahlo y Matilde Calderón de Kahlo. A la edad de siete años, Frida enfermó de polio y tuvo que guardar cama durante nueve meses. Como resultado de esta enfermedad, quedó con una pierna más corta que la otra y cojeaba al caminar. A los dieciocho años sufrió un terrible accidente cuando el autobús en el que viajaba chocó con un tranvía.

Fue un verdadero milagro que sobreviviera y que fuera capaz de pintar, teniendo en cuenta los constantes dolores que padeció durante el resto de su vida. El que sus pinturas estén consideradas entre las más bellas y originales obras de arte es un homenaje a su espíritu indomable y a su fuerza de voluntad. Su popularidad se hace evidente al ver sus obras en muchos museos del mundo, en libros, en carteles y en anuncios publicitarios.

Su popularidad, que ha ido en aumento desde su muerte, ocurrida el 13 de julio de 1954, comenzó a crecer en 1929, cuando se casó con el reconocido muralista Diego Rivera. Sus personalidades eran atractivas y su amor especialmente intenso; su matrimonio se considera uno de los más famosos del siglo XX.

Pero no fue solamente la unión con el célebre Rivera lo que despertó la fascinación cada vez mayor que ejerce Kahlo sobre el público. La dolorosa historia de su vida es motivo de inspiración para los artistas en general, quienes muchas veces trabajan en condiciones difíciles. En particular, ha servido de modelo a las mujeres artistas, que han encontrado en la fuerza y en el coraje de Kahlo, un ejemplo de cómo sobresalir en un mundo dominado por los hombres.

Al igual que Sor Juana, Frida Kahlo es un buen modelo de vida: en lugar de dedicarse a lamentar sus enfermedades, heridas y dolores, esta mujer los convirtió en maravillosas pinturas.

Jonah Winter, *Frida*. México, SEP-Scholastic, 2002.

I 25. Montañas

Algunos datos curiosos

Una montaña es una enorme mole de rocas y tierra, que se ha formado a lo largo de miles de años. Algunas son tan altas que llegan hasta las nubes y más allá. Su cima, o sea la parte superior, puede estar nevada durante todo el año. Otras montañas son lo bastante bajas como para que sea posible subir y bajar de ellas en un solo día.

De hecho, se encuentran montañas en todas las zonas del mundo. Hay montañas hasta en los océanos, debajo del agua; cuando sus picos sobresalen de la superficie del mar, forman islas; otras montañas son volcanes, y de vez en cuando hacen erupción.

En muchas montañas hay oro, plata carbón, cobre, hierro y otros metales, o piedras preciosas, como diamantes y ópalos. Hay personas que se dedican a buscar estos depósitos de materiales preciosos, y hacen minas para extraer, o sacar estos minerales.

En algunos lugares, la gente tiene granjas en las montañas; allí se siembran cultivos de altura, como el café, y todos los días se llevan a pastar las vacas y los borregos.

Otra riqueza de las montañas son los bosques. Un bosque bien cuidado, donde se plantan y se cortan árboles cuidando que no se acaben, es tan provechoso como una mina.

Como ven, las montañas son lugares extraordinarios donde es posible explotar

Joann Early Macken, *Montañas*. México, SEP-Edilar, 2006.



I 26. Juegos de palabras

Trabalenguas

Había una, madre godable, pericotable y tantarantable,
 que tenía un hijo godijo, pericotito y tantarantijo.
 Un día la madre, godable, pericotable y tantarantable,
 le dijo a su hijo godijo, pericotito y tantarantijo:
 –Hijo godijo, pericotito y tantarantijo,
 tráeme la liebre godiebre, pericotiebre y tantarantiebre
 del monte godonte, pericotonte y tantarantonte.
 Así el hijo godijo, pericotito y tantarantijo,
 fue al monte godonte, pericotonte y tantarantonte,
 a traer una liebre godiebre, pericotiebre y tantarantiebre.

Colmos

¿Cuál es el colmo de un astrónomo?
 Que se enamore de una estrella... de
 cine.

¿Cuál es el colmo de un médico?
 Tener una esposa llamada Dolores.

¿Cuál es el colmo de un ecologista?
 No lavarse la cara para no ensuciar el
 agua.

¿Cuál es el colmo de un honrado?
 Encontrar un trabajo y devolverlo.

Retruécanos

No es lo mismo...
 ...un asno, que un durazno
 ...la tormenta se avecina, que la vecina se atormenta
 ...subir a tender la ropa, que la ropa tiende a subir
 ...un tipo apático, que un pato atípico

“Juegos de palabras” en Eufemia Hernández (comp.), *Palabrerías: Retahílas, trabalenguas, colmos y otros juegos de palabras*. México, SEP-Alfaguara, 2005.

I 27. El niño y el papá

La lectura de hoy es de un texto que escribió un niño como ustedes. Se llama Hermenegildo Salas Carrillo, tenía once años cuando lo escribió, en huichol, y vive en Nayarit. Él mismo se encargó de traducirlo al español. Un marakamé es un chamán, un hombre sabio, que sabe curar y que puede comunicarse con sus divinidades.

Una vez había un niño llamado Iri a quien le gustaba mucho ir a la escuela, pero un día se enfermó y ya no pudo ir a la escuela. Su papá, llamado Mowieri, estaba preocupado porque su hijo ya tenía días que no iba a la escuela; después lo llevó con un curandero que lo curó, pero seguía igual.

Entonces lo llevó con el otro marakamé, que le dijo que el niño estaba muy enfermo porque tenía que llevar las ofrendas a los lugares sagrados de Wirikuta, que así solamente se aliviaría: si no, se moriría su hijo Iri.

Quedó pensando el papá Mowieri. Ayunaron dos semanas; el niño Iri también ayunó. Se fueron Iri junto con su papá Mowieri, hicieron para llegar en Wirikuta dos semanas.

El niño no conocía Wirikuta, era la primera vez que iba y la primera vez que conoció el sagrado peyote, porque así le había dicho el marakamé y las ofrendas que llevaba las compartió en los lugares sagrados, tal como le dijo el curandero. En los cuatro puntos cardinales.

Así fue que, cuando comía los peyotes, quedó sorprendido porque veía cosas raras; miraba gente que ya murieron y así se vinieron ya de regreso. El niño ya venía más tranquilo y se sentía más aliviado de la enfermedad.

El niño y su papá llegaron a su pueblo, y su mamá y sus familiares los recibieron con alegría, con felicidad.

Con el tiempo el niño se hizo grande, hombre de la casa y se hizo curandero marakamé y querido de la comunidad; ayudaba a los enfermos.

Así termina este relato. Creo que la fe es lo más fuerte que tenemos, la fe puede sanar la vida y puede aliviar.

128. La mariposa y el grillo. (Cuento tarahumara)



Una tarde andaba una mariposa volando cerca de unos pedregales cuando oyó el canto de un grillo. Se acercó a la casita para platicar con él:

–No hay nada más hermoso en este mundo que ser mariposa–le dijo.

–Yo vivo muy feliz–contestó el grillo–aunque no puedo volar como tú.

–Pobre animalucho–dijo–, se siente feliz cantando y saltando.

La mariposa siguió volando en tanto caía la tarde, Al día siguiente unos niños salieron al campo y lo primero que vieron fue una linda mariposa. Todos trataron de agarrarla. La pobre mariposa iba de un lugar a otro sin poder escapar, y cansada de tanto volar se paró en la ramita de un encino pequeño. Los niños la atraparon: uno la agarró por las alitas, otro por el cuerpecito y la destrozaron.

El grillo desde su casita lo vio todo y pensó. “Siendo grillo soy más feliz que cualquier animal”.

Miguel Velasquillo, “La mariposa y el grillo”, en Luis González y Lorenzo Ochoa (comps.), *La osa enamorada de un tarahumara y otros relatos*. México, SEP-Tlalocan UNAM, 1980.

129. Nuestra calle tiene un problema

3 de julio

Nuestra calle tiene un problema. Se llama Paco. Su padre es de los que no deja que nadie asome ni la nariz fuera de su casa. ¿Que quiere jugar con el balón en la calle? No puede. ¿Ir a tomar un helado? Tampoco. ¿Comprar estampas en la esquina? Ni pensarlo. Paco parece un prisionero de guerra. Un pistolero de esos que se pasan la vida detrás de las rejas. Nunca puede hacer nada. Se queda en casa pálido, chupándose el dedo. Da tristeza ver a una persona así. Nosotros jugando con el balón la tarde entera y él asomado a la ventana.

15 de agosto

Aquí en la calle lo que nos entristece un poco es Paco. Siempre espiando allá a lo lejos. Solito. Apachurrado. El otro día, todos platicamos. El tema fue él. Antes pensábamos que no le caíamos bien y ahora pensamos que se muere de ganas por jugar con nosotros. Toño dijo que teníamos que hacer algo. Mauro se acordó de que la pesadita de Tere iba a ir de chismosa. No sé quién sugirió que fuéramos a hablar con el papá.

El papá de Paco ya es muy viejo. Debe tener casi cuarenta años. Es enojón, alto como una garrocha, delgado, y siempre anda peinado con mucho *spray*. Usa lentes de fondo de botella, corbata de moño, y tiene unos pelitos que le salen de la nariz. José Luis le dijo a Tere que ésos no eran pelitos sino patas de una cucaracha que vivía en la nariz de su papá. Desde esa vez, ella trata de empaparnos cuando jugamos.

Creo que el papá de Paco nació enojado y resfriado al mismo tiempo porque de día y de noche tiene la nariz roja, se la pasa sonándose. Yo nunca lo he visto reírse.

¿Qué se podría hacer en un caso así? ¿Ir con el papá de Paco y hablarle frente a frente? ¿Quién se atrevería?

Ricardo Azevedo, *Nuestra calle tiene un problema*. México, SEP-Ática, 1993.

130. El unicornio

En la Edad Media el unicornio era uno de los animales más populares: los pintores se inspiraban en él, se labraba su esbelta figura en las puertas de los castillos, adornaba copas, tapices y vitrales. El unicornio era un pequeño caballo blanco, ágil a veces recubierto por un pelaje suave y abundante, y de su frente sobresalía un cuerno en espiral del más puro marfil.



No cualquier cazador podía atraparlo. Era necesario que una doncella se sentase, tranquila y en silencio, en la espesura del bosque. El unicornio quedaba cautivado y se acercaba a recibir las dulces caricias de la dama.

Si un joven se vestía como una muchacha y en todo se comportaba igual que una doncella, el unicornio se aproximaba mansamente. El chiste era tratarlo con delicadeza.

Bueno, ¿y para qué quería nadie atrapar un unicornio? Pues resulta que su afilado cuerno tenía mágicos poderes y servía de antídoto contra los peores venenos.

S/A “El unicornio” en *Animales fantásticos y más leyendas*. México, SEP-Hachette, 1995.

131. San Serafín del monte

San Serafín del monte,
San Serafín cordero,
yo como buen cristiano,
me hincaré.

San Serafín del monte,
San Serafín cordero,
yo como buen cristiano,
me pararé

San Serafín del monte,
San Serafín cordero,
yo como buen cristiano,
me sentaré.

“San Serafin del Monte” en Marines Medero (antolog.), *Volvamos a la palabra*. México, SEP-CONAFE, 1989.

132. El cedacero

Este cuento que les voy a contar me lo contaron mis grandes ¡y a ellos ya se los habían contado!

Trata de un hortelano que tenía tres hijos y una huerta muy grande donde cultivaba toda clase de árboles frutales... todo lo que puede caber en una huerta.

Los tres niños llevaban a vender la fruta cada semana al mercado del pueblo y con lo que ganaban vivían todos felices.

Pero ahí tienen ustedes que un día, camino del mercado, se encontró el niño mayor a un viejecito que luego que lo vio le dijo: –Buen niño, dime, ¿qué llevas en tu costal?

Y el niño de malcriado le contestó: –¡Piedras!

–¡Pues piedras se te volverán! –le dijo el viejecito.

Y como les voy diciendo, pasó el segundo de los hijos del hortelano y como al primero, el viejecito le preguntó: –¿Qué llevas en tu costal, buen niño?

–¿Qué he de llevar? ¡Piedras! –le contestó el niño.

–¡Pues piedras se te volverán! –le dijo el viejecito.

Pasó luego el niño menor y al preguntarle el viejecito que era lo que llevaba, el niño le contestó:

–¡Naranjas!

–¡Pues oro se te volverán! –le dijo el viejecito– así fue, pues cuando los niños llegaron al mercado y quisieron poner su puestecito, el niño mayor no encontró más que piedras en su costal; lo mismo le pasó al segundo; en cambio, cuando el niño menor abrió su costal encontró en vez de naranjas puras onzas de oro.

Entonces, ¡que cierra el costal! y coge camino para su casa.

Cuando llegaron del mercado los dos hermanos mayores, el hortelano les pidió los centavos de la venta y los niños tuvieron que contarle el castigo que habían recibido del viejito, por mentirosos.

Estando en esas llegó el niño menor.

El costal que traía sonaba que parecía música y al abrirlo, para entregarle a su padre el dinero, rodaron tantas onzas de oro que no pudieron contarlas.

Por lo que desde entonces los dos hermanos mayores quedaron muy resentidos.

Y ahí los dejamos con su sentimiento.

Una historia donde al bueno le va bien, y a los majaderos les va como en feria.

Teresa Castelló Yturbide, "El cedacero" en *Cuentos de Pascuala*. México, SEP-FCE, 1997.

133. Mi trabajo como hada de los dientes

Les voy a contar una historia de los días en que fui un hada de los dientes. Era mi primer trabajo y no lo hacía bien. Una noche cometí un terrible error. Todo comenzó de esta manera...

Acababa de acurrucarme en la cama. Mi almohada estaba llena de sueños y me preparaba para dormir profundamente cuando, ¡Talán talán! Sonó la campana de los dientes. Nunca se sabe cuándo alguien se le va a caer un diente ni cuando un hada de los dientes debe ir a recogerlo.

Los niños se pasan el día entero moviéndose los dientes para que se les caigan. Un diente difícil puede mantenerse sujeto de un hilo durante días. Entonces, cuando su dueño menos lo espera, ¡sorpresa! Se cae solo. Eso es exactamente lo que le sucedió a un niño que se llamaba Joaquín.

Joaquín llevaba todo el día tirando de su diente. Era una paleta y las paletas son siempre los dientes más difíciles. Pero aunque estaba casi suelta no acababa de caerse. Sin embargo, cuando Joaquín se puso a masticar un caramelo ¡plin! Se cayó. Allí estaba, era una buena paleta, aunque un poco pringosa.

Os sorprenderá saber que hay personas que no creen en las hadas (casi siempre se trata de adultos). Es triste, pero es verdad. Curiosamente, los niños que dicen que no creen en ellas cambian de opinión en cuanto de les cae un diente.

Así sucedió con Joaquín.

—¿Las hadas me traerán mucho dinero?

–preguntó a su madre antes de irse a la cama.

–No sabía que creías en esas cosas

–contestó ella.

–Hum...bueno, sí, sí que creo –dijo Joaquín poco convencido– ¿Cuánto crees que me traerán por mi diente?

–No mucho, con esos pegotes de caramelo que tiene –contestó su madre.

Así que Joaquín cepilló su diente hasta dejarlo reluciente. Después, lo colocó debajo de la almohada y se quedó dormido. En ese mismo momento sonó la campana de los dientes y yo salí corriendo a buscarlo.

Georgi Adams, “Mi trabajo como Hada de los dientes” en *Historias de hadas contadas por hadas*. México, SEP- Serres Océano, 2005.



134. Viaje

La lectura de hoy es un poema de Salvador Novo, que está incluida en una antología, un libro que tiene obras de distintos autores. Es muy cortita, pero la vamos a leer por lo menos dos veces.

Cajita de música

do, re, fa, mi, re, do,

aún está fresca la pintura.

Quise abrazar ese molino

re, mi, fa, sol...,

y el tren huyó.

Una zagala hace lo mismo

que sus ovejas y su árbol,

mi, fa, re, re, do,

porque todos son de corcho.

Y sin embargo

algún viento,

¡algún viento!

ha irritado el cristal opaco

de mis ventanillas,

re, mi, la, fa...



Salvador Novo "Viaje" en Rodolfo Fonseca (antolog.), *Poesía a cucharadas. Antología de poesía mexicana del siglo XX.* México, SEP-SM, 2003.

135. Por el caño

Espero que después de un día en el metro, en la calle o jugando con tus amigos, todos nos lavemos las manos ¿Con qué lo hacemos? En la siguiente lectura veremos que las cosas con las que lavamos nuestras manos todos los días no siempre son tan buenas como parecen.

Existen tantos gérmenes en la Tierra, que juntos pesan más que todos los animales y las plantas juntos. Todo lo que tocas tiene gérmenes. No es de extrañar que tus padres siempre te anden molestando con que te laves las manos. Si lo haces correctamente, es una gran defensa para ti.

Esto significa cubrir tus manos con jabón y tallar uñas, dedos, el dorso y la palma de la mano durante al menos 30 segundos, aproximadamente el tiempo que toma cantar *Las mañanitas*. El jabón y el tallar hacen que se desprendan los gérmenes de tu piel.

Ahora bien, actualmente a muchos jabones se les agregan antibacterianos, o sea ingredientes especiales que matan a los gérmenes, en vez de tan sólo lavarlos. Eso suena muy bien, pero, ¿será de veras bueno?

Algunos expertos dicen que lo único que necesitas para lavarte bien es un jabón regular. Les preocupa que, cuando se usan jabones con antibacterianos los gérmenes que sobrevivan se conviertan en “supergérmenes” a los que ya no dañen los antibacterianos ni los antibióticos que los doctores usan para ayudar a que los pacientes se deshagan de las bacterias.

Según estos expertos, no hacen falta jabones especiales, sino lavarse con cuidado las manos varias veces al día. Entre otras, cuando llegamos de la calle a la casa.

Trudee Romanek, “Por el caño” en *¡Achuuuú!* México, SEP-Planeta, 2007.

136. El viaje

Había una vez un ratón que quería visitar a su madre.

Entonces se compró un coche y se puso en camino hacia casa de su madre.

Viajó, y viajó, y viajó, hasta que el coche se hizo pedazos.

Pero al lado del camino había una persona vendiendo patines.

Entonces el ratón compró dos patines y se los puso. Patinó, y patinó, y patinó, hasta que se le cayeron las ruedas. Pero al lado del camino había una persona vendiendo botas. Entonces el ratón compró un par de botas y se las puso. Caminó, y caminó, y caminó, hasta que las botas tuvieron unos agujeros muy grandes. Pero al lado del camino había una persona vendiendo tenis. Entonces el ratón compró un par de tenis. Se los puso y corrió, y corrió, y corrió, hasta que los tenis se rompieron.

Entonces se quitó los tenis y anduvo, y anduvo, y anduvo, hasta que le dolieron tanto los pies que no pudo continuar. Pero al lado del camino había una persona vendiendo pies. Entonces el ratón se quitó los pies viejos y se puso unos nuevos. Corrió lo que le quedaba de camino hasta llegar a casa de su madre. Cuando llegó allí...

¡Qué gusto le habrá dado a la mamá ratona ver a su hijo! Pero, ¿se imaginan? ¡Andar comprando pies! En los cuentos, en la poesía, en el teatro, todo es posible.

Arnold Lobel, "El viaje" en *Historias de ratones*. México, SEP-Altea, 1987.

137. La noche de las muñecas. Una noche de espanto en doce horas y tres suspiros

Vamos a leer un poema que puede parecer un poquito difícil, pero no lo es. Déjense llevar por las palabras; por la impresión que nos causan.

Que los párpados no pesen,
que no acabe la canción.

Que las sábanas no sirvan,
que los ruidos endurezcan,
que los mudos oigan fuerte,
que el día olvide su reloj.

Que ella no cierre la puerta,
que ella no apague la luz.

Que no voy a la cama,
que en lo oscuro no soy yo.

Que el Sol gane la batalla
sólo hoy.

En la noche no hago falta,
que la noche falte hoy.

Que te quedes tú conmigo,
que la Luna te haga trizas,

que huya el bulto del colchón.

Que mañana venga pronto,
que olvidemos que es hoy.

I

Rompe el negro en dentelladas,
apresta su aire el Sol,
hay que apagar las velas.

Le rasgaron su vestido al cielo.
Quedan agujeros por donde el quebrado
se cuele,
se desinfla,
tiritas a golpe de pinchazos.

Cielo roto,
negro cielo.

Hoyo blanco que te come.
No mires allá arriba.

Hay mucha mala blanca luz,
hoyo luz.

Noche que ya es.
Sombras que se vienen,
sueño que se va.
¡Aquí no duerme nadie!

Hay que mirar con cuidado,
estar atento.
Ojo bajo la cama.
Ojo espión.
Hay que andarse como los tuertos.

II

A lo oscuro le nacen pupilas sin
párpados.

En la penumbra baten algunas alas.
De noche los juguetes amanecen:
tanto mejor si el viento canta los
árboles,
si la lluvia moja las luces,
si el hoyo hace que se va.
En lo oscuro hay carnavales,
las arañas tiran espantasuegras,

los aparecidos salen en procesión.
Y no hay alegría que valga.

La Muñeca Reina las ha clausurado
todas.

A la Muñeca Reina le falta un brazo,
le sobra un diente,
la mira un ojo.

La Reina es muñeca que
abandonaron,
Desvistieron,
dejan sola;
que huele a mar.

La Muñeca está reinando.

Noche puede decirse,
viento y lluvia habrían de ser
nombrados.

Y no hay nada por hacer.

Si acaso

(y como si de algo sirviera)
tendrías que prender una vela
tendrías que velar un incendio.

138. La venganza contra el chistoso

Lo que menos le gusta a Ema de los cumpleaños son los chistes del tío Lito. Los chistes del tío Lito son capaces de arruinarle cualquier fiesta.

Ya se sabe cómo es. Primero llega la abuela Emilia con el pastel. Después, la tía Francisca con los mellizos, que se ponen a correr como locos de una punta a la otra de la casa. Y en seguida llega el tío Lito con la tía Claudia Pía.

Cuando llega el tío Lito, a Ema se le cae el alma al suelo.

El tío Lito es chistoso por naturaleza. Hace chistes sin parar. Y todos se los hace a Ema.

El primer chiste —eso es algo que Ema sabe muy bien—, es el chiste del cachete. El peor de todos.

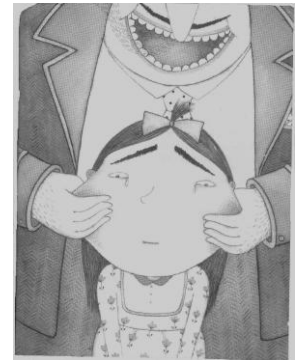
De sólo pensar en el chiste del cachete Ema cierra los ojos.

—¡Holaholaholaha! —dice el tío Lito en cuanto cruza la puerta.

Cuando dice eso, todos se ríen. (En la familia de Ema todos opinan que el tío Lito es muy divertido. De manera que en cuanto lo ven llegar se ríen por anticipado, a cuenta de los chistes que les va a contar y que los harán reír durante toda la tarde.)

Después el tío Lito dice:

—Averaveraver, ¿dónde está Ema?



No parece muy chistoso el tío Lito. ¿O a ustedes les da risa lo que dice?

Graciela Montes, *La venganza contra el chistoso*. México-FCE, 1998.

139. Teseo y el Minotauro

En la antigua isla de Creta, hubo un rey llamado Minos, quien estaba orgulloso de sus hermosas ciudades, su esposa y sus hijos. Pero un día, todo cambió: su esposa dio a luz a un monstruoso ser con cuerpo de hombre y cabeza de toro, el Minotauro.

Aquel ser horrible se refugió en los bosques y se dedicó a atacar a los viajeros en los caminos del reino.

El rey Minos, avergonzado de su esposa e hijo, pidió al mejor de los arquitectos, Dédalo, que construyese un sitio para encerrarlos. Dédalo construyó un laberinto del que nadie podía salir.

Al paso de los años, uno de los hijos de Minos viajó a Grecia para participar en unos juegos, cayó en la trampa del rey Egeo, enemigo de su padre, y murió. Entonces Minos atacó a Egeo, lo venció y le impuso un duro castigo: cada nueve años tenía que enviar a Creta a siete mujeres y siete hombres, para que fueran devorados por el Minotauro.

Cada nueve años llegaba a Creta un barco con velas negras en señal de luto por los catorce jóvenes que morirían a manos de aquel ser monstruoso.

Ariadna, la joven hija del rey Minos, contempló un día la llegada del barco. Las tristes miradas de los jóvenes se perdían en el llanto, excepto por uno: un joven con armadura y espada, y con un porte que le robó el corazón a Ariadna.

Cansado de sacrificar a jóvenes inocentes, había decidido enviar a su valiente hijo, Teseo, para que diera muerte al Minotauro.

Ariadna, perdida de amor por Teseo, decidió ayudarlo para que venciera a su monstruoso hermano, sabiendo de antemano que al hacerlo perdería el amor de su padre.

Teseo aceptó la ayuda de Ariadna y prometió ser su esposo. Ariadna le aconsejó que antes de entrar al laberinto, atara en la entrada una cuerda, que iría desenrollando, para que después de matar al monstruo



podiera encontrar la salida.

Tras mucho esperar, Ariadna vio salir vencedor a Teseo, y en el barco con velas negras huyeron del rey Minos y de Creta.

Cuando llegaron a la casa de Teseo, en Grecia, el rey Egeo vio el barco con velas negras y creyó que su hijo había muerto; a Teseo se le había olvidado poner velas blancas como señal de que regresaba victorioso.

Su padre, terriblemente dolido, se arrojó al mar y desde entonces a esas aguas se les conoce como el mar Egeo.

Cristina Gudiño Kieffer, *Teseo y el minotauro*. México, SEP-CONAFE, 1988.

140. Consecuencias atroces



Si no se alcanza acuerdo alguno y la temperatura del planeta aumenta en dos grados centígrados, las consecuencias serían catastróficas.

Para empezar, el calor acabaría con el 70 por ciento de la biodiversidad –las especies animales y vegetales–, por lo menos, lo que, sin duda alguna, sería una pérdida que a la humanidad le saldría muy costosa, pues acabaría con muchos recursos para producir bienes de consumo general.

Con el derretimiento de las masas de hielo, el nivel del mar llegaría a aumentar hasta 67 metros. El agua dulce se mezclaría con la salada y modificaría las corrientes marinas. Es decir, alterarían el Gran Cinturón Transportador Oceánico, lo que, a su vez, causaría que los océanos se convirtieran en una gran zona muerta. Se acabarían muchos nutrientes y toda forma de vida en los mares quedaría amenazada.

Consecuentemente, la extensión de la tierra se reduciría de manera considerable. El agua dulce escasearía, se producirían conflictos sociales por la tierra y el agua. Además, se contaría con menos alimentos, se tendrían lugares muy fríos y otros muy calientes, con

lluvias excesivas o demasiado escasas, inundaciones, ventarrones, ciclones. Y lo peor, menor protección contra todos estos fenómenos.

Además, viejas y nuevas enfermedades atacarían a un mayor número de personas.

Como ven, el calentamiento global del planeta, nuestra única casa, traería consecuencias catastróficas. Hoy es tiempo de actuar desde los pequeños espacios. ¿Qué hacemos para evitar que nuestro planeta muera por causa de los altos niveles de contaminación?

Luis Velazco, "Consecuencias atroces" en *El Periódico Mi ambiente*. México, Distrito Federal. Año 17, Número 727, 13 de diciembre 2009.

141. La gran pregunta

–¡Tú sopla fuerte! Estás aquí, en la Tierra, para festejar tu cumpleaños –le responde el hermano.

Y el gato dice: –Viniste al mundo para ronronear. Bueno, y también porque hay ratones.

El piloto opina: –Estás aquí para subir a besar las nubes.

La abuela: –Para que yo te pueda mimar, ¡claro está!

El tragón: –¡Para comer y comer! Es la única razón.

La muerte: –Estás aquí para amar la vida.

El ciego: –Para aprender a confiar.

Y la mamá: –Tú estás aquí porque yo te amo.



¿Qué fue lo que preguntó esa niña o ese niño al que le responden todos esos personajes? Fijense bien, vamos a leer esto una vez más.

Wolf Erlbruch, *La gran pregunta*. México, SEP-Tecolote, 2005.

142. El gato y el ratón

Era un gato grande
que hacía rorró,
muy acurrucado
en su almohadón.

Cerraba los ojos,
se hacía el dormido,
movía la cola
con aire aburrido.

Era un ratoncito
chiquito, chiquito,
que asomaba el rabo
por un agujerito;
desaparecía,
volvía a asomarse
y daba un gritito

antes de marcharse.
Salió de su escondite,
corrió por la alfombra,
y tenía miedo
hasta de su sombra;
pero al dar la vuelta
oyó un gran estruendo:
vio dos ojos grandes
y un gato tremendo.

Sintió un gran zarpazo
sobre su rabito,
y se echó a correr
todo asustadito.

Y aquí acaba el cuento
de mi ratoncito,
que asomaba el morro
por un agujerito.

José Ma Plaza y Carmen Lucini, "El gato y el ratón" en *Mis primeras poesías*. México, SEP-Everest Mexicanas, 2003.



I 43. Comidas y recetas

¿Les gustan los tamales? ¿Cuáles son sus preferidos? ¿Les gustaría probar unos diferentes? Escuchen estas recetas y digan cuántos quieren.

Tamal de armadillo

Van al monte, lo matan, se lo llevan a la casa y le quitan el cuero. Se corta en pedazos. Buscan las hojas de plátano, muelen el chile y jitomate. Si el armadillo está grande, salen ciento ochenta tamales, y si está chiquito, ciento veinte.

Tamal de iguana

Quitán el cuero de la iguana; y se corta su carne en cincuenta y seis pedazos. Muelen chile, jitomate, ajo, comino. Le echan hojas de plátano y lo ponen en la lumbre en una cubeta. Lo dejan una hora y lo sacan.

Barbacoa de venado

Hacen un hoyo y le echan lumbre. Quitán el cuero al venado. Después lo meten en un hoyo y le echan hoja de aguacate, sal y masa. Ya que se coció, lo sacan y lo comen.

Yo no sé ustedes, pero yo voy a seguir disfrutando de los deliciosos tamales de dulce, rajas, mole, etcétera.



I 44. Conozco los alimentos

No todo lo que como es igual. Hay comida que me gusta mucho. Hay otra que no me gusta tanto, pero me la debo comer. Mi mamá dice que si como de todo, mi cuerpo tendrá energía para funcionar bien, crecer y no enfermarse.

En la escuela, un doctor nos dio una plática sobre los distintos grupos de alimentos. Él nos dijo que si acomodamos estos grupos en una pirámide, sabremos qué cantidad debemos comer de cada uno.

En la parte de abajo están los alimentos que debemos comer más (pan y cereales, azúcares y grasas, frutas y vegetales) y en la parte de arriba (productos lácteos y proteínas) los que necesitamos menos.

El doctor también nos explicó que cada alimento es aprovechado de manera diferente por nuestro cuerpo; por ejemplo, la sopa de pasta nos aporta azúcares y esto sirve para que nuestro cerebro tenga energía. Los granos con los que hacen el pan aportan fibra, la cual ayuda al buen funcionamiento de nuestro intestino. Las frutas y verduras son las que aportan las vitaminas y éstas nos ayudan a sanar las heridas. La leche aporta calcio y proteínas, ambos ayudan al crecimiento de nuestros huesos. La carne también nos da proteína y por ello nuestro cuerpo es fuerte. Por último, el chocolate nutre a nuestro cuerpo de grasas y azúcares, útiles para dar energía a nuestros músculos.



Siempre quiero comer lo mismo. Mis amigos Tere y Pedro son unos **melindrosos**. A ella no le gustan las verduras y él sólo quiere comer dulces. Me imagino que sus pirámides de los alimentos están chuecas e incompletas. Desde niños debemos comer de manera balanceada y así evitaremos enfermedades del corazón o el cáncer. A la hora de la comida, huele rico. Me acerco a la cocina y veo lo que voy a comer. Todo se me antoja, siento que se me hace agua la boca y me rugen las tripas. ¡Mmmh, que hambre tengo!

¿Qué hace mi cuerpo con lo que come? Recuerdo que cuando el doctor fue a la escuela a dar la plática, explicó que al comer, desde el primer bocado, la lengua identifica los sabores y ayuda a descubrir algún alimento descompuesto que puede hacernos daño. Por medio de la digestión el cuerpo extrae de los alimentos todas las sustancias que

necesita para funcionar bien. Nos preparamos para la digestión desde el momento en que percibimos el olor de la comida. También nos dijo que la boca es como un triturador de comida. Los dientes sirven para despedazar lo que comemos y la saliva para ablandar los alimentos.

Álvaro Osornio et al., "Conozco los alimentos" en *Lo que hago con mi cuerpo*. México, SEP- Santillana, 2004.

145. Cinco gatos atigrados

Cinco gatos atigrados
hicieron su guarida
en un zapato morado.

El zapato era el palacio
del pie aterciopelado
de la princesa china
que inventó los helados.

La princesa china
a diario caminaba
y lo propio hacía su pie
y con el pie en el zapato
y con el zapato morado

los cinco gatos atigrados
caminaban.

Y entonces,
de manera cruel,
¿el pie aprisionaba
a los cinco gatos atigrados?

No, por fortuna
porque los cinco gatos
eran los cinco dedos
del pie aterciopelado
de la princesa china
que inventó los helados.

Jairo Aníbal Niño, "Cinco gatos atigrados", en *El equipaje de la mariposa*. México, SEP-Panamericana, 2003.

146. La naturaleza es rara

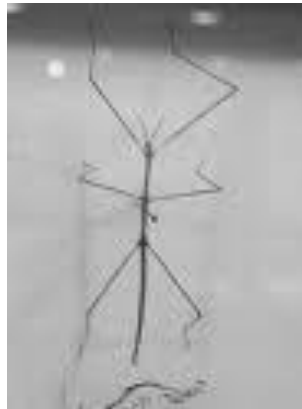
El insecto de palo tiene algo en verdad especial. El insecto de palo lleva ese nombre porque parece una ramita de árbol. A esa capacidad de confundirse con el entorno, con lo que lo rodea, la llamamos *mimetismo*. Gracias a eso puede pasar totalmente inadvertido.

La planaria es un gusano con una envidiable capacidad de regeneración; si cortamos en trocitos uno de esos gusanos, cada pedazo dará lugar a un gusano nuevo.

Las cucarachas son insectos que se alimentan de cualquier cosa que encuentren. Son tan resistentes que aguantan radiaciones que matarían a un ser humano.

Las pulgas viven entre los pelos de los mamíferos, incluido el hombre. Las pulgas se han hecho famosas por su increíble fuerza y llegan a saltar cien veces la altura de su cuerpo.

Xavier Marcet Soler, "La naturaleza es rara" en *Los animales invertebrados*. México, SEP-Parramón, 2007.



147. Poemas con sol y son. Lo que dicen los colores

Cecilia Pisos es una escritora argentina y Ricardo Azevedo un compositor brasileño. Los dos trabajan para lectores como ustedes. Vamos a leerlos.

De Cecilia, *Lo que dicen los colores*

Si el enojo
es rojo
y el brillo
amarillo,
¿quiere decir algo
el marrón [el café]
de aquel grillo?
El blanco
de la espuma
al blanco
de la nube
sube.



Y, si la nube
es negra,
¿es de nube
o de tierra?

Y el color de la risa,
¿cuál es?
El color de la pena
mirando al revés.



De Ricardo, *Lección de biología*

Planté una mata de amor
en el fondo de mi vida.

La semilla fue brotando.
Primero echó raíz,
de la raíz nació la yema,
de la yema nació el tallo,
del tallo nació la hoja,

de la hoja nació la flor
y de la flor nació el fruto.

Y el de fruto, que estaba verde,
después se puso maduro.

Y con él yo hice un dulce,
que te di para probar,
que te di para querer,
que te di para gustar.

148. El fantasma con mala suerte

Eran las doce de la noche y el fantasma dormía en su cama. Este fantasma vivía en un desván: descansaba en el día y asustaba de noche. ¿Qué cómo lo supe yo? Muy sencillo: lo espiaba por el ojo de la cerradura, no por el ojo de la cerradura de la puerta del desván, sino por el ojo de la cerradura de la puerta de la imaginación.

Esa noche, igual que todas las noches, sonó el despertador y el fantasma se levantó a la carrera. Pero... ¡oh, desgracia! Por las prisas se descuidó y pisó primero con el pie izquierdo. "¡Noche de mala suerte!", dijo, pues como era fantasma de buena cepa, su deber era ser supersticioso a ultranza.

Después de que pisó con el pie izquierdo, el fantasma corrió a tocar madera para librarse del mal agüero. Tocando madera estaba cuando, miau, un gato negro apareció en la ventana. "¡Noche de mala suerte!", volvió a decir el fantasma y pensó que no debería salir a trabajar, pero recordó que debía pagar la renta del desván. "Ni modo, tengo que salir". Preparó su sábana, se encomendó a todos los santos y salió a la calle.

Desde tiempo atrás tenía problemas, ya que en la ciudad era cada vez más difícil para los fantasmas encontrar calles solitarias y a oscuras donde pasearse a gusto. Por lo tanto, él prefería irse fuera de la ciudad a recorrer bosques y llanos.

Llegó, pues, el fantasma al campo y comenzó su recorrido. En eso estaba, cuando, entre truenos y relámpagos, se soltó la tormenta. "Y ahora, ¿dónde me protejo del agua?" Porque, claro, estos personajes tienen prohibido usar paraguas o gabardinas y además, saben que es peligroso cubrirse de la lluvia bajo los árboles. ¡Ni modo!, tuvo que emprender el camino de regreso a casa.

Entró de nuevo a la ciudad, iba el fantasma a toda carrera cuando, ¡zas!, tropezó y cayó en un charco de agua. ¡Quedó convertido en una sopa!

¡Aaachú!, llegó al poco rato el fantasma al desván, iba bien resfriado. "Ojalá no me dé pulmonía", pensó. Se quitó la sábana y la puso a secar, se preparó un té y tomó una aspirina.

Ya cuando estaba en su cama, se le ocurrió mirar el calendario y cuando vio la fecha, se llevó un buen disgusto: ¡Era martes 13, día de descanso obligatorio! "¡Qué tarea tan ingrata es asustar a la gente!", pensó el fantasma.

Y yo pensé: ¡Qué mala costumbre es ser supersticioso!

Me dio tanta lástima el fantasma que hice clic, como si apagara una televisión y dejé de espíarlo por el ojo de la cerradura de la puerta de la imaginación.

José Antonio Zambrano

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/litinf/costal/html/sec_53.htm

149. Nidos y guarderías



Como hace la mayoría de los reptiles, los dinosaurios ponían huevos.

Los bebés dinosaurio tenían una primera etapa de desarrollo dentro del huevo, y terminaban de crecer después, ya fuera del cascarón. Algunos padres vigilaban y protegían los huevos que habían puesto, porque eran cuidadosos, y otros los abandonaban a su suerte.

Muchos dinosaurios ponían sus huevos en nidos. Algunos nidos eran simplemente huecos cavados en la tierra, mientras otros eran contruidos con lodo y ramas. Los cascarones eran relativamente frágiles, como sucede con los de las aves y los reptiles actuales, para que los bebés dinosaurios pudieran romperlos golpeándolos desde dentro del huevo.

Algunos padres probablemente llevaban de comer a sus pequeños dinosaurios, como hacen en general las aves en nuestro tiempo.

Curiosidades:

Los gentiles dinosaurios llamados Maiasaura, que significa "gran madre lagartija", vigilaban cuidadosamente a sus bebés por un tiempo largo después de que habían nacido, según se ve por algunos hallazgos de los paleontólogos, quienes estudian a los animales prehistórico a partir de sus restos fósiles.

¿A qué animales se parecían los dinosaurios? ¿Los puedes comparar con algunos?

150. Adivinanzas de México

Pirámide tengo
y de América soy,
en la ventana del Norte
allí es donde estoy.

(México)

Soy devota, y alguien dice
que exagero demasiado,
porque marchó por la vida
siempre de brazos cruzados.

(La letra X)

En una cajita amarilla
tengo un gusano sin hueso,
aquel que me lo adivine
le doy un taco de queso.

(El plátano)

En el cielo me he formado
blanco, redondo y helado;
caigo como caniquita
y voy rodando como pelotita.

(El granizo)

Yo que te digo,
tú no me entiendes:
tienes la panza
llena de liendres.

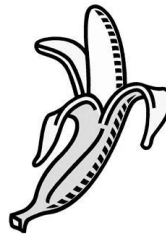
(El higo)

Soy la mujer más voluble
que en el mundo puede haber
tengo cuartos y no casa,
y aunque ando por todo el mundo
y paso por Jerusalén
nunca puedo ser de un año,
porque siempre soy de un mes.

(La luna)

Es papa y no se come,
no es pájaro y vuela,
es lote y no tiene tierra;
para más señas
tiene cola de trapo
y anda a la greña.

(El papalote)



En medio de dos paredes blancas
hay una cuenta amarilla,
el que me lo adivine
comerá pan y tortilla.

(El huevo)

Un pajarito pasó por el mar,
sin pico y sin nada
me vino a picar.

(El chile)

Avilio González, ¡A qué no me la adivinas!: repertorio de adivinanzas, México SEP- Yo sí leo editores, 2005.

151. Los hijos del milpero

Hoy vamos a leer una narración escrita por un niño que tenía diez años cuando lo escribió y que se llama Patricio May Pantí. Vive en José María Morelos, en Quintana Roo, y lo escribió primero en maya y luego lo tradujo al español. Habla de la vida de los niños en el campo. En México todavía hay miles de niños que en lugar de ir a la escuela, como ustedes, tienen que trabajar.

Los hijos del milpero desde muy pequeños comienzan a ir al monte, apenas alcanzan los seis o siete años ya están yendo detrás de sus papás.

Los hijos del milpero, cuando empiezan a ir a veces no hacen nada, únicamente ven cómo es el trabajo del monte, pero a medida que pasan los días comienzan a trabajar haciendo tareas como escarbar camote, escarbar jícamas, bajar frijol, tomate y chile. Cuando uno se da cuenta ya saben chapear, leñar, tumbar y cosechar.

Estos niños se van cuando comienza a amanecer para regresar cuando cae la tarde, por eso no juegan mucho porque tienen que ir al monte todos los días. Sin embargo, cuando crecen ya saben trabajar, les gusta ir al monte y se ponen felices cuando logran sus milpas porque ahí se dan cosas para comer.

Patricio May Pantí, "Los hijos del milpero" en Ivette González (antolog.), *Niños y niñas indígenas, Las narraciones de niños y niñas indígenas Tomo II*. México, SEP- Dirección General de Educación Indígena, 2001.

152. ¿Por qué son diferentes las huellas digitales?

De la misma forma que no hay dos personas idénticas, tampoco hay dos huellas digitales que sean iguales, ni siquiera las de los gemelos idénticos, y éstas se forman antes de nacer.

La piel de las yemas de los dedos de tus manos se parece a la piel de las plantas de tus pies. Es más gruesa que la piel de otras partes del cuerpo.



Aunque todas las personas tienen huellas digitales distintas, éstas se clasifican en tres categorías: arcos, lazos y unas figuras circulares llamadas torbellinos. Puede que hayas heredado los mismos tipos que tus papás, pero las tuyas son distintas.

Las huellas digitales son una forma segura para identificar a una persona, ya que no hay dos iguales. Cuando un dedo toca una superficie, deja una marca única. Algunas marcas, las que deja una mano sucia, por ejemplo, son visibles. Otras, hechas por el sudor o la grasa, casi no se ven. Cuando el cuerpo suda, la humedad se acumula en las crestas, las salientes de las yemas de los dedos. La grasa de la piel también se acumula allí; eso sucede si una persona toca las partes grasosas del cuerpo, como la cara o el cuero cabelludo. Cuando la persona toca un objeto, como la ventana de un coche, las crestas dejan marcas. Estas se podrán ver cuando se cubran con un polvo especial.

La policía pone un polvo especial en la puerta de un coche robado. Cuando aparecen huellas, las duplicó con cinta adhesiva. Luego las fotografía para estudiarlas. Los datos que se escriben al lado de la huella son la fecha, el lugar o el caso. Si las huellas son iguales a las de alguien con antecedentes en los archivos de la policía, ésta sabrá quién probablemente robó el coche. La policía conserva estos archivos en computadoras que ayudan a identificar las huellas.

¿Por qué son diferentes las huellas digitales?" en *Los porqués de nuestro mundo*. México, SEP-Promociones Don d'Escrito, 2002.

153. ¡Tengo piojos!

Había una vez un piojo muy hambriento; se pegó a un peine y cuando una niña se peinó con él, ¡pum! De pronto el piojo cayó en su cabeza. Vivió tan a gusto en ese cuero cabelludo que enseguida formó una gran familia, toda la familia piojo vivía muy contenta y se multiplicaba con facilidad.



De pronto la niña sintió que algo le picaba en la cabeza, así que se empezó a rascar sin parar. La niña, de tanta comezón, se lo dijo a su mamá, y ella le aplicó un champú para matar a esos piojos. La niña le agradeció a su mamá cuando terminó de peinarla.

Su papá también ayudó a limpiar la ropa y los juguetes para que no quedará rastro de la familia piojo. Sus padres le explicaron a la niña que no debe prestar su gorra y sí tener cuidado en su aseo personal.

Cuando existen piojos, deben eliminarse del pelo todas sus crías, llamadas liendres; de lo contrario, se desarrollarían y saldrían piojos de nuevo. Es aconsejable usar un peine especial que venden en las farmacias. Hay que ir peinando por partes. Para sacar las liendres, que son pegajosas y tienen el aspecto de una semillita, puede ser más fácil utilizar los dedos.

¡Ten paciencia! Erradicar todas las liendres lleva rato y es muy importante que no quede ni una.

¿Cómo descubrió la niña que tenía piojos y qué hicieron su mamá y su papá para ayudarla a eliminarlos?

154. Dos fabulitas

El lobo y el pastor

Un lobo que acechaba la cabaña de un pastor notó en el aire un espléndido aroma que le abrió el apetito. Tras acercarse con cautela hasta la ventana, vio al pastor y su familia dando buenas cuentas de un cordero asado.

“¡Vaya por Dios!”, se dijo el lobo. “Si yo atrapara y me comiera a uno de sus borregos, el pastor me perseguiría con sus perros hasta darme caza. En cambio, él puede matar a uno de sus corderos, asarlo en el fuego y comérselo en compañía de su familia sin que le pase nada”.

Moraleja: Nunca condenes a nadie por lo que tú haces.

Los niños y las ranas

Unos niños se fueron a jugar al estanque y empezaron a lanzar piedras en el agua. Cada vez que el tiro les salía bien, se reían a carcajadas al ver que los guijarros levantaban penachos de espuma por el aire. En cambio las ranas, que vivían en el estanque, no se la estaban pasando nada bien. La lluvia de piedras las tenía aterrorizadas, y se escondían tras las rocas para protegerse. Al fin, una rana se atrevió a sacar la cabeza fuera del agua y les suplicó a los niños:

—¡Paren ya de una vez! ¡Lanzar piedras es para ustedes un juego, pero para nosotras es un asunto de vida o muerte!

Moraleja: A veces olvidamos que nuestra diversión a otros puede causar dolor.

Esopo, “Dos fabulitas” en Jerry Pinkney (adap), *Fábulas de Esopo*. México, SEP-Vicens Vives, 2006.

I 55. No puedes ver tus huesos con binoculares, I

Los binoculares, o catalejos, son esos lentes que se usan para ver de lejos. Por supuesto que no sirven para ver los huesos. ¿Cómo pueden verse los huesos? Vamos a verlo.

No, no puedes ver tus huesos con binoculares, pero si te lastimas, un doctor puede ver tus huesos mediante rayos X. Una mala caída o un accidente puede causar que cualquiera de tus huesos se rompa. El área alrededor de los huesos rotos se inflama y duele.

Tus huesos están hechos de células vivas, como todas las otras partes de tu cuerpo (excepto el cabello y las uñas).

Cuando te rompes un hueso, pronto se forma un coágulo de sangre alrededor de las dos partes donde se rompió. Entonces empieza un proceso mediante el cual las células comienzan a formar un hueso nuevo.

Las células que reparan el cuerpo fabrican un hueso nuevo y lo vuelven a tejer sin ninguna ayuda del doctor. Pero es necesario que el hueso quede colocado exactamente en la posición que debe tener, y generalmente se inmoviliza poniéndole un yeso por un tiempo. Si no se hace eso, puede ser que el hueso quede mal. Una persona puede terminar con un brazo más corto que el otro, o con una pierna chueca.

Con ayuda de los rayos X, el doctor puede colocar el hueso roto exactamente en la posición correcta. Más tarde, otro juego de radiografías le mostrará al doctor cuando las puntas del hueso se hayan recuperado. Entonces se puede quitar el yeso.

Herrie Ziefert, "No puedes ver tus huesos sin binoculares" en *No puedes ver tus huesos con binoculares: una guía de tus 206 huesos*. México, SEP-Destino, 2006.

156. La monstruosa tabla del dos

Dos por uno dos, dragones con mucha tos.

Dos por dos cuatro, fantasmas en un retrato.

Dos por tres seis, vampiros jugando beis.

Dos por cuatro ocho, duendes horneando bizcocho.

Dos por cinco diez, prueben el pastel,
tiene arañas distraídas,
cuatro moscas y una hormiga,
chocolate, tres cerezas y un ciempiés.

Dos por cinco diez, medianoche es.

Hay fiesta en la casa embrujada.

Dos por seis doce, brujas chimuelas en pose.

Dos por siete catorce, momias pidiendo su postre.

Dos por ocho diez y seis, ogros bebiendo jerez.

Dos por nueve diez y ocho, monstruos tragones y chonchos.

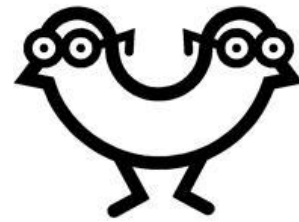
Dos por cinco diez, prueban el pastel,
tienen arañas distraídas,
cuatro moscas y una hormiga,
chocolate, tres cerezas y un ciempiés.

Dos por cinco diez, medianoche es.

Hay fiesta en la casa embrujada.

Dos por diez, veinte.

La fiesta monstruosa se acaba, afuera amanece.



Paula Rodríguez, "La monstruosa tabla del dos", en *Baila la tablita yo ya la canté, Tablas de multiplicar para jugar en clase*. México, SEP-Hecho con amor x Hecho a mano, 2003.

157. La historia de Sputnik y David

Ésta es la historia de un caimán, que también se le dice yacaré, lagarto y hasta cocodrilo. Se trata en realidad de diversas especies, pero quitando las diferencias que los conocedores señalan, ésta es, decíamos, la historia de un caimán.

Esta es la historia que me contó mi sobrino Juan, del caimán Sputnik y su amigo David.

Pues muy recién salido del cascarón, y tan pequeño que cabía aun en la palma de la mano, le regalaron este caimán a David, que también era un niño muy pequeño. Él le puso ese nombre, tan sonoro, que al caimán le gusto bastante.

“Sputnik –pensó– es un buen nombre de caimán”.

Los dos crecieron, Sputnik y David. Su familia educaba a David, David educaba a Sputnik.

David aprendió a comer con cuchara, tenedor y cuchillo, a multiplicar, sumar y restar. A escribir. ¡Hasta a dividir aprendió! También supo muchas cosas del padre Hidalgo y de los campanazos y el grito de Dolores; nada más no estaba claro si de veras algo le dolía o nada más así se llamaba el pueblo.

Sputnik aprendió a beber sidral deteniendo la botella en la boca. Fue varias veces a jugar futbol y daba colazos al balón y hacía gol; corría muy aprisa en línea recta, pero tardaba mucho en dar la vuelta y se tragó el balón dos veces; así ya no se podía jugar con él (ni con nadie, ¿con cuál pelota?). Como ven, Sputnik había crecido bastante.

Él y David se acompañaban y paseaban juntos. Juntos fueron un día a nadar a la alberca y la gente gritó y se salió, protestó además; que no quería bañarse con ese animal en la misma agua. Una señora gorda abrazaba a sus hijos, lloraba y se quejaba:

–¡Ese monstruo se los va a comer!

–Ya parece, guácala –dijo David.

Pero Sputnik los observó y sí se le ocurrió que podrían estar más sabrosos que el balón.

I 58. Horripilario

Los que sean muy, muy miedosos, tápense los oídos, porque la lectura de hoy es verdaderamente, ¡escalofriante!

Esqueleto enamorado

Un esqueleto que bailaba samba
se enamoró de una serpiente mamba,
le regalo una rosa
sequita y apestosa
y le plantó un besote que ¡ay, caramba.

Disparate del ogro

El ogro desde ayer no come nada,
no quiere niño asado ni tostada...
y no hay quien lo rescate
del gran disparate:
¡Se enamoró de una mosca morada!

Un vampiro infeliz

En la ciudad de Sangre Envenenada
vivía un vampiro que comía ensalada,
odiaba el ataúd,
tocaba en su laúd,
quería cambiar: llegar a ser un hada.



¿Se espantaron? ¿No? Bueno, ya será otro día.

Alma Velasco, *Horripilario*. España, Fineo, 2008.

159. Muerte de los dinosaurios

Cientos de especies de dinosaurios diferentes poblaron la Tierra hace 75 millones de años. Sin embargo, 10 millones de años después, murieron todos, menos sus descendientes, los reptiles y, aunque suene raro, las aves.

Gran hueco

Hay un enorme cráter escondido en el Golfo de México. Lo originó un asteroide gigantesco que golpeó la Tierra. El impacto ocurrió hace 65 millones de años, que es el tiempo en que desaparecieron los dinosaurios. Los cambios climáticos producidos por este terrible accidente pudieron haber causado su muerte.

Con el choque de este asteroide grandes nubes de roca y polvo cubrieron la Tierra. Esto bloqueó la luz y el calor del Sol, y destruyó una gran cantidad de criaturas.

¿Se imaginan lo que fue eso? Una verdadera catástrofe. Tal vez ustedes ya lo sabían. ¿Qué más saben sobre la destrucción de los dinosaurios?

David Lambert, "Muerte de los dinosaurios" en *Dinosaurios*. México, SEP-CITEM, 2002.



160. Pajarillo barranqueño (canción ranchera)

Pajarillo, pajarillo,
pajarillo barranqueño,
qué bonitos ojos tienes
lástima que tengan dueño.

¿Qué pajarillo es aquel
que canta en aquella lima?
Anda dile que no cante,
que mi corazón lastima.

¿Qué pajarillo es aquel
que canta en aquella higuera?
Anda dile que no cante,
que espere a que yo me muera.

Toma esta llavita de oro,
abre mi pecho y verás
lo mucho que yo te quiero
y el mal pago que me das.

Toma esta cajita de oro,
mira lo que lleva adentro,
lleva amores, lleva celos,
y un poco de sentimiento.

Ya con ésta me despido
con el alma entristecida,
ya te canté los dolores
y las penas de mi vida.



“Pajarillo barranqueño” en Ma. Luisa Valdivia (selección), Cancionero mexicano. México, SEP-Trillas, 1988.

161. Niños y niñas

Queridos alumnas y alumnos: en nuestra escuela hubo demasiadas peleas entre los niños y las niñas. Deberían ser buenos compañeros y, sin embargo, se presentaron muchos problemas. Los niños de cuarto grado dijeron unas palabras feas a los niños de quinto grado. Pero estos niños de quinto grado, antes, ya habían escrito unas frases feas a los niños de quinto grado. Hablamos con el madre y la padre de estos alumnas y estos alumnos; pero sin un resultado. Después de una semana de tranquilidad, unos agradecidos

rompieron el ventana de la laboratorio por querer hacer un broma que les salió mal. ¿Por qué no juegan al muñeca o la futbol? ¡Si están en un edad precioso, queridos niñas! El conducta ya no es como antes en esta establecimiento. La respeto que había, el educación en la trato se perdieron.

Pero el escuela no está para castigarlas o castigarlos, pensamos en fomentar el amistad entre ustedes. Organizamos una concurso de dibujo con ese tema: Mi amigo la niña y mi amigo el niño. Podrán participar todos y todas. Los temas de las dibujos pueden ser el amistad, el familia, el casa, el mascota, el ciudad, el naturaleza.

¡Qué confusión! No permitan que los engañen los políticos demagogos, los que siempre mienten. En español, el masculino plural significa los dos géneros. Los niños quiere decir los niños y niñas; los maestros quiere decir los maestros y maestras, etcétera.

Luis María Pescetti, "Niños y niñas" en *Nadie te creería*. México, SEP-Alfaguara, 2005.

162. Tuiiiii El murciélago

Primero fue el aire frío que empezó a correr por todo el desierto; después, la Luna, grande y amarillenta, flotando en el espacio y, finalmente, la dorada claridad del prelude del alba. El caso es que Coco no lograba conciliar el sueño por un pretexto u otro. Pero lo que acabó por despertarlo completamente fue el violento vuelo de un enorme gavián. Pasó muy abajo, casi rozando las ramas espinosas de los arbustos, graznando rabioso algunas majaderías en su idioma, porque delante de él iba una sombra voladora en acrobático zig-zag-zug imposible de alcanzar.



De un salto, Coco se puso de pie y pudo contemplar la persecución: un murciélago daba vueltas vertiginosas en un intento desesperado por escapar del ave de rapiña. ¡Oh, y había algo más! El murciélago llevaba una cría agarrada al pecho.

De pronto, al evadir el murciélago el renovado ataque del gavián, el cachorrito se desprendió del regazo materno y cayó sobre unas hierbas.

–Ahora irá el gavián sobre la cría –pensó Coco. Pero la madre, fingiéndose herida, atrajo al gavián hasta alejarlo más allá del Cerro Jorobado que dominaba el paisaje.

El sol, en tanto, comenzaba a salir y Coco comprendió que el murciélago hembra no podría regresar a buscar a su hijito. Pobre. Todavía se alimentaba de leche materna, por eso lo cargaba en su pecho. ¿Podría sobrevivir solo en un medio hostil? Coco se compadeció de la cría y la fue a buscar.

Por suerte, unos días antes el cachorrito había empezado a probar el perfumado jugo de los frutos maduros del desierto y a incursionar su lengüetilla en el corazón dorado de las flores de las plantas espinosas.

Así, pudo ser alimentado por Coco por frutas encontradas en el largo camino que tuvo que recorrer de regreso a casa: primero pitayas dulces y pitayas orejonas del dorado desierto; luego conforme avanzaba al sur, higos, ciruelas, nanches, zapotes...

¿Qué habrá sido de este cachorrito? ¿A quién le gustaría tener un murciélago de mascota?

Gilberto Rendón Ortiz, *Tuiiiii El murciélago*. México, SEP-CELTA Amaquemecan, 2007.

163. ¿Cómo me pongo dientes?

Los seres humanos siempre han tenido problemas con sus dientes. Los hombres prehistóricos se los solían romper al masticar huesos.

Con el tiempo, los hombres antiguos aprendieron a colocar nuevos dientes, mediante puentes hechos de oro. Por ser de ese material, sólo los llevaban los ricos. El resto de la gente ¡tenía que lucir las encías!

Crearás que hasta 1750, hace mucho tiempo, los peluqueros eran también cirujanos y dentistas. Pero sus métodos eran brutales y dolorosos. Por eso, mucha gente prefería tener muy malas dentaduras.

Hasta que un buen médico alemán, Philip Pfaff, inventó la dentadura postiza como la forma de poder poner dientes nuevos a los pacientes.

Al principio, estos dientes estaban hechos de marfil, de lo mismo que están hechos los colmillos de los elefantes, por esos eran tan caros.

Actualmente, por fortuna, los dientes postizos están al alcance de mucha más gente.
¿Conoces a alguien que tenga dientes postizos?

Gerry Bailey, “¿Cómo me pongo dientes?” en *Avances Médicos*. México, SEP-SM, 2005.

164. ¿Para qué cocinamos?

Cocinamos los alimentos con distintos propósitos. En algunos casos para que algo sea más suave de masticar o fácil de tragar. También se cocina para eliminar microbios, digerir con rapidez y por supuesto, para que la comida se vea y huela bien, despierte el apetito y su sabor sea agradable.

La fruta y gran parte de las verduras a menudo se comen crudas. Es necesario lavarlas muy bien con agua limpia antes de comerlas aunque se vayan a cocer. En cambio las papas o la carne por lo común se cocinan antes de consumirlas. Carnes como la de pollo también deben lavarse antes de cocinarse.

Al preparar los alimentos podemos hacer muchísimas combinaciones. Los huevos se sirven muchas veces de la sartén al plato. Puede agregárseles cebolla y jitomate, pero su aspecto no cambia mucho. Las sopas, en cambio, son producto de una mezcla de ingredientes que, al cocinarse más tiempo que los huevos forman un alimento nuevo.

¿A ustedes qué les gusta cocinar? ¿Gustan de las verduras, frutas y carne? Y ¿qué no les gusta?

“¿Para qué cocinamos?” en *Ciencias Naturales, Tercer grado*. México, SEP, 2007.

165. Voces en el parque

En la lectura de hoy vamos a escuchar tres voces que cuentan una misma escena. Pongan atención para saber quién está hablando.

Primera voz: Era la hora de llevar a pasear a Victoria, nuestra perra labradora de pura raza, y a Carlos nuestro hijo. Cuando llegamos al parque le quité a Victoria su correa. De inmediato apareció un perro callejero y empezó a molestarla. Lo ahuyenté, pero ese animal apestoso la persiguió por todo el parque. Le ordené que se alejara, pero no me hizo el menor caso. “Siéntate”, le dije a Carlos. “Aquí.” Estaba pensando qué cenaríamos cuando me di cuenta de que Carlos había desaparecido. “¡Válgame!, ¿dónde se fue?”



¡Últimamente hay unos tipos espantosos en el parque! Grité tanto su nombre que me pareció una eternidad. Entonces lo vi platicando con una niña andrajosa. “Carlos, ven acá ¡inmediatamente!”, dije. “Y ven aquí, Victoria, por favor.” Volvimos a casa en silencio.

Segunda voz: Necesitaba salir de casa, así que mi hija Mancha y yo llevamos al perro al parque. Le encanta ir ahí. Me gustaría tener la mitad de energía que él tiene. Me acomodé en una banca y revisé el periódico en busca de un empleo. No tiene mucho caso, pero no se puede perder la esperanza. ¿Verdad? Luego llegó la hora de marcharnos. Mancha me levantó el ánimo. De camino a casa me fue platicando alegremente.

Tercera voz: Estaba solo en casa otra vez. Es tan aburrido. Entonces mamá dijo que era hora de nuestro paseo. En el parque había un perro muy amigable y Victoria la estaba pasando muy bien. Me habría gustado pasarla igual. “¿Quieres venir a la resbaladilla?”, me preguntó una voz. Era una niña, desafortunadamente, pero de todos modos fui. Era buenísima. De verdad se deslizaba rápido. Estaba asombrado.

Los dos perros correteaban como viejos amigos. La niña se quitó su abrigo y fue a los columpios, así que yo también hice lo mismo.

Como yo soy bueno para trepar los árboles, le enseñé cómo hacerlo. Me dijo que se llamaba Mancha, un nombre raro, pero es muy simpática. Entonces mamá nos sorprendió platicando juntos, y tuve que irme a casa. Ojalá que Mancha esté ahí la próxima vez.

¿De quién es la primera voz? ¿A quién trata mejor, a la perra o a Carlos?

Anthony Browne, *Voces en el parque*. México, SEP-FCE, 2001.

166. Nuestra Tierra

La Tierra está hecha de tierra, agua y aire.

La Tierra tiene muchos lugares diferentes. ¡Visitemos algunos de ellos!

Aquí estamos en el Ártico, cerca del Polo Norte. ¡Hace mucho frío! ¿Qué animales viven en el frío?



Las focas bebés deben estar con sus madres. La piel suave de las focas bebés no es todavía lo suficientemente gruesa para mantenerlas calientes.

El zorro polar también vive en lugares que están siempre cubiertos de nieve, y se confunde con ella. Puede esconderse de los enemigos y acercarse sigilosamente a su presa.

Ahora estamos en un desierto caliente y seco. ¿Qué animales viven en el calor? ¿Qué plantas crecen con muy poco agua? Uno de esos animales es el zorro fennec.

¡Este zorro tiene orejas largas! El calor del cuerpo escapa por las orejas y mantiene fresco al zorro.

El escorpión peludo del desierto caza por la noche, cuando hace más fresco. Con el aguijón que tiene en la cola pica su presa y le inyecta veneno.

John Thomas Matthews, *Nuestra Tierra*. México, SEP-Abrams & Company, 2006.

167. Pequeño cuento de horror

La casa que me heredó mi abuelo estaba llena de ruiditos que no me dejaban dormir, que me mordisqueaban el sueño. Eran astutos: en cuanto prendía la luz se escondían detrás de los muebles. Por eso decidí comprar un silencio. Fui a la tienda y escogí el más feroz. “¡Qué le van a durar esos ruiditos!”, me dije, dejándolo acurrucado en la cocina. Y sí, en menos de una semana no hubo un ruido en toda la casa. Se sentía extraño que las puertas no rechinaran ni sonaran mis pasos en el pasillo, pero bueno, al menos podía descansar.

Estuve tranquilo durante unos quince días, hasta que de pronto descubrí que el silencio se estaba comiendo mis carcajadas. Indignado, lo llamé con la intención de darle una tunda, pero se escapó por entre las patas de una silla y, luego, por más que le hice: “¡Shshsh–shshsh! ¡Shshsh–shshsh!”, no quiso acercarse.

Desde entonces no he podido atraparlo. Ya no me tiene confianza. He tendido trampas y tratado de seducirlo con jugosos ruiditos, pero es demasiado astuto. Para colmo, creo que se está volviendo invisible. “No hay devoluciones”, es lo único que me dice el encargado de la tienda cuando le ruego que me ayude.

Cada día tengo menos esperanza de salir con bien de esta pesadilla. Ya casi no puedo hablar. Para proteger mis palabras prendo la radio incluso de noche, pero la verdad es que ni siquiera en la calle me atrevo a abrir la boca. Sé que me acecha, que sólo está esperando un descuido para dejarme mudo.

Lo que más me asusta es que alguna noche se me acerque sin que me dé cuenta y, de un mordisco, se coma los latidos de mi corazón.

Alberto Forcada, *Pequeño cuento de horror y otros relatos*. México, SEP-CIDCLI, 2004.

168. No puedes ver tus huesos con binoculares, II

Los binoculares, o catalejos, son esas lentes que se usan para ver de lejos. Por supuesto que no sirven para ver los huesos. ¿Cómo pueden verse los huesos? Vamos a verlo.

No, no puedes ver tus huesos con binoculares, pero si te lastimas, un doctor puede ver tus huesos mediante rayos X. Una mala caída o un accidente puede causar que cualquiera de tus huesos se rompa. El área alrededor de los huesos rotos se inflama y duele.

Tus huesos están hechos de células vivas, como todas las otras partes de tu cuerpo (excepto el cabello y las uñas).

Cuando te rompes un hueso, pronto se forma un coágulo de sangre alrededor de las dos partes donde se rompió. Entonces empieza un proceso mediante el cual las células comienzan a formar un hueso nuevo.

Las células que reparan el cuerpo fabrican un hueso nuevo y lo vuelven a tejer sin ninguna ayuda del doctor. Pero es necesario que el hueso quede colocado exactamente en la posición que debe tener, y generalmente se inmoviliza poniéndole un yeso por un tiempo. Si no se hace eso, puede ser que el hueso quede mal. Una persona puede

terminar con un brazo más corto que el otro, o con una pierna chueca.



Con ayuda de los rayos X, el doctor puede colocar el hueso roto exactamente en la posición correcta. Más tarde, otro juego de radiografías le mostrará al doctor cuando las puntas del hueso se hayan recuperado. Entonces se puede quitar el yeso.

169. Tarde otoñal en una vieja casa de campo

Vamos a leer un poema muy cortito y misterioso, de José Emilio Pacheco, que es un poeta mexicano. Lo vamos a leer dos veces, despacito, a ver si no nos asustamos.

Alguien tose en el cuarto contiguo,
un llanto quedo,
luego pasos inquietos,
conversaciones en voz baja.

Me acerco sigilosamente
y abro la puerta.

Como temía, como sabía, no hay nadie.

¿Qué habrán pensado al oírme cerca?

¿Me tendrán miedo los fantasmas?

Rodolfo Fonseca et al., "Tarde otoñal en una vieja casa de campo" en *Poesía a cucharadas. Antología de poesía mexicana del siglo XX*. México, SEP-SM, 2004.

170. El señor que nunca alcanzó

Ayer leímos a un niño maya. Hoy vamos a leer a una niña náhuatl del Estado de México, que tenía doce años cuando escribió. Se llama Jacqueline Durán Aguilar y también ella tuvo que trabajar desde niña.

Tiene unos cinco años que mi abuelita me contó una leyenda, y así comienza: un señor que nunca se casó o juntó, siempre andaba solo, iba al campo, al tianguis y vendía lo que cosechaba. Un día se sentó debajo de un ocote y comenzó a contar su dinerito e iba apartando las monedas de poco valor y las iba echando en un lugar y el dinero de papel lo enredaba con su pañuelo rojo. Y así lo hacía, siempre lo iba echando y siempre se acordaba. Pensaba que cuando lo llenara entonces comenzaría a buscar su pareja. Y así pasaron los años y nunca alcanzó a llenar el cuescomate, su granero, y nunca alcanzó a una pareja y se hizo viejo. Entonces comenzó a regalar lo que tenía y a quienes se los regalaba

les decía: nunca sean como yo, nunca digan que no alcanza, siempre piensen que sí se puede y pongan en su corazón que sí pueden y todo lo que realicen sí lograrán alcanzarlo.

Ahora mi mamá me dice que pongamos en el corazón que sí se puede, y así se lo dijeron mis abuelos y mis papás me dicen a mí. Hoy que voy a trabajar recuerdo siempre que debo pensar que sí lograré lo que pienso y así termina este cuento.

Jaqueline Durán Aguilar, "El señor que nunca alcanzó" en Ivette González (antolog.), *Niños y niñas indígenas. Las narraciones de niños y niñas indígenas Tomo II*. México, SEP-Dirección General de Educación Indígena, 2001.

171. ¿Qué animal eres?

Los signos del horóscopo chino son animales. Y cada uno tiene sus características particulares. Vean qué curioso.

Rata. Las ratas son muy alegres.

Buey. Eres responsable, tenaz y cabezota.



Tigre. Te arriesgas mucho porque tienes fuerza y energía, pero eres poco estable y pierdes con frecuencia el control. Te llevarás bien con: caballo, mono, perro y cochino.

Conejo. Según el horóscopo chino, además de ser sensible e inteligente, crees en la amistad. Disfrutas en los museos y en el cine; te encanta la música. Seguro que dibujas y escribes de maravilla. Tu único defecto es que te gustan demasiado los pasteles, el chocolate, los caramelos...

Dragón. Eres rebelde sin causa y te gusta la ropa cómoda. No paras ni un momento quieto y además, ¡vaya mal genio que te gastas! Te aconsejo que no eches humo por tus narices ante el más mínimo problema.

Serpiente. ¡Eres un cerebritito! Todo lo sabes y todo lo descubres. Pero cuidado con tu desconfianza: hay gente que es encantadora.

Caballo. Te encanta la vida al aire libre. Eres muy elegante.

Cabra. La bondad y la dulzura de tu carácter ablandan hasta las piedras. Pero ¡cuidado! Deja la tristeza a un lado.

Mono. Cuando hablas convences y no aburres. Como tienes tanta gracia y tanta chispa, te sales siempre con la tuya. Abusas un poquito de los demás.

Gallo. Lo que más te gusta en esta vida es llamar la atención y vivir a tu manera. Te creas más enemigos de los que tú piensas. Con tal de tener siempre la razón, defiendes lo indefendible. Deja ya de cacarear y escucha a los demás. En el fondo, lo que te falta es seguridad.

Perro. ¡Vaya suerte que tienen tus amigos y amigas! Siempre pueden contar contigo. A pesar de ser una persona activa, inteligente y trabajadora, necesitas que te ayuden a vencer tu timidez. Tampoco te vendría mal divertirse un poquito más. Eres demasiado pesimista.

Cerdo. Siempre sabes ver el lado positivo de la gente. Si todos fuéramos como tú, jamás habría una pelea, ni un mal gesto, ni una palabra más alta que otra. Cuando alguien se enfada, allí estás tú para poner la paz. Pero ten cuidado. Hay personas que pueden abusar de tu bondad, como los que son gallo, mono, serpiente y buey.

Y, ¿qué somos en el horóscopo chino cada uno de nosotros? A ver si conseguimos uno para averiguarlo.

Celia Ruiz, “¿Qué animal eres?” en *Animales fieles y ligones*. México-Altea.

172. Cabecita rubia

Canción de la cabecita rubia

Cabecita rubia
que miro de lejos
sin ver que tus ojos
son igual de negros.

No, que me equivoco,
que confundo el fuego;
que nunca jugamos
Porque estamos lejos.

Pero estoy muy cerca
de los ojos negros
de la cabecita
rubia como el fuego.

No, que me confundo,
que equivoco el juego;
no sé lo que es cerca,
no sé lo que es lejos.



Canción de la noche

Por el aire de la noche
volando cruza un zapato:
zapato que lindo vuela,
¿qué pies andará buscando?
Por la oscuridad del sótano
se arrastra apenas un pájaro:
¿si buscará el carpintero
madera para su canto?
Sobre el sótano y la noche
un grito se va alejando:
zapato y pájaro miran
la Luna que empina un gato.

173. ¡Mira las caras!

Aterrorizado

Observa estos ojos desorbitados, fijos, saltones, como que quieren salirse. Mira esa boca abierta exhalando un grito, o un alarido, y los revueltos cabellos al viento. ¿Qué emociones expresa el rostro de este hombre? ¿Está enfurecido, aterrorizado o tal vez muerto de miedo por un ataque sorpresa?

Charles Le Brun, realizó a lo largo de su vida cientos de bocetos de rostros que expresaban diferentes estados emocionales. Aquí vemos este cuadro, en que el leve sombreado de los trazos del lápiz contribuye a reforzar la sensación de miedo.

Cada uno de nuestros estados de ánimo se expresa en los gestos que hacemos. Pónganse frente a un espejo y jueguen a hacer caras: contentos, tristes, aterrorizados como este dibujo, coquetos, aburridos, etcétera. Fíjense cómo cambia su expresión.

Gillian Wolfe, “¡Mira las caras!” en *¡Mira! El lenguaje corporal en la pintura*. Barcelona-Serres, 2004.

174. El mar

¿Sabías que las tres cuartas partes de nuestro cuerpo son agua, y que nuestro planeta posee el doble de agua que de tierra? Quizá por esto último nos sentimos tan fascinados por el mar. No podemos beber su agua, pero podemos disfrutar de su vista, o metiéndonos en sus aguas, para chapotear un rato o para bajar a sus profundidades buceando un poco.

Además, el mar ofrece alimento en abundancia a cualquier valiente que ose desafiar su impredecible temperamento. En calma y resplandeciente bajo la luz del sol, o embravecido en olas imponentes, el mar nos atrae con fuerza, e inspira infinidad de historias, poemas, supersticiones y obras de arte.



Desde tiempos inmemoriales, nuestro deseo de explorar sus vastas extensiones y profundidades ha dado lugar a muchas aventuras temerarias.

Hace 2,500 años Herodoto escribió: “Existen los vivos, los muertos y los que navegan por el mar.”

Qué misteriosas las palabras de Herodoto, ¿no les parece? Podemos dedicar un buen rato a pensar en lo que dijo. Escuchen de nuevo su frase:

Mary Hoffman, “El mar” en *Canción de la Tierra*. México, SEP-Art Blume, 2001.

175. El general grillo. Cuento chontal

Dicen que cuando se encontraron el grillo y el tigre, el grillo estaba muy contento cante y cante y esto le molestó al tigre, pues sentía como si lo tuviera dentro del oído.



–¿Qué hace este animal?– rugió el tigre–. Lo voy a matar.

–Tú no me vas a matar porque no puedes– replicó el grillo–, he peleado con más grandes que tú, cuantimás contigo.

–Bueno, bueno, este animal ¿quién se cree que es?– dijo el tigre–. Nomás le pongo el pie encima y lo aplasto. No vale nada para mí.

El grillo contestó:

–No puedes conmigo. Te reto a pelear.

–Caray– dijo el tigre–, ¿cómo vamos a pelear?

–Pues entre varios. Mañana nos vemos en el campo, tu traes a tu gente y yo a la mía.

El tigre se fue a reunir a su gente. Habló con todos los animales más grandes de la selva y los invitó a que pelearan con él.

El grillo también fue a reunir a su gente. Invitó a todas las avispas y a todos los insectos que pican más fuerte.

Al día siguiente, a la hora convenida, el tigre y su gente llegaron al campo. El grillo ya estaba allí, pero su gente no se veía: estaban arriba, entre las ramas de los árboles.

El grillo comenzó a soplar su corneta para iniciar la pelea y en un abrir y cerrar de ojos aparecieron todos los insectos.

La gente del tigre se vio cubierta por una bola de avispas; unas se les metieron en las orejas o en el hocico, otras les picaron en la espalda, en la cola y en todo el cuerpo. Al tigre lo cubrieron totalmente, hasta la cola. Entonces, en vez de atender la pelea, el tigre y su gente empezaron a rasgarse la piel. Cerca había una laguna a la que todos se metieron para salvarse.

Como el grillo ganó, fue ascendido a general y el tigre no volvió a molestarlo.

“El general grillo” en *Aluxes, estrellas, animales y otros relatos*. México, SEP-Sans Serif, 1991.

176. El mejor premio del mundo

Vamos a leer la historia de un niño adoptado. El día en que, tal vez por primera vez, su madre y él hablan de cómo Jonás llegó a esa familia. Es una historia muy tierna.

Cuando Jonás recibió su carta se puso muy contento. Y, por primera vez, se la mostró a su mamá con todo y dibujo. Su mamá, entonces, habló con él y le explicó por qué eran diferentes él y ella.

Le contó que cuando se casó con su papá, todos los días esperaban que el bebé llegara pronto, muy pronto, más pronto.

Pero como Jonás no se decidía a llegar a esa familia, entonces tuvieron que salir a buscarlo. Le explicó que hay mamás y papás que deciden hacerlo de esa manera. Entonces su cara se iluminó como si tuviera el Sol adentro y sus ojos brillaron con el mismo brillo de la Luna. Jonás comprendió por qué se sentía tan diferente a su mamá, y también entendió que él tuvo la suerte de tener dos mamás: una que lo tuvo en su panza y otra que le dio todo su corazón. Y se sintió doblemente feliz, como tener muy juntos a la Luna y al Sol.

María Baranda, “El mejor premio del mundo” en *La risa de los cocodrilos*. México, SEP-EI Naranja, 2008.

177. Dos poemas lindos

Hemos leído a escritores argentinos, brasileños, mexicanos... Ahora es el turno de un colombiano, Jairo Aníbal Niño. La poesía debe leerse sin prisa, dándole a cada verso la entonación que haga falta para que quienes nos oyen lo entiendan.

El equipaje de la mariposa

- 1 para el desayuno
- 2 para el adiós
- 3 para el ciempiés
- 4 para ir al teatro
- 5 para dar un brinco
- 6 para regalarte un rey
- 7 para elevar un reguilete
- 8 para el bizcocho
- 9 para saber que llueve
- 10 para que conmigo siempre estés.

A veces me pregunto

A veces me pregunto
qué aires oír a mi perro
con sus oídos de perro,
cómo llegará a él mi voz
o el son del viento,
o la canción que viene
de lejanos colmillos
del tiempo.



A veces me pregunto
qué contornos verá mi perro,
cómo verá mi sombra
o el perfil del fantasma
que acompaña a los perros.
Cómo serán para él
el brillo del sol,
el filo de la luna,
o el blanco jazmín
de los jazmines del perro.
Creo que en ocasiones
mi perro se pregunta
sobre mi amor por él.
Pero siempre
y por siempre
mi perro sabe y yo lo sé
que su corazón y el mío
son un solo corazón de seis patas
que vaga por ahí, enamorándose
y ladrándole a la Luna.

178. Animales mexicanos

El águila arpía

Sólo en lo más profundo de las selvas tropicales se puede ver el águila arpía. Vive en lo alto de los árboles de algunas selvas de Veracruz y Chiapas.

Es fuerte y rápida. Se alimenta de animales que viven en los árboles, como monos y ardillas, pero también de aves y serpientes.

Cuando empolla, pone cuatro huevos manchados de amarillo. Los padres dan de comer a las crías hasta los diez meses. Después, los aguiluchos aprenden a volar y se alimentan por ellos mismos.

Como a muchos otros animales, el águila arpía le afecta la destrucción de su ambiente, la selva. Por eso ya son pocas las que vuelan por los cielos de México.

*Eres águila arpía
que en el pico llevas flores,
en las alas azucenas
y en el corazón amores.*

El falso vampiro

A pesar de su feo aspecto, este animal se alimenta sólo de frutos. No hace daño porque es un murciélago, no un vampiro.

Vive y come de noche porque pasa el día durmiendo en cuevas, colgado del techo con la cabeza para abajo.

Para volar en la oscuridad de la noche lanza unos silbidos que los humanos no podemos oír. El sonido choca con los objetos y rebota. Como el murciélago sí percibe ese sonido, se da cuenta dónde están las cosas y no choca con ellas.

El falso vampiro vive en Los Tuxtlas, una selva del estado de Veracruz.

Cada día se acaba un poco de selva, porque la queman o se tiran los árboles para meter ganado. De seguir la destrucción, llegará un momento en que el falso vampiro no volará nunca más por las noches.

*Me dicen falso vampiro
porque me parezco a él;
pero no les haga caso,
no les vaya usted a creer.*

Arturo Ortega Cuenca, *Animales mexicanos*. México, SEP-CONAFE, 2002.

179. La charca

Un rinoceronte que bebe en la charca. “¡Grump, glop!” (Mmm, ¡está deliciosa!)

Dos tigres que se relamen en la charca. “¡Grrrrrr!” (¡Dios mío! ¡Qué placer!)

Tres tucanes que graznan en la charca. “¡Croc, croc, croc!” (¡Es hora de divertirse, muchachos! ¡A beber!

Pero algo estaba sucediendo...

Cuatro leopardos que contemplaban la charca. “¡Rrrrrrr!” (Hum. Debemos tener cuidado, hermanos.)

La charca era cada vez más pequeña...

Cinco alces que se revuelcan en la charca. “¡Mu, mu, muuuuu!” (¡Eh! ¡No me metas la pata en la oreja!)

...y más pequeña... y más pequeña... hasta que un día, ni diez canguros tuvieron agua... no quedaba ni un agota de agua...

Y todos los animales se marcharon. Entonces una sombra ocultó el sol. Las nubes se arracimaron. Cayó...

Graeme Base, *La charca*. México, SEP-Omega, 2004.

180. ¡Muévete!

Piensa en todas las formas en las que se mueve tu cuerpo. Puedes correr, saltar y andar de cojito. También puedes parpadear o sacar la lengua. Tu cuerpo se está moviendo siempre, aunque estés dormido. Tu corazón late, y tus pulmones respiran para mantenerte vivo. Cuando corres, todo tu cuerpo se mueve, desde las cejas hasta los dedos de los pies.

Puedes moverte gracias a cómo trabajan juntos tus músculos, tus huesos, tu cerebro y tus nervios. Unos músculos tiran de tus huesos y mueven partes de tu cuerpo como los

brazos y piernas. Otros, como los de la cara, tiran de tu piel para hacer que sonrías o frunzas el ceño.

Tu esqueleto

Tu cuerpo tiene más de 200 huesos que forman tu esqueleto. Cuando naciste tenías unos 350, pero algunos de los más pequeños se soldaron según ibas creciendo. Todos tus huesos tienen diferentes formas y tamaños, y tienen su propio nombre.

Tu esqueleto mantiene unido tu cuerpo y le da forma. Si no fuera por el esqueleto, tu cuerpo se vendría abajo convertido en un montón informe. Es muy fuerte: protege las



partes blandas: tu cráneo, por ejemplo, protege tu cerebro, y tus costillas protegen tu corazón y tus pulmones.

¿Qué hay dentro de un hueso?

Tus huesos están hechos principalmente de agua y de un mineral llamado calcio. Un hueso es una estructura rígida, pero tiene cierto grado de elasticidad para que no se rompa fácilmente. El exterior de un hueso es muy duro, pero el interior es blando y esponjoso. Esto hace que los huesos sean muy resistentes, pero también muy ligeros. Algunos huesos tienen una especie de gelatina dentro, que se llama la médula ósea. Se encarga de hacer células nuevas para tu sangre.

Un hueso roto puede arreglarse por sí mismo, pero a menudo necesita la ayuda de yeso para inmovilizarlo y permitir que se suelde correctamente. Los médicos usan unas fotografías especiales, llamadas radiografías, para mirar el interior de tu cuerpo y ver si tienes algún hueso roto.

Huesos que se mueven

Si tus huesos son fuertes y duros... ¿cómo es tu cuerpo tan flexible? Muchos huesos se juntan con otros en las articulaciones. Tu cuerpo tiene unas cien articulaciones en sitios como los codos, hombros o rodillas.

Las articulaciones permiten que los huesos se muevan para que puedas girar, inclinarte y darte la vuelta. Imagínate que no tuvieras articulaciones en los codos: tendrías que ir siempre con los brazos tiesos.

Anita Ganeri, "Los huesos" en *¡Muévete!* México, SEP-Everest, 2005.

181. Tener una familia

La familia es la gente que nos quiere
y vive con nosotros;
o la que, desde lejos,
nos piensa y nos protege;
la que nos da calor, comida, besos,
aunque nos diga, a veces:
“¡No puedes hacer eso!”

La familia
es como un gran paraguas
abierto ante la lluvia;
es leño y chimenea en el invierno
y en el verano pozo de agua fresca;
es un sofá,
un refugio,
una sonrisa,
una canción,
un hombro
y un pañuelo;
es una mano abierta,
es un abrazo fuerte,
es un regazo tibio...

Papá, mamá y hermanos
forman una familia, pero a veces
alguno de ellos falta
porque quizá se fue
o acaso nunca vino.

El abuelo o la abuela
también pueden ser jefes de familia
cuando papá y mamá se han ido
por una temporada o para siempre.

Hay que verlos entonces:
¡a pesar de sus años sacan fuerzas
y son, otra vez, soles
que alumbran y que abrigan!

Puede ser que a papá, mamá y abuelos
se sumen unas tías,
un primo y hasta el perro,
la gata y el canario.

Grandotota,
pequeña
o diminuta:
lo que en verdad importa
¡es que tengamos siempre una familia!

182. La pulga y el camello

Montada una pulga sobre la carga que llevaba un camello, presumía que era más que él, porque iba encima. Después de un rato, por fin saltó al suelo diciéndole.

–Amigo mío, reconozco que peso muchísimo y, como te tengo lástima, acabo de bajarme.

–De nada me sirve –respondió el camello– el favor que crees haberme hecho, pues el peso de tu cuerpo no quita ni añade nada, en lo más mínimo, al peso de mi carga.

Moraleja. Hay muchos ridículos que suponen que lo que son o lo que hacen es muy importante, cuando en realidad no tiene ninguna importancia.



Moraleja se llama la lección que una fábula pretende darnos. Esopo, el autor de esta historia, es un fabulista de la antigua Grecia.

Esopo, “La pulga y el camello” en *Fábulas de Esopo y algo más*. México, SEP-Limusa, 2006.

183. Leo y el misterio de los amuletos

Mi perro, Gandhi, sabe hablar ochenta y nueve lenguas y suele enrollarse como una persiana, pero hoy soy yo quien habla, Leo. Y todo para explicar lo que tienen que ver quince calzoncillos, la envidia y África.

Hacía días que soñaba con África, comía con África, vestía con África y hablaba con África. Mi madre tenía que viajar a Ouagadougou, la capital de Burkina Faso, un país del África subsahariana, para ir a un festival de teatro, y mi hermano Nao, Gandhi y yo también íbamos a acompañarla.

El día anterior a la partida, mis amigos vinieron a despedirse. Estaban muertos de envidia. Eric quería ir para ver animales salvajes. Laila, para tomarse fotos en paisajes

alucinantes. Y Gustavo, para conseguir un amuleto mágico. Entonces, entró mi madre y delante de ellos me dio quince calzoncillos nuevos para poner en la maleta, de esos con dibujos de niño pequeño. ¡Quince! Mis amigos se rieron un buen rato.

Yo sé que lo hacían porque estaban rabiosos por el viaje.

Les dije que les traería fotos de paisajes espectaculares y de animales salvajes, y, de paso, un amuleto para cada uno. Palabra de Leo.

El viaje en avión fue largo y pesado, sobre todo para Gandhi, que tuvo que viajar con los equipajes. Llegamos de noche y encontramos la ciudad medio a oscuras. Mi madre nos explicó que en Burkina Faso hay menos electricidad que en Europa. Nao, alarmada, preguntó si en el hotel donde nos alojaríamos funcionaría su computadora, ya que quería mandarle un correo electrónico a papá. Mamá le dijo que en todos los hoteles y en muchas casas de la ciudad sí tienen electricidad.

Al día siguiente me levanté con una sola idea: conseguir las fotos y los amuletos que había prometido. Así que decidí vestirme con la ropa perfecta para viajar por África. Me la había comprado con mis ahorros y me sentía muy orgulloso de ella. Gandhi, sonriendo, me detuvo:

—¿De veras piensas ir a desayunar así?

No le hice caso y me dirigí al restaurante del hotel. Todo el mundo me miraba. Pensé que era porque iba muy elegante. Pero cuando mamá y Noa me vieron y se echaron a reír, me di cuenta de que algo no funcionaba: ¡mi vestido de explorador, con sarakof incluido, me había disfrazado. Quise morirme de vergüenza.

184. De cómo se instaló la gata...



Había una vez una gata, una gata salvaje, que vivía sola en el matorral. Cuando al cabo del tiempo se cansó de su soledad, tomó por esposo a otro gato salvaje que, a sus ojos, era la criatura más espléndida de la selva.

Paseaban juntos cierto día por un sendero entre la hierba alta, cuando, zas, de la pradera salió de un brinco el Leopardo y le pegó un revolcón al marido de la gata, que quedó despanzurrado en el suelo.

–¡Vaya! –dijo la Gata–. Mi marido ha mordido el polvo; ahora comprendo que la criatura más espléndida de la selva no es él, sino el Leopardo –y la Gata se fue a vivir con el Leopardo.

Vivieron muy felices hasta que un día, cuando cazaban en el matorral, de pronto, catapún, de entre las sombras saltó el León, aterrizó en el lomo del Leopardo y de lo zampó.

–¡ Vaya! –dijo la Gata–. Ahora veo que la criatura más espléndida de la selva no es el Leopardo, sino el León.

Y la Gata se marchó a vivir con el León.

Vivieron juntos muy felices hasta que un día, cuando asechaban a sus presas en el bosque, una figura enorme se cernió sobre ellos y *fu–chu*, el Elefante plantó su pata sobre el León y lo dejó planchado.

–¡Vaya! –dijo la Gata–. Ahora veo que la criatura más espléndida no es el León, sino el Elefante.

Así pues la Gata se fue a vivir con el Elefante. Trepaba en su lomo y se acomodaba ronroneando en su cuello, justo entre las orejas.

Vivieron juntos muy felices hasta que un día, cuando paseaban entre las altas cañas de la margen del río, *pa–wa!*, se oyó una fuerte detonación y el Elefante se desplomó en la tierra.

Al mirar a su alrededor, la Gata sólo alcanzó a ver un hombrecillo con una escopeta.

–¡Vaya! –dijo la Gata–. Ahora veo que la criatura más espléndida de la selva no es el Elefante, sino el Hombre.

“De cómo se instaló la gata” en Nelson Mandela (comp.), *Mis cuentos africanos*. México, SEP-Siruela, 2008.

185. El encuentro



Una tarde, a su regreso de la escuela, una niña vio a un pájaro preso en las redes de su vecino, que era pescador. Era de color pardo, menudo y con ojos brillantes, y la niña se acercó para ayudarlo.

–No tengas miedo –le dijo, viendo que una de sus alas se había hecho un lío con las cuerdas de la red.

No la tenía rota pero, cuando al fin estuvo libre, el pajarillo se quedó acurrucado en las manos de la niña, de tan agotado que estaba. Parecía un polluelo que acababa de abandonar el nido y que aún estuviera ensayando sus primeros vuelos.

La niña acababa de cumplir siete años y vivía en una casa con un hermoso jardín, pues a su madre le gustaban mucho las flores. Aquél era el tiempo de las clavelinas y las petunias. Su madre las había puesto a decenas, y el pequeño camino parecía adornado para recibir a los animales del Arca de Noé. Laura, que así se llamaba la niña, subió corriendo las escaleras que la separaban de su cuarto. El sol entraba por la ventana, y puso al pajarillo sobre la cama, pensando en que le vendría bien su calor. Pero bajó a la cocina por agua y, a su regreso, lo halló dando brincos sobre el armario.

–Quieres volver con tus amigos, ¿verdad?

Y aunque le daba un poco de pena, pues le habría gustado que se quedara un poco más, abrió de par en par la ventana para que pudiera irse cuando quisiera. Entró por ella la fragancia de la hierba y las flores, y el pequeño pájaro, como atraído por una llamada invencible, escapó al instante hacia el bosque. Laura amaba con ternura a los animales, en especial a los pájaros pero sabía que su mundo era la libertad.

186. Don Lalo malos modos

Había una vez un comerciante que vivía en un pueblito lejano, tenía una tienda de abarrotes y los vecinos le decían Lalo. Tenía mal genio, no le gustaba platicar con nadie y siempre se enojaba con los niños.

Si un niño iba a comprar galletas o caramelos, se los arrojaba y les gritaba: ¡vete de aquí, ya no me molestes! Cuando mandaban a los niños del pueblo a comprar algo, don Lalo les daba lo que él quería y nunca los dejaba reclamar. Cuando ellos llegaban a sus casas les decían:

–David, ¿por qué no miraste con atención? Te encargué un kilo de frijoles y don Lalo solo te dio la mitad.

–Malena, ¿por qué no miraste con atención? Te encargué un metro de manta y don Lalo te dio la mitad.

Malena, David, y los demás niños del pueblo ya no querían hacer mandados, porque siempre salían regañados por culpa de don Lalo.

Un día, cuando los niños estaban jugando junto al arroyo que venía muy crecido, vieron a un viejito que se estaba ahogando. Se metieron al agua y entre todos lograron sacarlo, lo llevaron hasta la orilla y lo ayudaron a secarse, le dieron su bastón, su sombrero y también su morral.

–Qué buenos niños son ustedes –dijo el viejito. Les voy a dar un premio, pidan un deseo y se los concederé.

–Bueno –contestó David, después de pensar un poco–, aquí en el pueblo el dueño de la tienda nos hace sufrir mucho, por su culpa siempre salimos regañados, pues nos da menos de lo que compramos y nuestras mamás piensan que no ponemos atención.

–Bueno, –dijo el viejito– ¿A ustedes qué les gustaría?

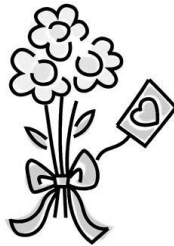
–Que cuando le compremos algo, don Lalo nos dé el doble.

–Así será –contestó el viejito.

Julio Máximo de Jesús Valentín, “Don Lalo malos modos” en Carlos Herrera (comp.), *El pez con magia, cuentos y leyendas*. México, SEP-Educal, 2006.

187. Poema del enamorado de la maestra

Usted jamás va a saberlo
Y es apenas una frase:
¿Cómo escribir que la quiero
en el cuaderno de clase?
Usted nunca va a enterarse.
Es ancha esta pena mía...



¿Cómo contarle mi amor
con faltas de ortografía?
Usted pondrá “insuficiente”
a su alumno enamorado
pues por volverla a tener
Voy a repetir el grado.

Elsa Isabel Bornemann, “Poema del enamorado de la maestra” en Francisco Delgado Santos (antolog.), *El mundo que amo*. México, SEP-EuroMéxico, 2006.

188. El niño que se convirtió en pájaro

Había una vez un niño hace mucho tiempo, era un niño muy flojo, de plano no quería hacer nada en su casa, sus padres lo mandaban a leñar, a cuidar la milpa o ayudar a su mamá en los quehaceres de la casa, pero el niño se hacía como si no escuchara, nomás comía y se acostaba o se ponía a jugar con animales que había en la casa, como los pollos, gatos y perros. Pero llegó un día en que sus padres no lo soportaron y lo mandaron a leñar a la fuerza, no le dieron de comer hasta que llegara con la leña; fue tanto su coraje que juntó mucha leña y encendió una fogata, que después se arrojó en ella, lo envolvieron las llamas pero en lugar de quemarse se convirtió en pájaro que salió volando de las llamas para internarse en medio del monte; por eso, hoy en día todas las mañanas y al atardecer se oye un pájaro que grita como niño gritándole a sus padres muy arrepentido de lo que hizo, pero nadie ha visto a este pájaro, nomás se oyen sus gritos y éste es el caso del pájaro vaquero.

Jesús Monroy Marín, “El niño que se convirtió en pájaro” en Ivette González Parada (comp.), *Las narraciones de niñas y niños indígenas Tomo I*. México, SEP-Dirección General de Educación Indígena, 2001.

189. El ruiseñor y la niña

Laura había nacido cuando sus padres eran muy mayores y pensaban que ya no podían tener niños. Su madre era maestra, pero tuvo que dejar la escuela antes de tiempo porque estaba enferma del corazón. Ni siquiera podía hablar muy alto, para no fatigarse, y cualquier ruido la sobresaltaba. Gran parte del día se lo pasaba acostada y, entonces, no podía hacerse ningún ruido, para que ella descansara. El resto del tiempo solía estar en el jardín. Conocía los nombres de todas las plantas y flores y nada la complacía más que ocuparse de ellas.



También amaba tiernamente a todos los animales, en especial los pájaros, que llegaba a distinguir a través de su canto. Y aquella era una zona poblada de muchas especies de pájaros. La alondra, y la golondrina, la bisbita, el mirlo y el petirrojo, la collalba, el chochín, la curruca y el reyezuelo, los herrerillos y los gorriones iban y venían incesantemente llenándolo todo con sus dulces y apremiantes trinos.

Pero ese día, cuando Laura y su madre estaban en el jardín, algo llamó su atención. Tenía que ver con el canto de uno de aquellos pájaros. Un canto rico y fluido, que repetía rítmicamente sus frases, entre las que destacaban un agudo chuc–chuc–chuc. Laura nunca había escuchado antes nada igual y se volvió hacia su madre que permanecía absorta escuchándolo.

–Oh, es extraño –murmuró, con el rostro lleno de felicidad–. Es un ruiseñor.

Su madre le dijo que los ruiseñores solían vivir en el bosque, en zonas húmedas, pero raras veces se los podía ver, pues eran pájaros reservados y huidizos, que solían eludir la proximidad de los hombres. Laura se quedó mirando a su madre, que se puso un dedo en los labios para pedirle que permaneciera callada. En su rostro había una sonrisa de gratitud. La vida merecía la pena, parecía decir con aquella sonrisa, porque de vez en cuando nos permitía asistir al milagro de un canto como aquél. Esa noche, cuando ya

estaba acostada, Laura volvió a oír aquel pájaro en la oscuridad de la noche y pensó que a lo mejor era el que ella había ayudado y que venía a darle las gracias.

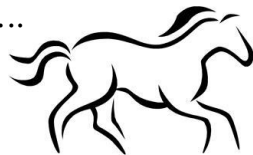
–Sí, seguro que es él –murmuró bostezando, pues estaba muerta de sueño.

Y, a partir de ese instante, todos los días volvieron a escuchar al ruiseñor. Cantaba al atardecer, siempre de lugares escondidos, y ellas permanecían muy atentas, mientras su corazón se llenaba de indefinibles anhelos. Y cada día que pasaba Laura tenía más claro que aquel pájaro sólo podía ser el suyo.

Gustavo Martín Garzo, “El ruiseñor y la niña” en *Tres cuentos de hada*. México, SEP-Siruela, 2008.

190. Mi caballito

Mi caballo, mi caballo,
mi caballo está pintado
con mil rayas de carbones
Sobre suave pelo blanco.



Mi caballo, mi caballo,
perseguido está en los campos
y praderas de la selva ...
sin juicio es condenado.

Mi caballo, mi caballo,
galopín va galopando,
galopín va con el trote,
galopando va trotando.
que su casa era tan verde
y ahora es de yeso blando,
caballito que es tan manso.

Pobrecito, pobrecito,
Ahora sueña el caballito
entre dos metros cuadrados,
corre, corre entre alambradas
de zoológicos vallados.

Salvador de Toledo, “Mi caballito” en *El zoológico*. México, SEP-Everest, 2005

191. La rana y el zopilote. Cuento nahua

Un día la rana se encontró con el zopilote y este zopilote viejo la invitó a una boda que se celebraba allá en el cielo, donde se casaba uno de sus hermanos. Como los sapos y las ranas son muy listos, ésta le contestó:

–Bueno, sí voy a ir.

Al día siguiente, antes de la salida al cielo, la rana se metió dentro del tenate del zopilote que la invitó a la boda. Cuando el zopilote fue a casa de la rana y preguntó si ya estaba lista para salir al cielo, le dijeron que ella ya había salido. Mas el pobre zopilote no sabía que traía ya cargando a la rana. Comenzó a volar al cielo, llegó allá, se descuidó y ni se dio cuenta a qué horas se bajó del tenate la rana.

Después se dio una vueltecita y al poco rato la vio.

–¡Ah!, tía rana. ¿Hace rato que llegaste?

Y la rana le contestó:

–Ya, ya hace rato que llegué.

Después se alistaron y se fueron a la boda; como a las tres de la mañana, la rana ya sabía lo que iba a hacer, Se despidió de su amigo zopilote, y le dijo:

–Yo ya me voy porque tengo mucho sueño.

Se fue y se acomodó nuevamente en el tenate de su amigo zopilote. Cuando éste llegó a su casa, preguntó por su amiga tía rana y le dijeron que ella ya había descendido.

El zopilote comenzó a bajar del cielo sin darse cuenta de que en su tenate traía cargando a su amiga tía rana. A los tres días volvió a invitar a la rana, y ésta volvió a hacer de la misma manera cuando llegó la hora de salida.

El zopilote llevó cargando otra vez a la rana en su tenate.

Y a la hora del regreso la pobre rana se equivocó de tenate, En vez de meterse en el tenate de su amigo zopilote, se metió en el de la casa.

Cuando el zopilote fue a su casa, preguntó nuevamente por su amiga tía rana. Le dijeron que ya se había bajado. Mas la rana estaba escuchando sin saber que se había equivocado de tenate.

El zopilote dijo:

–Mejor ya me voy, si no después ya no voy a poder volar

Porque habrá mucho calor debajo del cielo. Se cree que allá en el cielo no hace calor, que nada más hace calor aquí, abajo del cielo.

Cuando la rana vio que el zopilote había bajado, se arrepintió, se puso muy triste y pensaba: “Ahora sí ya me quedé para siempre acá en el cielo” Y decidió tirarse.

Vino a caer bien aplastada de la panza, tal como ahora en estos tiempos vemos. Porque, según se cree, anteriormente, en el principio del mundo, el cuerpo de las ranas era en forma de huevo, no como son ahora. Con el gran accidente las ranas se achataron, tal como es ahora en estos tiempos.

“La rana y el zopilote. Cuento nahua” en Julieta Campos (antolog.), *Análisis de cuentos nahuas*. México, SEP-FCE, 1982.

192. Nombres vegetales

Si una niña

se llamase Amapola

¿en lugar de cabeza

tendría corola?

Si un niño

se llamase Girasol,

¿giraría su cabeza

en la dirección del sol?



Y si fuese su apellido

Verde Limón,

¿tendrían un gajo amarillo

en lugar de corazón?

Conjuros vegetales

Girasoles y sauces,

menta y tomillo,

para que peines

bien tu flequillo.

Flor de malva

y pie de gato,

para abrocharte

el zapato.

Pensamientos y violetas,

para adornar

tus coletas.

Antonio Rubio, “Nombres vegetales” en *Versos vegetales*. México, SEP-Anaya, 2005.

193. De nuestro diccionario macabro: vampiros

Pero ¿Han existido alguna vez auténticos vampiros? En cualquier caso, viven desde hace muchos siglos en la imaginación de los humanos, y siguen perpetrando sus sanguinarias fechorías en cientos de películas y relatos.

En principio, los vampiros eran oriundos de Transilvania. Tu profesor, si se lo solicitas con amabilidad, seguro no tendrá inconveniente en explicarte dónde queda esa antigua región de Europa. Pero ellos se han multiplicado y ahora se encuentran en todas las partes del mundo. Son vistos más a menudo en Hollywood en los estudios cinematográficos.

Fallecieron y están enterrados desde hace muchos años, pero no murieron en realidad. No soportan la luz del sol, que podría calcinarlos y reducirlos a cenizas en instante, y por eso pasan el día descansando en las profundas criptas que no reciben ninguna claridad. Les gusta dormir en sarcófagos rellenos de tierra transilvana.

Cuando se hace de noche, salen de sus fúnebres moradas y vagan en busca de alimento. Pero el caso es que no comen y beben lo mismo que nosotros, sino se alimentan de sangre. Por eso muerden al cuello a sus víctimas y les van chupando poco a poco el líquido vital, a cuyo efecto disponen de largos y afilados colmillos.

Se dice que la persona mordida por uno de esos monstruos se convierte a su vez en vampiro, y así se multiplican. Esa persona tendrá que buscar un refugio oscuro en donde dormir durante el día, y saldrá todas las noches de caza para conseguir la necesaria dosis de sangre fresca.

Según la tradición, los vampiros aborrecen el ajo, los crucifijos y el agua bendita. Para matarlos y definitivamente acabar con esa plaga, hay que clavarles una estaca en el corazón, ¡estremece con sólo pensarlo! Porque tienen fuerza sobrehumana, y para clavarles esa estaca hay que penetrar en sus reductos mientras ellos duermen.

Si tú prefieres no tropezarte nunca con uno de esos seres, mejor será que no andes de noche por las calles. Y si quieres colgar en tu habitación un par de cabezas de ajo, seguro que eso no puede hacer ningún daño. Solo, olerá un poco.

Y después de lo que leímos ¿Se animarían para organizar una cacería de vampiros?

Günther Kienitz y Bettina Grabis, "De nuestro diccionario macabro: vampiros" en *Jugando con fantasmas*. México, SEP-Oniro, 2004.

194. Calaveras

Cuando el reloj
marca las diez
a los niños de 5° y 6°
les apestan los pies

Estaba Álvaro en el baño
cuando llega la calaca y le dice
yo te acompaño.

Estaba Diana
sentada en su banco
cuando llega la calaca y le dice
vamos a bailar en el tapanco.

Estaba Juan
llorando en su corazón
cuando llega la calaca y le dice
súbete el pantalón.

Estaba Carlos
haciendo un corazón
cuando llega la muerte y le
dice
venta conmigo panzón.

Estaba Juan
viendo la luna
cuando llega la muerte
y le ofrece una tuna.



Estaba el profe José Luis
platicando con Susana
cuando llega la pelona
y se los llevó a su hermana.

Vanesa estaba llorando
asustada en el salón
llega la muerte contenta
y se la lleva al panteón.

Estaba Diana
comiendo una manzana
cuando llega la muerte y le dice
¿quieres una banana?

Estaba Mayra
comiéndose una hamburguesa
cuando llega la muerte
y le regala una cereza

Está Susana
muy asustada
porque la muerte ingrata
le robó su tostada.

Estaba Rocío
muy asustada
porque la muerte ingrata
le robó su tostada.



195. El viento y el sol. Cuento totonaca

Había un señor que andaba por el campo.

Una vez el viento y el sol hicieron una apuesta, dijeron:

–Vamos a ver, el que tenga más fuerza que le quite al señor su jorongo.

Y el viento dijo:

–Yo le quitaré su jorongo a aquel señor, soplaré con fuerza hasta quitárselo.

Empezó a soplar poco a poco. Por fin, sopló muy fuerte e hizo mucho frío.

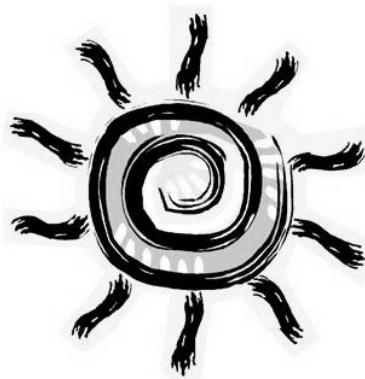
El señor sentía que hacía más viento y más frío y cada vez se amarraba más fuerte el cinturón para que no se le volara su jorongo.

El viento se cansó de tanto soplar y se desesperó porque no pudo quitarle el jorongo al señor.

Luego vino el sol que empezó a calentar poco a poco haciendo calor, mucho calor. El señor sentía que se quemaba, de modo que se quitó su jorongo, pues no soportaba el calor que hacía.

Así el sol ganó y el viento salió perdiendo.

Adán Valencia González (versión informante), “El viento y el sol” en *De aluxes, estrellas, animales y otros relatos, cuentos indígenas*. México, SEP-Sans Serif, 1991.



196. Refranes

- ☉ A la mejor cocinera,
se le va el tomate entero.
- ☉ Al nopal lo van a ver,
sólo cuando tiene tunas.
- ☉ Al que nace pa'tamal,
del cielo le caen las hojas.
- ☉ Apenas le dicen mi alma,
ya quiere casa aparte.
- ☉ Caras vemos,
corazones no sabemos.
- ☉ Como el burro del aguador,
cargando el agua y muerto de sed.
- ☉ Como ni amor le tengo,
ni cuidado le pongo.
- ☉ Con amor y aguardiente,
nada se siente.
- ☉ Con los curas y los gatos,
pocos tratos.
- ☉ Mala yerba nunca muere,
y si muere ni hace falta.
- ☉ De golosos y tragones
están llenos los panteones.
- ☉ El flojo y el mezquino,
andan dos veces el camino.
- ☉ El que mucho se despide,
pocas ganas tiene de irse.
- ☉ El que siembra su maíz,
que se coma su pinole.
- ☉ Lo que uno no puede ver,
en casa lo ha de tener.
- ☉ ¿Para qué son tantos brincos
estando el suelo tan parejo?
- ☉ Pleitos con todos,
menos con la cocinera.
- ☉ Si el tecolote canta,
el indio muere.
- ☉ Solo el que carga el cajón,
sabe lo que pesa el difunto.
- ☉ El que mete paz,
saca más.

“Refranes pareados” en Gabriel Zaid (antologador), *Ómnibus de poesía mexicana*. México, SEP-Siglo XXI, 1998.

197. El pájaro del alma

Hondo, muy hondo, dentro del cuerpo habita el alma.

Nadie la ha visto nunca pero todos saben que existe.

Y no sólo saben que existe, saben también lo que hay en su interior.

Dentro del alma, en su centro, está, de pie sobre una sola pata, un pájaro: el Pájaro del Alma.

Él siente todo lo que nosotros sentimos.

Cuando alguien nos hiera, el Pájaro del Alma vaga por nuestro cuerpo, por aquí, por allá, en cualquier dirección, aquejado de fuertes dolores.

Cuando alguien nos quiere, el Pájaro del Alma salta, dando pequeños y alegres brincos, yendo y viniendo, adelante y atrás.

Cuando alguien nos llama por nuestro nombre, el Pájaro del Alma presta atención a la voz para averiguar qué clase de llamada es ésta.

¿Pueden escuchar a su Pájaro del Alma? ¿Qué les dice hoy? ¿Cómo está?

Mijal Snunit, *El pájaro del alma*. México, SEP-FCE, 2005.



198. Tajín y los Siete Truenos I

Tajín es un muchacho maldoso que vive en el Totonacapan, la región de los totonacas, en el norte de Veracruz, y se la vive maltratando a las plantas y los animales. Vamos a leer, en cuatro partes, este mito totonaca, vuelto a contar.

Ese día Tajín andaba con suerte. Al dar la vuelta en un recodo del camino se encontró con un hombrecito de barba cana y grandes bigotes y cejas tan pobladas que casi le cubrían los ojos.

–Buenos días, muchacho. Tú no eres de por aquí –le dijo el anciano.

–Vengo de atrás de la montaña –contestó Tajín.

–Mis hermanos y yo –le dijo el viejo– andamos buscando alguien que nos ayude a sembrar y cosechar, a barrer la casa y traer agua del pozo, a poner los frijoles en la olla y a vigilar que el fuego no se apague. Ven con nosotros.

–¿Quiénes son tus hermanos? –preguntó Tajín.

–Somos los Siete Truenos. Nos encargamos de subir a las nubes y provocar la lluvia...

–¿Suben a las nubes? –exclamó Tajín, que era bastante impertinente y solía interrumpir a las personas.

–¡Claro que subimos! –replicó el hombrecito, molesto de que alguien pusiera en duda sus palabras–. Nos ponemos nuestras capas, nos calzamos nuestras botas, tomamos las espadas y marchamos por los aires hasta que desgranamos la lluvia. ¡jajay, jajay, jajay!, gritamos entonces.

Tajín era un chamaco curioso y atrevido. De inmediato se imaginó por los aires, haciendo cabriolas entre las nubes. Así que le dijo al anciano que estaba bien, que iría a la casa de los Siete Truenos para sembrar y cosechar, para barrer la casa y traer agua del pozo, para poner los frijoles en la olla y estar atento a que el fuego no se apagase.

¿Cómo seguirá esta historia? ¿Qué se imaginan que sucederá? Vamos a verlo mañana.

199. Tajín y los Siete Truenos, II

Vamos a continuar con la historia de Tajín. El muchacho entró a trabajar a la casa de los Siete Truenos, y vio con mucha atención cómo los viejos se vestían para subir a las nubes y provocar la lluvia. El muchacho no se aguantaba las ganas de subir él mismo.

Durante algunos días Tajín fue un ayudante ejemplar. Barría la casa; ponía los frijoles en la olla; traía agua del pozo; trabajaba en la milpa; estaba atento a que las brasas no perdieran su brillo entre las tres piedras del fogón; también cepillaba las botas de los Truenos. Y cada vez que las tocaba le renacía el mismo pensamiento: “Tengo que subir, tengo que subir.”

La soñada oportunidad llegó. Una mañana los Siete Truenos se pusieron sus blancos trajes de viaje y le dijeron a Tajín que debían ir a Papantla, a comprar puros en el mercado.

–No te preocupes, no tardaremos –le dijo el Trueno Viejo, que se había encariñado con el muchacho.

–Antes de que acabe el día nos verás por aquí –dijo otro de los Truenos palmeándole la cabeza.

–Pero no olvides lo que debes hacer –le dijo el Trueno Doble, que no quería parecer blando.

–Pon los frijoles en la olla, porque regresaremos con hambre.

–No dejes la casa sola.

–No te quedes dormido.

–Sobre todo –le recordó el Trueno Mayor–, no permitas que se apaguen las brasas.

Tajín dijo que sí a todo y los Truenos se fueron muy contentos porque ahora sí tenían alguien que los ayudara. Muy despreocupados se fueron a comprar sus puros al mercado de Papantla.

Apenas se quedó solo, Tajín tiró la escoba en un rincón, corrió al arcón de los Truenos y se lanzó de cabeza a buscar unas botas que le quedaran.

En cuanto se hubo vestido, comenzó a subir por los aires. Los primeros pasos le costaron trabajo, pero no tardó en tomar confianza. Comenzó a correr por las nubes. Cada vez que agitaba la capa, soplabla el aire.

“¡Jajay, jajay, jajay!”, comenzó a gritar Tajín, al mismo tiempo que sacaba la espada y comenzaba a girar. Todo el cielo y la tierra y aun el mar interminable se llenaron con la luz cegadora de los relámpagos.

Empezó a bailar Tajín, pero sus pasos no eran acompasados, como los de los Truenos. Entre relámpagos y truenos desataron contra la selva un chubasco violentísimo. No era la lluvia bendita de los truenos, sino una tormenta devastadora.

Felipe Garrido, *Tajín y los Siete Truenos. Leyenda totonaca*. México, SEP, 1990.

200. Tajín y los Siete Truenos, III

Ayer terminamos la lectura cuando Tajín había desatado una tormenta sobre la selva. ¡Un desastre! Y, mientras tanto, los Truenos iban al mercado de Papantla, ¿se acuerdan?

Apenas iban llegando a Papantla los Truenos, cuando un vendaval les arrancó los sombreros.

–¡Diablos! –gritó el Trueno Mayor al mismo tiempo que salía corriendo por su sombrero.

–¡Las nubes! ¡Miren las nubes! –exclamó el Trueno Viejo, que siempre tenía la buena o la mala fortuna de descubrir lo que estaba pasando.

–¡El muchacho! ¡Esto lo hizo el muchacho! –dijo el Trueno Doble, a quien no era fácil engañar, pues todo lo consideraba por lo menos dos veces.

–¡Ese demonio!

–De seguro ni siquiera puso los frijoles.

¡Dejó sola la casa! –se quejaron los demás hombrecitos.

Mojados de la cabeza a los pies regresaron los Truenos. Con trabajos subieron a su casa, resbalando de vez en cuando, ahogándose casi con el agua.

Apenas entraron sintieron que iban a desmayarse: ¡jamás habían visto tal desbarajuste! Junto con otras prendas de vestir, las botas, capas y espadas estaban tiradas en total desorden. La escoba flotaba en un charco. ¡Los frijoles se habían quemado! Entre las tres piedras del fogón había únicamente cenizas.

–¡Tras él, tras él, vamos a atraparlo! –exclamó el Trueno Viejo, que había perdido todo su cariño por el muchacho.

–Acabará con el mundo –dijo el Trueno Doble mientras comenzaba a calzarse las botas.

–¿Dónde están mis botas? –preguntó el Trueno Mayor.

–De prisa, de prisa, que los ríos se desbordan.

–De prisa, de prisa, que el viento arranca los árboles.

–¡Mis botas, mi capa, mi espada! –gritaba el Trueno Mayor, desesperado porque no las encontraba.

–De prisa, de prisa, que la tierra se desmorona.

–De prisa, de prisa, que el mar nos arrasará.

–¡Mis botas, mi capa, mi espada! ¡Demonios, se las llevó! –comprendió finalmente el Trueno Mayor.

–De prisa, de prisa, vamos por él –dijeron a coro solamente seis truenos, que salieron para perseguir a Tajín.



*Uno de los hombrecitos, el Trueno Mayor, no pudo ir con sus hermanos a perseguir a Tajín.
¿Por qué?*

Felipe Garrido, *Tajín y los Siete Truenos. Leyenda totonaca*. México, SEP, 1990.

201. Nicolás

Todas las noches pasaba lo mismo. Martín apagaba la luz y, cuando comenzaba a quedarse dormido, un ruido lo despertaba.



Como todo estaba tan oscuro, Martín no podía ver quién lo producía. Le daba mucho susto oír cómo el ruido iba de un lado a otro por toda su pieza. El caso es que no lograba dormir hasta bien entrada la noche.

Lo único que lo calmaba, y a veces hasta lo entretenía, era el pensamiento de que seguramente no se trataba de un dragón ni de un tigre, pues el ruido que hacía era muy quedito.

Pero, ¿y si era una tarántula, un alacrán grandote o una víbora de cascabel? ¡Qué miedo! Aquello no podía seguir así. Un buen día, o mejor dicho, una buena noche en la que el ruidito había vuelto a escucharse, se armó de todo su valor y decidió enfrentar el peligro. Encendió la luz, y... ¡Era un ratoncito!

¡Qué alivio le dio saber que no era ningún animal enojón o maligno! El pobre ratón temblaba.

Sin hacer ruido, Martín fue hasta la cocina y trajo un pedazo de queso. Y sobra decir que desde esa noche el niño y el ratón se hicieron amigos. A veces hasta merendaban juntos: el niño compartía el queso del ratón y el ratón el pan del niño.

Martín estaba seguro de que el ratoncito había sonreído cuando le propuso llamarlo Nicolás.

Días después, cuando Martín y sus hermanos hacían la tarea, don Néstor, su papá, salió de la recámara matrimonial hecho una furia.

–¡Eso sí que no! ¡Eso sí que no lo tolero! –gritaba mientras, colorado de coraje, agitaba unas fotografías muy amarillentas.

Doña Teresa, la mamá, que salía de la cocina, se reunió con los muchachos en torno a don Néstor, quien seguía gritando:

–¡Alguien se comió a mi madre! ¡A mi madre!

A Martín se le fue el alma hasta los pies.

–Ha de ser un ratón, viejito. Conseguimos un gato y..

Pero don Néstor no la dejó continuar:

–¿Un gato? ¿Para qué te eche a perder tus plantas? Nada de gato.

¡Compraremos una ratonera!



Juan Manuel Gutiérrez V. y Guillermo Samperio, “Nicolás” en *La vendedora de nubes y otros cuentos*, Felicity Rainnie, ilustr. México, SEP-CONAFE, 2000.

202. ¿Por qué meten la cabeza en el agua los patos?

Cuando te da hambre, vas a la cocina. Cuando algunos patos deciden que es hora de comer, se zambullen en el agua. Si pudieran ver debajo del agua, observarías que los patos estiran sus cuellos y buscan comida. Con los picos, encuentran semillas y otras “golosinas” en el lodo del fondo del estanque.

Los patos silvestres son muy comunes en muchas partes y se les conoce por su costumbre de meter la cabeza en el agua poco profunda para alimentarse. Viven en los estanques, lagos, ríos y pantanos de Norteamérica, Europa y Asia.

La próxima vez que veas un pato, espera a ver si se zambulle. Lo verás con el pico dentro del agua y la cola al aire. Si lo hace, sabrás que tiene hambre y está buscando un “bocadillo”.

“¡A comer!” en *Los por qué de nuestro mundo*. México, SEP, Promociones Don d’Escrito, 2002.

203. Una familia numerosa y rica

Pequeñitas, de 5 a 10 centímetros, o gigantescas como la carroza que le regaló a Cenicienta su hada madrina; amarillas, verdes, anaranjadas, cafecitas rosas, casi blancas, rojas; alargadas, redondas, curvas, achatadas, rectas; de piel lisita y suave, o rugosa y áspera, o con rayas profundas, que les marcan gajos como si fueran mandarinas. Las calabazas pueden ser tan diferentes unas de otras porque pertenecen a una familia numerosa, con más de cien variedades.

Cuenta el cronista Diego de Landa que en América las calabazas se usaban “...para comer asadas y cocidas..., las pepitas para hacer guisados..., ya secas como... recipientes o vasos”.

En efecto, de las calabazas se utiliza todo: pulpa, semillas y cáscara. Con esta última, los niños ahora hacen lámparas el Día de Muertos.

Las calabazas son cucurbitáceas de origen americano y sabor delicioso, entre cuyos parientes están el melón, la sandía y el pepino. En América del Sur tiene otros nombres: zapallitos, las calabacitas tiernas y zapallo la grande. *Zapallu* es una voz quechua.

Las calabazas son un alimento muy popular en toda América: pueden prepararse con crema; rellenas de carne o de queso; en budín o en sopa; en guisado, con alubias y maíz; capeadas; con papas en puré; en dulce, cociéndolas con piloncillo o en trozos; y en muchísimas otras formas, todas exquisitas.

¡Se me hace agua la boca!

204. El Cucaracho

Sentí los ojos mojados. No entendía por qué me tenía que pasar eso a mí. La última semana me había portado tan bien como nunca. Me comí toda la sopa de hígado de pollo con fideo; ya no le arrancaba plumas al perico de mi prima Rita para hacerme un penacho indio, ni le pegaba chicle en el pelo a las muñecas de Amalia.

Mis días estaban contados. Escuché otra vez sus propios pasos caminando hacia mí. El ruido que hacían sus patas peludas sobre la madera del piso me asustó todavía más.

Parecía como que arrastraba una escobilla. Hice changuitos para que se fuera de largo. No lo conseguí.

¡Mentados changuitos! ¡No sirven de nada!

Se detuvo afuera del cesto. Entonces su respiración era más clara. Se notaba que estaba muy enojado. ¡Se me hace que hasta lumbre echaba por las narices! Dio conmigo. Para entonces yo estaba llore y llore. Ahorita me da vergüenza contarle pero cuando uno tiene seis años no da tanta, llorar.

Abrí poquito los ojos y de repente ahí estaban sus tentáculos buscándome. Los volví a cerrar pero ya no había nada que hacer. Sentí un apretón en la garganta que me pareció demasiado suave para un monstruo que me iba a sorber los sesos. ¿O tal vez era muy delicado con lo que se iba a comer? Quién sabe.

Por lo pronto yo temblaba como un cobarde. Todos mis huesos y mis dientes sonaban como cascabeles. Estaba a punto de orinarme. Y eso que acababa de ir.

-No tienes escapatoria, el juego ha terminado- dijo el Cucaracho mientras me sacaba del cesto con sus tentáculos largos, llenos de una baba verde y pegajosa. Entre lágrimas alcancé a distinguir la cara borrosa de alguien conocido.

-¡Ya basta, Roberto, aunque llores tendrás que ir a la escuela! Es tu primer día, hijo, ¡te va a gustar!

Alfonso Orejel Soria, *El Cucaracho*. México, SEP-CONACULTA, 2008.

205. El carnaval de Río

El carnaval de Río se celebra durante los tres días anteriores al **Miércoles de Ceniza**, que marca el inicio de la Cuaresma. Durante el carnaval los brasileños olvidan el trabajo y se concentran en la **samba**, la música de percusión (tambores) y el baile preferido de los habitantes de Brasil. Este baile nacional fue creado por los afrobrasileños cuyos antepasados africanos (de tres a cuatro millones) fueron llevados a Brasil por los portugueses y esclavizados entre los años 1538 y 1850. La samba y muchas otras tradiciones que confieren su carácter único, alegre y festivo a esta celebración del carnaval, son legado de los afrobrasileños. Hoy, para celebrar este festival, los brasileños de todos los orígenes visten trajes muy elaborados y participan en desfiles y festejos locales en todo el país. El desfile del Carnaval de Río es el más famoso y el más popular.

Existen unas 16 escuelas de samba que participan en el desfile principal del carnaval (el número de escuelas varía de un año a otro); a él asisten los mejores bailarines de Río. Para prepararse para el magno evento, los cariocas (habitantes de Río) componen música y escriben canciones, elaboran trajes y carros alegóricos, y escogen un tema, por lo común social, político o religioso, para el desfile. El festival dura cuatro días, desde el sábado hasta el martes previo a la Cuaresma. Las escuelas cierran durante toda la semana y los niños se disfrazan para asistir a los festejos.

Todos esperan con especial interés el desfile de escuelas de samba, aunque también pueden admirarse muchos otros desfiles. Uno de éstos es el carnaval de las calles de Río en el cual todo el mundo puede unirse a un club para poder desfilarse, llevar un disfraz y... bailar samba. Miles de personas participan en los desfiles locales de disfraces que tiene lugar en los barrios, tanto en Río como en Salvador, Recife y muchas otras ciudades de Brasil. Personas de todo el mundo viajan a Río para disfrutar el espectáculo.

206. La máquina de hacer las tareas

Un día llamó a nuestra puerta un tipo extraño: Un hombrecillo ridículo, algo más alto que dos cerillas. Llevaba, cargada a la espalda, una bolsa más grande que él.

–Aquí traigo aparatos para vender –dijo.

–Enséñemelos –dijo papá.

–Esto es una máquina de hacer las tareas. Apretando el botoncito rojo se resuelven los problemas; el botoncito amarillo es para desarrollar los temas y el botoncito verde sirve para aprender geografía. La máquina lo hace todo ella sola, en un minuto.

–¡Cómpramela, papá! –dije yo.

–Bueno. ¿Cuánto pide por ella?

–No quiero dinero –dijo el hombrecillo.

–¡No trabajará sólo por amor el arte!

–No, pero no quiero dinero por la máquina. Quiero el cerebro de su hijo.

–¿Está loco? –exclamó papá.

–Escúcheme, señor –dijo el hombrecillo, sonriendo–, si la máquina le hace las tareas, ¿para qué le sirva el cerebro?

–¡Cómprame la máquina papá! –imploré–¿Para qué quiero el cerebro?

Papá me miró un instante y después dijo:

–Bueno, llévese su cerebro y no se hable más.

El hombrecillo me quitó el cerebro y lo guardó en una bolsita. ¡Qué ligero me sentía sin cerebro! Tan ligero que eché a volar por la habitación, y si papá no me hubiese agarrado a tiempo habría salido volando por la ventana.

–Tendrá que meterlo en una jaula –dijo el hombrecillo.

–¿Por qué? –preguntó papá.

–Porque ya no tiene cerebro. Por eso. Si lo deja suelto volará hasta los bosques como un pajarillo y en pocos días morirá de hambre.

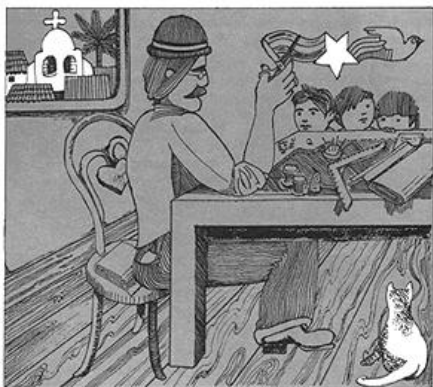
Papá me encerró en una jaula, como si fuera un canario. La jaula era pequeña, estrecha, no podía moverme. Las barras me apretaban, me apretaban tanto que... Me desperté asustado. ¡Menos mal que sólo había sido un sueño!

Inmediatamente me puse a hacer la tarea.

Gianni Rodari. *Cuentos largos como una sonrisa*, Barcelona, La Galera, 2000.

207. Un Tango para Hilvanando

Hilvanando, hilvanando, el maestro sastre respunteaba los largos días de mi pueblo. Zurcía historias. Empataba recuerdos. Ponía ojales y botones a los sueños. Acudíamos a su taller para oír sus palabras, o ver sus manos, que iban y venían cortándonos cuentos.



Todos lo queríamos en el pueblo. Respetábamos su oficio tan útil y complejo. Al trazar con su tiza los cortes que formarían un futuro pantalón, el maestro parecía un astrónomo calculando movimientos de planetas. Mientras trabajaba, si no contaba historias, silbaba melodías que recuerdo dulces.

Cuando venían las fiestas le encargábamos ropitas nuevas: de ahí que pensáramos en él con alegría durante el resto del año. Nos gustaba escucharlo y ver sus quehaceres ejercidos con tanta perseverancia.

Los viejos recordaban que su nombre era Hildebrando, pero para nosotros siempre fue don Hilvanando, como su eterno hilvanar lo demostraba.

Don Hilvanando, el sastre, trabajaba puntada tras puntada hasta el último repique de campanas en la tarde. A esa hora se sacudía del regazo los recortes de tela, los trocitos de hilaza y los recuerdos que le habían caído durante el día.

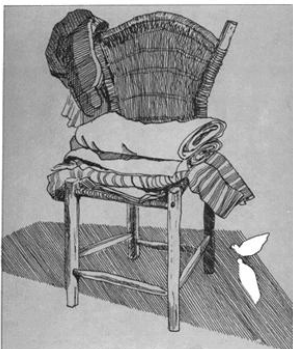
Bostezaba con entusiasmo, se frotaba los ojos para ver el mundo que empezaba en la puerta misma de su taller, y se bajaba de la mesa de madera en donde trabajaba todo el día con las piernas enrolladas y los pies descalzos.

Nunca supimos por qué el maestro Hilvanando destinaba las sillas de su taller tan sólo para acomodar en ellas paños, aguardando el turno de las tijeras; también había pantalones terminados, esperando la aparición de sus dueños que ahí mismo los estrenaban. Para eso usaba las sillas.

La mesa en cambio era asiento, superficie de trabajo, colección de botones, almacén de figurines, agujas dispuestas en almohadillas, todo.

Al bajarse de su mesa de taller, se ponía los zapatos y se iba silbando a oír el radio en casa de su primo.

Era un radio enorme, con unos botones chiquititos para mover una aguja aún más pequeña, que iba a saltos por un universo de números, casi invisibles, que nos llevaban de un país a otro en medio de tempestades de estática.



Don Hilvanando pasaba de los botones y la aguja de su oficio a la aguja y los botones de aquel sorprendente aparato en el que un día escuchamos hablar una lengua recortada y melodiosa, igualita a la que se oía en la trastienda de don Juan Wong, el chino.

En ese radio de su primo don Hilvanando conoció el tango, que habría de llenar de tal modo su vida hasta no permitirle ya vivir en calma.

Cada día acortaba más su jornada de trabajo para brincar de su mesa más temprano, ponerse los zapatos e irse a escuchar los tangos.

Las sillas de su taller tenían menos pantalones terminados y en cambio los lienzos esperando el corte se acumulaban en torres multicolores.

Eraclio Zepeda, "Un tango para Hilvanando" en *Francisca y la muerte y otros cuentos*, Alfredo Larrauri, ilus. México, SEP-CONAFE, 2000.

208. Tus dientes

Tus dientes están recubiertos de una capa protectora de esmalte hecho de carbonato de calcio duro cristalizado. Esta capa de esmalte endurece tus dientes lo suficiente como para soportar toda una vida de uso y desgaste, pero sólo si los cuidas debidamente, porque, aunque es la sustancia más dura del cuerpo, el esmalte también es vulnerable a las caries.

Para qué son los dientes.

Los humanos somos omnívoros, lo cual significa que podemos comer plantas o animales. La primera serie de 20 dientes de leche será reemplazada y, cuando alcances los 20 años de edad, tendrás un juego completo de 32 dientes definitivos. Los dientes adultos tienen varias formas distintas que nos ayudan a desgarrar, triturar y moler los alimentos.

Los dientes están vivos.

La parte de los dientes que puedes ver está formada de esmalte blanco y duro. Debajo hay un tejido óseo llamado dentina. En el centro de cada diente hay una pulpa blanda en la que están los nervios y los vasos sanguíneos.

Caries de los dientes.

El sarro es una mezcla de restos de comida y bacterias que se forma cada día en los dientes. Las bacterias producen un ácido que se come el esmalte.

La caries ha atravesado el esmalte y llegado a la dentina. El dentista lima la caries y llena el diente con una mezcla de metales que impide que la caries continúe.

Algunas personas llevan alambres para ajustar los dientes y corregir su posición. Es posible que haya que extraer uno o más dientes para evitar que se monten unos sobre otros cuando los dientes traten de ocupar su posición correcta.

209. Querido Sebastián

A Sebastián y María les encanta mandarse recaditos para ponerse de acuerdo y jugar. Nosotros podemos ponernos de acuerdo con nuestros amigos mediante el correo electrónico, o el celular, o, como ellos, con lápiz y papel.

Querido Sebastián:

Te invito a jugar.
Tú amiga, María.



Querida María.

¿A qué vamos a jugar?
Atentamente, Sebastián.

Querido Sebastián:

¡Jugamos a la reata?
Cordialmente, María.

Querida María:

No sé brincar la reata.
Sinceramente, Sebastián.

Querido Sebastián:

Vamos a jugar al columpio.
Cariñosamente, María.

Querido Sebastián:

¿Vamos a atrapar luciérnagas?
Espero tu respuesta.
Tu amiga María.

Querida María:

El columpio me da miedo.
Tu amigo, Sebastián.

Querida María:

¡No! ¡Pobrecitas!
Con cariño, Sebastián.

Querida María:

Quiero que vayamos al parque para jugar a que éramos piratas, y a que las ramas eran nuestras velas y el viento las empujaba, y a que los pájaros eran dragones y nos querían comer. ¿Quieres venir?

Tu amigo, Sebastián.
¡Sí!

Querido Sebastián:

Entonces... ¿Qué quieres hacer?
Tu amiga, María.

¿Viste que fácil fue ponerse de acuerdo? Y tú, ¿a qué vas a jugar el día de hoy?

Luz María Chapela, *Querido Sebastián*. México, SEP, 1993.

CONTENIDO

Presentación

1. *El caminante de los pies gigantes.*
2. *Los cuatro amigos*
3. *El Manchas*
4. *La niña que yo más quiero*
5. *Urbano. A la maestra le duele la cabeza*
6. *Urbano ¿ladrón de palomitas?*
7. *La tortuga pocaprisa*
8. *Aníbal y Melquíades*
9. *El aire y las nubes*
10. *¿Cómo se mide el tiempo?*
11. *El instrumento que todos llevamos puesto*
12. *Tigres de la otra noche*
13. *¡Cuélguenme!*
14. *¿De qué colores somos?*
15. *Los viajeros y el oso*
16. *La biblioteca imaginaria*
17. *Leyenda del sol y la luna*
18. *Los viajes del abuelo*
19. *La tortuga que sueña*
20. *Niñito, ven...*
21. *Trabalengüero I*
22. *Caperucita Roja y el lobo*
23. *El delfín*
24. *Adivinanzas para jóvenes detectives*
25. *La peor señora del mundo*
26. *Dos poetas*
27. *El peinado de la tía Chofi*
28. *La bruja mala*
29. *El gallo*
30. *La rana*
31. *Lo que mi tío piensa de Cristóbal Colón*
32. *El canto de las ballenas*
33. *Así es la vida*
34. *Rayos y truenos*
35. *El pozo de los deseos*
36. *Dos poemas para pensar*
37. *Sapo y Sepo quieren un helado*
38. *Cuando una gripa se establece*
39. *Confieso que he soñado*
40. *Las palabras que se lleva el viento*
41. *Nuestra vecina la Luna*
42. *Cuando sea grande quiero ser*
43. *La huesuda tabla del ocho*
44. *Nuevos juegos de palabras*
45. *¿Sabes contar hasta un googol?*
46. *Otros dos poemas con sol y son*
47. *Para masticar a gusto*
48. *Érase una niña*
49. *Hola bebé*
50. *Ahí vienen los monos*
51. *¿Cómo inyecto las medicinas?*
52. *El amor es un niño travieso*
53. *El hipo de Inés*
54. *De la A a la Z por un poeta*
55. *Dinosaurios*

56. *Más adivinanzas para jóvenes detectives*
57. *Los tres deseos*
58. *El banquete*
59. *¿Existen planetas más allá del Sistema Solar?*
60. *¿Tú sabes por qué tenemos sed?*
61. *El señor de los siete colores.*
62. *Canción del querer*
63. *¿Por qué dan comezón los piquetes de mosquito?*
64. *Incnuicatl*
65. *Los colibríes*
66. *De cómo Fabián acabó con la guerra*
67. *La bicharacha tabla del nueve*
68. *Corazones perdidos*
69. *Trabalengüero II*
70. *El valor del agua*
71. *La patita*
72. *Canción del estornudo*
73. *¿Te arriesgarías a una aventura en el espacio?*
74. *Versos para jugar*
75. *¡Me como esa coma!*
76. *Cuando la tierra iba a partirse*
77. *Bestiario Nahurraramuri*
78. *Una mascota inesperada*
79. *¿Es posible operar sin que duela?*
80. *Mi problema con los relojes*
81. *¿Por qué al petróleo se le llama “oro negro”?*
82. *El taxista (una leyenda)*
83. *Las hormigas. Trabajadoras incansables*
84. *Uh, qué lino*
85. *La madre tierra*
86. *Más adivinanzas para jóvenes detectives*
87. *¿Qué pasó con la gente del Nuevo Mundo cuando llegó Colón?*
88. *La piel es nuestro escudo*
89. *Los primeros viajes espaciales*
90. *Trabalenguas*
91. *El día y la noche*
92. *Versos para jugar*
93. *El reino del revés*
94. *Jugando con fantasmas*
95. *Los bebés y el ombligo.*
96. *Chistes para reír*
97. *El diario de Ana Frank*
98. *Tomás aprende a leer*
99. *Miles de millones de estrellas*
100. *Duerme bien*
101. *Trabalengüero III*
102. *¡Tiemblen dragones!*
103. *El valor del agua*
104. *Joaquín y Maclovia se quieren casar*
105. *Dinosaurios II*
106. *Madrigal*

107. Las glotonas
108. La camella bailarina
109. Mis zapatillas
110. ¿Cómo se forman las caries?
111. El Sol es nuestra estrella
112. Picasso para niños
113. El rey del desierto
114. El tigre de Pablo
115. El murciélago
116. ¡Es contagioso!
117. Versos que taché en mi cuaderno
118. Mal aliento
119. Las risas del monte
120. Cinco patas en lugar de cuatro
121. La conquista del cielo
122. Dos poemitas
123. Los secretos del agua
124. Frida
125. Montañas
126. Juegos de palabras
127. El niño y el papá
128. La mariposa y el grillo.
129. Nuestra calle tiene un problema
130. El unicornio
131. San Serafín del Monte
132. El cedacero
133. Mi trabajo como hada de los
dientes
134. Viaje
135. Por el caño
136. El viaje
137. La noche de las muñecas
138. La venganza contra el chistoso
139. Teseo y el Minotauro
140. Consecuencias atroces.
141. La gran pregunta
142. El gato y el ratón.
143. Comidas y recetas
144. Conozco los alimentos
145. Cinco gatos atigrados
146. La naturaleza es rara
147. Poemas con sol y son. Lo que dicen
los colores
148. El fantasma con mala suerte
149. Nidos y guarderías
150. Adivinanzas de México
151. Los hijos del milpero
152. ¿Por qué son diferentes las huellas
digitales?
153. ¡Tengo piojos!
154. Dos fabulitas
155. No puedes ver tus huesos con
binoculares I
156. La monstruosa tabla del dos
157. La historia de Sputnik y David
158. Horripilario
159. Muerte de los dinosaurios
160. Pajarillo barranqueño
161. Niños y niñas
162. Tuiiiii El murciélago
163. ¿Cómo me pongo dientes?
164. ¿Para qué cocinamos?

165. Voces en el parque
166. Nuestra tierra
167. Pequeño cuento de horror
168. No puedes ver tus huesos con binoculares II
169. Tarde otoñal en una vieja casa de campo
170. El señor que nunca alcanzó
171. ¿Qué animal eres?
172. Cabecita rubia
173. ¡Mira las caras!
174. El mar
175. El general grillo
176. El mejor premio del mundo
177. Dos poemas lindos
178. Animales mexicanos
179. La charca
180. Muévete
181. Tener una familia
182. La pulga y el camello
183. Leo y el misterio de los amuletos
184. De cómo se instaló la gata
185. El encuentro
186. Don Lalo malos modos
187. Poema del enamorado de la maestra
188. El niño que se convirtió en pájaro
189. El ruiseñor y la niña
190. Mi caballito
191. La rana y el zopilote. Cuento nahua
192. Nombres vegetales
193. De nuestro diccionario macabro: vampiros
194. Calaveras
195. El viento y el sol.
196. Refranes pareados
197. El pájaro del alma
198. Tajín y los siete truenos I
199. Tajín y los siete truenos II
200. Tajín y los siete truenos III
201. Nicolás
202. ¿Por qué meten la cabeza en el agua los patos?
203. Una familia numerosa y rica
204. El Cucaracho
205. El carnaval de Río
206. La máquina de hacer las tareas
207. Un Tango para Hilvanando
208. Tus dientes
209. Querido Sebastián